

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

VICENTE MEDINA

POESIA

PO 5623

E4

P6

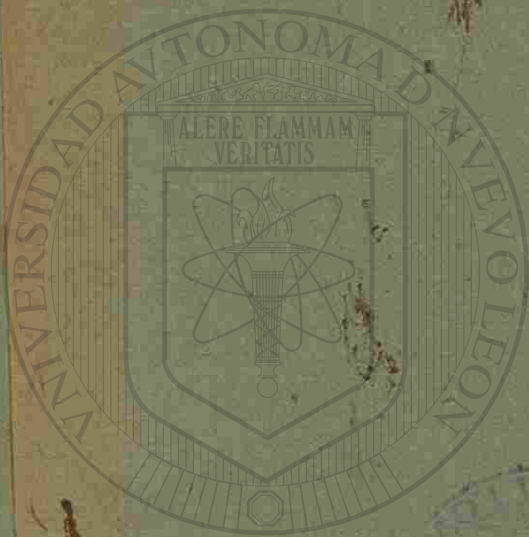


U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS FONDO RICARDO COVARRUBIAS



POESÍA

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RICARDO CASTELLANOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

AIRES MURCIANOS.—1.^a serie.

AIRES MURCIANOS.—*Biblioteca Mignon, 1.^a edición.*

AIRES MURCIANOS.—*Biblioteca Mignon, 2.^a edición.*

EL RENTO.—*Drama en tres actos.*

¡LORENZO!...—*Drama en un acto.—Edición de 300 ejemplares, agotada.*

LA SOMBRA DEL HIJO.—*Drama en tres actos.*

ALMA DEL PUEBLO.—*Cantares.—Estrofas.—Sectarias.*

EL ALMA DEL MOLINO.—*Drama en un acto.*

LA CANCIÓN DE LA VIDA.—*Poemas.*

LA CANCIÓN DE LA MUERTE.—*Narraciones cortas, en prosa.*

LA CANCIÓN DE LA HUERTA.—*Nuevos aires murcianos. Edición de lujo con ilustraciones fotográficas del natural, por el mismo autor.*

EL RENTO.—*Novela de costumbres murcianas.*

PARA LA ADQUISICIÓN DE EJEMPLARES.

A las principales librerías.

Al autor: *Muralla del Mar-53-1.^o—Cartagena (España)*

POESÍA

OBRAS ESCOGIDAS DE
VICENTE MEDINA
EDICIÓN NOTABLEMENTE
CORREGIDA POR EL AUTOR
Y AUMENTADA CON 60
NUEVAS COMPOSICIONES

LIBRERÍA
BANT

CARTAGENA

MCMVIII

099783

861
A.



PG 00623
E4
pl

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad del Autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

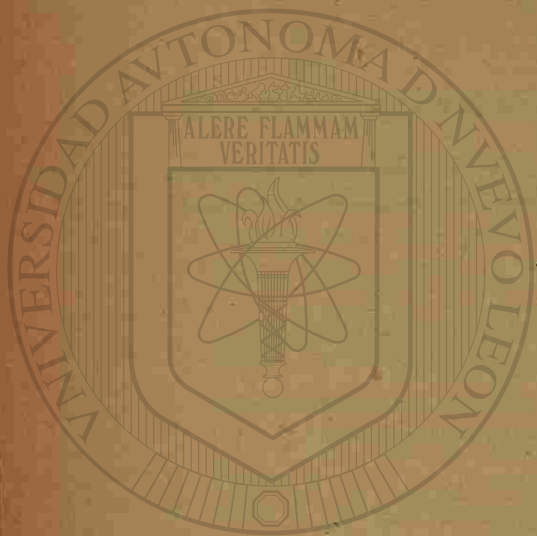
Lector:

Hemos recogido en este tomo los mejores versos del poeta.

El autor ha hecho una cuidadosa selección, incluyendo en este libro gran número de composiciones no editadas todavía, y reformando, abreviando y corrigiendo muchas otras, en el sentido de ingenua y suma sencillez, característica de toda su obra.

Y al frente de estos versos hemos puesto los juicios que han merecido á escritores ilustres.

Nos ha guiado el deseo de que se pueda fácilmente abarcar la labor del poeta y su sanción crítica.



JUÍCIOS CRÍTICOS

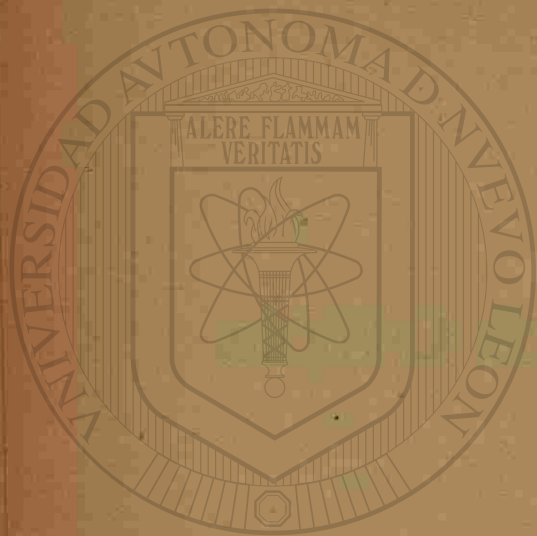
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32162



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUICIOS CRÍTICOS

DE LEOPOLDO ALAS
(CLARÍN)

Buscaba asunto para este artículo... y llega á mis manos el primer volumen de la «Biblioteca Mignon»... Y ya tengo asunto.

¡Qué pequeño parece! Un tomo muy chiquitín, corto, estrecho, delgado... muy elegante, de muy buen gusto, pero muy chiquitín. Y dentro ¿qué hay? Muy poco también. Trece poesías, cortas... Trece suspiros, que eso parece que es el *aire* en Murcia, suspiros—otra lágrima, ¡trece! qué menos.—Y todo pena. Pena... y un poco de genio. ¿Genio? ¡mucho menos que eso! Sí, tal me parece. El genio del llanto. El arte

divino, reservado á tan pocos, de trasparentar el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla; con la retórica eterna que sólo conocen los que saben demostrar la sinceridad absoluta de una manera evidente. El *si vis me flere* de aquel Horacio á quien muchos creen un pedantón, pedagogo en verso; á quien llamaba tonto, ó cosa así, hace poco, no recuerdo qué ignorante muy *modernista* (!)..

*
**

Este tomo de *Aires murcianos* ¡es tan español! Tan universal también, pero ¡tan español! Así es el arte mejor; del mundo entero... y además de *su tierra*.

Vicente Medina, es un joven muy modesto, muy sensible, muy *natural*, que vive en Cartagena, creo, desempeñando varios destinos particulares poco lucrativos y muy prosáicos, que apenas le dán, todos juntos, el sueldo de un capitán. Además es muy poeta, pero ¿eso qué? Hoy ya no hay Mecenaz para los poetas. En los países en que la vida intelectual es apreciada en lo que vale, los méritos del orden más sublime y menos *útil* (en el sentido vulgar de la palabra) pueden tener suficiente recompensa económica; y, en tal caso, es mejor deber el pan al público—es

decir, *deberlo* no, pues se le paga con el arte—que debérselo á un príncipe, á un magnate. Pero hay otros países en que el pueblo, soberano es un señor sin necesidades estéticas de clase espiritual; y el poeta, en tales naciones, se queda sin el Mecenaz de antaño y sin el público remunerador.

Hoy Cervantes no tendría su conde de Lemus... porque éste lo gastaría todo en becerradas...

*
**

Medina parece resignado con que su mérito poético, que es grande á mi ver, no se cotice.

No necesito decir que á mí los sencillos versos de Medina me hacen mucho más efecto que las contorsiones rítmicas de otros que no sienten ni padecen... más que su vanidad, ó un prurito escolástico; y escriben con *cincel*, como ellos dicen, ó lo ven todo azul. Entre estos señoritos los hay que han llegado á adquirir una rara habilidad que á mí... acaba por hacerme gracia. Consiste esa diablura en escribir de manera que sus poesías, originales sin duda, parecen traducciones de versos franceses, correctos gramaticalmente, pero con el sello del *galicismo* en el estilo.

Medina no pretende nada; no tiene escuela, no

tiene vanidad... Casi no tiene más que dolor. Casi siempre habla de las penas que les vienen á los humildes de su propia pobreza, por culpas del ancho mundo, tan difíciles de determinar, que parece que caen de las nubes todas las desgracias, y que el culpable no es nadie, ó es el viejo *fatum*.

No es Medina tendencioso; no cultiva el arte por la sociología; no es poeta socialista, ni anarquista, ni... *ácrata*, como se llaman ahora algunos. Por lo mismo, causan más impresión los *hechos*, los *documentos*, las *pruebas* que en sus versos se acumulan á favor de la causa de los desvalidos.

No abusa del bordón en lo sensible, como podría temerse, porque no se entrega á sensiblerías cursis, ni á los lugares comunes del *patos*. Su sensibilidad rica y variada, su hermosa inspiración y su maestría en el estilo, le dan recursos suficientes para huir de la monotonía; y aunque, en resumen, sus versos son una elegía continuada, la gracia, la viveza, la intuición, la novedad de imágenes y la fuerza de la expresión, le procuran toda la amenidad necesaria, para que haya ese contraste de la pena.

Yo no digo que todas las composiciones de Medi-

na sean de un mérito sobresaliente; pero sí que algunas de ellas pueden separarse como verdaderos modelos en su género. Muchos tomos cual *Aires murcianos* cansarían, es claro; pero ¡de cuántas cosas excelentes se puede decir lo mismo! Jorge Manrique es inmortal por una sola elegía. Si Aguilera no hubiese escrito más que *El dolor de los dolores*, merecería, como ahora, no la fama que tiene, sino mucha mayor fama... lo mismo que ahora también la merece.

La *Cansera* de Medina es, á mi ver, una de las más *reales* poesías de la lírica española en el siglo XIX. También creo que no todos son capaces de apreciar el porqué.

*
**

Bien lo sentía y comprendía aquel pobre, querido y malogrado Juan Ochoa, poco amigo de versos... corrientes, y que me decía conmovido:

—¡Pero, diga usted! ¿estoy yo elevado por la simpatía, ó esta *Cansera* es de veras admirable?

—Admirable, tan admirable... aunque todavía no lo hayan dicho las Antologías.

Pobre Ochoa... Él también, á pesar de su fé pro-

funda, sentía la *cansera...* del cuerpo y de la vida prosaica. ¿Quién no la siente un poco?...

Peró hay que seguir... no hay que echarse con la carga... ¡Qué diantre! Este mundo no parece muy divertido... Pero acaso es que tomamos un falso punto de vista... Probablemente, como demuestra Leibnitz, con argumentos que yo nunca he visto vencidos, este mundo, tal como es, es el mejor de los posibles...

Peró no por eso debemos engañarnos, á lo Pangloss; no, la gracia está en vivir sin protesta, á pesar de ver cara á cara, y como son, las tristezas de la vida. Por eso no es inmoral la poesía triste y sin *tesis*, como la de Medina. Hace sentir, hace compadecer, hace meditar... y eso ya edifica.

Por eso es también cosa excelente, moral, aquella *Canción triste...* del pobre viejo extranjero...

«D'aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremanció.»

Quien es capaz de inventar y expresar *La canción triste*, es tan poeta como el primero, á lo menos en esa canción. Podrá ser olvidado Medina, pero siempre será una joya del arte y del sentimiento aquel viejecito que llegó de tierras lejanas y que

«Tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos,
*¡los ojos azules y hundidos, que miran
que dán compasión!*»

«De tóico lo que habla,
ni una palabrica siguiá se entendió;

.....
Páece que habla mentando su tierra
y querer es c'allí se dejó...
páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se vuelve pa ande sale el sol...

Y aquella canción

«es verdá que nenguno la entiende
¡pero lloran tós!

* * *

Sí, todos lloramos. Y es posible que á Medina tampoco le entiendan todos, y es posible que no llegue á adquirir el renombre que merece; porque muchos juzgan por la cantidad, no tratándose de autores antiguos... pero no le importe eso á Medina. Lo principal es merecer, no alcanzar.

(De LA VIDA LITERARIA, Madrid 20 Julio 1899)

DE LUÍS BONAFoux

LA MALVASEDA

Hoy ha venido á verme— ¡cuánto honor para mí!— Vicente Medina. No ha venido en el tren, ni en auto-móvil, ni en ningún otro de los medios de locomoción que se conocen; ha venido en verso, como buen trovador que es, cantando... *la canción de la vida.*

La canción de la vida de Vicente Medina es un cantar muy triste y hondo, una canción de luto, un cantar de lágrimas, si las lágrimas pudiesen cantar. Con exquisita y rara sinceridad en tiempos de audaces trepadores y de empingorofados advenedizos, que pretenden echar su bastardo origen al surco del

olvido, el poeta, este poeta tan sentimental y hermoso, tan profundamente triste, tan profundamente honrado, cuenta la vida de los suyos y su propia vida. No sólo para él tienen «su poesía» esos recuerdos en prosa que prologan sus últimos versos: recuerdos del padre leñador, camarero y vendedor de periódicos; recuerdos del mismo Medina, voceador de papeles, embetunador de botas,— ¡y qué botas!... las de un procurador de los Tribunales!—acarreador de agua en cántaros, hortera, soldado... ¡qué sé yo! Si algún escritor tiene derecho á maldecir, ese es Medina, y Medina llora; si algún hombre tiene derecho á odiar la existencia, ese es Medina, y Medina la canta...

La canta dulce y deleitosamente; más que la canta, la arrulla. Su vitriolo es la lágrima, lágrima que se hincha por sí sola, que se desborda del corazón y que, desbordada mansamente, va rociando el recuerdo de las madres, la caja linda, las acacias,—sus acacias, tan fragantes y mimosas—los amores y las penas de su alma, y la senda, hermosa sobre toda ponderación, *su* senda, que se la han borrado, que no es la misma,

¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba no se vá por ella!

Medina no se despinta, aunque le hayan despintado su senda. Hasta cuando canta, en sus *Sectarias*, en *Alma del pueblo*, los grandes ideales de la Humanidad, que, según el gran escritor argentino Alberto Ghirardo, deben ser único tema del poeta contemporáneo, y fustiga las injusticias sociales, Medina los canta entre sollozos y los fustiga con hojas de malvaseda, que

...es sufrida, y en todo tiempo
me dá su olor.

¡Qué gran poeta es usted, Sr. Medina, y qué alma tan hermosa la suya!

Prácticos y delicados en todo, los Ingleses *arrinconan*—con buena renta, por supuesto—á los poetas tan poetas como Ud., considerándoles cosa aparte, inútil para la vida... de la *City*. Los sueltan en bosques de amaranto, como se suelta una bandada de palomas mensajeras. Así vivió Tennyson, en calidad de florón de la Corona, deleitándola con sus trovas, y de ruisenior de Londres.

Como usted no nació en Inglaterra, cuando publica un libro tiene que escribir:

«Para ayudarme á pagar la edición, escribiré una

cartita á treinta ó cuarenta amigos, rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta.»

Ahí va la mía, querido poeta; y siempre que su musa, «pobre enferma, del dolor enamorada», esté de parto, hágame usted el favor de recordar que siempre tendré yo una peseta para contribuir á pagarle un búcaro á su nueva malvaseda.

Porque si no la tuviese, se la quitaría para usted á cualquier animal de los muchos que me tropiezo diariamente...

(Del HERALDO DE MADRID, 9 Agosto 1902)

65 P 720

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



DE D. JUAN VALERA

Muy estimado señor mío: Con mucho gusto he recibido y leído el librito titulado *La Canción de la Vida* por el cual, así como por la amabilísima dedicatoria que trae el ejemplar que me está dedicado, doy á Ud. las gracias más encarecidas.

Posible es que en alguno de mis artículos de crítica me atreva yo á dar cuenta y á emitir juicio sobre el libro mencionado; pero si, como debo, he de hablar á Ud. con toda franqueza, me veré apuradísimo, en extremo dudoso de mi criterio y sin saber si soy con Ud. justo ó injusto.

Bueno es que tenga Ud. en cuenta los principios de la escuela literaria que yo sigo: la importancia, exagerada acaso, que yo doy á la forma. Sin duda que sin fondo la forma es una cosa vana, hueca y poco estimable; pero también, sin forma, el más alto y hondo sentir; los pensamientos más profundos y delicados; las más poderosas y nítidas impresiones que hacen en nuestra alma la hermosura y la magnificencia del universo visible; las ultramundanas aspiraciones á lo absoluto, eterno y divino; el amor optimista de la vida real y el contrapuesto y fervoroso deseo de una ideal bienaventuranza que de nuestra terrenal miseria nos consuele, todo esto, sin la pulcritud, limpieza y elegancia de las formas, queda algo deslucido, confuso y borroso.

En el espíritu de Ud. hay, en mi opinión, toda la riqueza de conceptos, la sustancia toda, la *materia prima*, digámoslo así, con que se componen ó fabrican los buenos versos. Para hacer estos buenos versos, posee Ud. en abundancia el oro, las perlas, los diamantes y los rubíes, la luz que ha de resplandecer en dichas joyas y los aromas y las galas de las más lindas flores que hay en el jardín de las musas. Lo que falta,

á mi ver, es que Ud. trabaje bien todo esto: lo lime, lo pule, lo ordene y concierte como es debido; suprima lo que esté de sobra y deje solo lo indispensable con severidad sobria y concisa. Yo me atrevo á declarar que, logrado lo dicho, sería Ud. un egregio poeta. Ahora, tales como son las composiciones contenidas en *La Canción de la Vida*, á mí, más que obras acabadas, me parecen bosquejos, apuntes, rico material acumulado, para componer más tarde, con el esmero y primor que se requieren, unas admirables poesías.

Claro está que sí yo me dirijo al público, alguna vez, tratando de los versos de Ud. seré muchísimo más indulgente que en esta carta.

Siempre, por último, así para *internós*, paladinamente he de tener yo en cuenta la manía de la novedad y de la moda que puede y suele hacer tropezar y hasta caer en extravagancias y amaneramientos á los ingenios más claros. Bueno es el afán, excelente y benéfico es el prurito de parecer y de ser originales; pero esto se consigue mejor siendo cada cual tal como es y como Dios lo ha hecho, sin salirse del trillado camino, que no extraviándose por trochas

y por atajos y tomando este ó aquel disfraz, que nos parezca bonito y conforme con el último figurín que viene de Francia ó de más lejos.

El afildamiento y el mayor cuidado para componer versos, nada tienen que ver con la afectación. Poesías esmeradísimas suelen ser y son naturales y espontáneos. Y por el contrario, lo afectado, lo falso y lo artificioso, se conciertan y se unen á menudo, sin la menor dificultad, con el más descuidado desaliño.

Espero que me perdone Ud. mis observaciones. Acaso estoy equivocado en todo cuanto digo. Yo no creo en la infalibilidad de nadie y menos en la mía. No presumo pues de Aristarco. Lo único de que presumo es de ser hombre de buena voluntad y con tal título digo á Ud. lealmente lo que pienso.

(De carta al autor.—Madrid 20 Agosto 1902).

DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

Mi estimado amigo: No me ha agradado menos que sus composiciones poéticas, su carta sencilla y llena de sinceridad, tan en consonancia con lo que yo creo de su espíritu.

Conozco sus *Aires murcianos*, las poetas publicadas en el «Madrid Cómico» (sobre todo *Noche güena*) y *El Rentó*. Se lo he dicho aquí á mis amigos: (todos los cuales le conocen, contando en esta vieja ciudad con un grupo de admiradores) hace mucho tiempo que no nos salía un verdadero poeta como Medina.

Cansera, *En la cieca*, *La enramá* (sobre todo el

final) son muy hermosas poetas. En cambio *A Murcia* y *A Cartagena* las encuentro inferiores al resto.

Creo que su aptitud de usted, más que para la poesía propiamente lírica, para la expresión de propios pensamientos y sentimientos, es para lo que los griegos llamaban *idilio* (no en el sentido moderno, sino en el helénico, bien conocido de mí que llevo siete años explicando griego y literatura griega) para el cuadro sobrio y sentido de algún suceso popular, para el cuadro de género ó de costumbres, que hoy decimos. *Cansera* y *Murria* son de profundísima intensidad y *En la cieca* es un cuadrado acabado.

Pienso escribir acerca de Ud. y sus poetas con alguna extensión, aunque no sé donde lo publicaré. Es un deber el de llamar la atención de nuestro público hacia lo que vale de veras.

He sabido por el amigo Martínez Ruiz que tiene Ud. presentado al Español un drama de costumbres murcianas, que si es como *El Rentó*, espero obtenga el éxito que se merece. Y si triunfa Ud. en la escena, tendrá abierto el único camino que dá provecho en nuestras letras, el único lucrativo.

La poesía de Ud. me recuerda la de tres, de mis

máspreciados autores de nuestra literatura contemporánea, que son mi paisano Trueba, el valenciano Wenceslao Querol y el salmantino Ruiz Aguilera. Es poesía de la que yo llamo *láctea*, suave, sencilla y nutritiva como la leche, como la leche sedante y campesina.

No desmaye Ud., que puede lograr con gloria y prestigio hasta provecho, y sobre todo es uno de los mayores bienes que pueden hacerse al prójimo el de aliviarle penas y moverle el corazón.

Una cosa encuentro en sus poesías cuyo manejo es delicadísimo y es los diminutivos en *ico* é *ica*. Dan gracia y delicadeza, pero á poco que uno se descuide hacen á la composición empalagosa. Debe procurar, á mi juicio, no abusar de ellos.

A mí que me dedico á la lingüística y sobre todo á la lingüística hispano-latina y de las lenguas neolatinas (estudio que constituye mi especialidad técnica) me interesan mucho las hablas regionales. (Preparo un trabajo sobre el dialecto salmantino.) Por esto hallo, además del poético, otro interés en sus composiciones. Debe Ud. oír mucho á los huertanos y recoger todas sus frases, giros, voces y modos de decir, sin fiarse de

la memoria sola. El gran escollo en que han tropezado cuantos se han dedicado á cultivar esas hablas, ha sido el de acabar creando un dialecto para sí, un vocabulario restringido.

Gracias por el ejemplar que de *Aires murcianos* me ha dedicado. El que yo tenía lo envió á Berlín, á un amigo que se dedica á nuestra lengua y nuestra literatura.

(De carta al autor.—Salamanca, 30, I, 99).


 DE D. JOSÉ M.^A DE PEREDA

Muy señor mío: Le soy á Ud. deudor de dos grandes favores, el regalo de su libro *Aires Murcianos* y el deleite que me ha proporcionado su lectura.

Algo de lo que aquél contiene me era ya conocido por haberse publicado en un periódico, creo que el *Madrid Cómico*. Me enamoraron entonces la sencillez y la ternura de aquella genial poesía *Cansera*, y hoy me complazco en reconocer que el poeta revelado en tan delicada obra de arte, no desmerece en las restantes de la colección.

El sentimiento de la noble, sana y conmovedora

poesía que hay en el fondo de la Naturaleza, es para pocos; y de las prendas que se necesitan para ser de ellos, ha querido dotarle á Ud. Dios pródigamente.

Este es un privilegio de los que obligan; y no debe Ud. olvidarlo por su propio bien y para su gloria, por la de la tierra en que nació y tan hermosos cantos le inspira, y para regocijo de cuantos se interesan por el legítimo esplendor de las letras patrias, como este su admirador que cordialmente le felicita y b. s. m,

(De carta al autor. — Santander, Agosto 25-98)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE J. MARTÍNEZ RUIZ
(AZORÍN)

UN POETA

Vicente Medina es un gran poeta. No hace mucho hablaba yo de su drama, *El rento*, honda tragedia, cuadro delicioso de costumbres murcianas, análisis sagaz de almas ingenuas. Hoy hablo de sus versos, porque Medina es un artista cabal, enamorado de arte, entusiasta de la Naturaleza, del campo, de los paisajes de su tierra.

Sabe llegar al alma. Pinte escenas de la vega ó fusígue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor.

Esa es la característica de su obra: la ternura, la in-

finita ternura de los hombres y de las cosas. Yo no sé si las cosas tienen alma, como pretenden los grandes artistas, Verlaine, Maeterlinck, Rodenbach; lo que sí sé es que hay instantes en la vida de todos los días, hay momentos en la prosa diaria en que es tal el estado de nuestro espíritu, que hablan ó cantan, gimen ó lloran las cosas que nos rodean; un paisaje, una pintura, una lámpara, una estatua.

Todavía recuerdo, y la recordaré mientras viva, la vibrante emoción, la emoción extraordinaria que la primera lectura de *La intrusa* me causara. Aquel ambiente de tristeza, de preocupación de la muerte que llega; aquel interior silencioso, aquellos personajes que hablan durante una hora de cosas insignificantes, en vulgar, en machacón diálogo, llega á producir en el lector la obsesión dolorosa, tenaz, insacudible, de la Intrusa que pasa por el jardín, que llama á la puerta, que atraviesa la escena, que entra en el cuarto de la enferma...

Íse es el drama de Maeterlinck, esa es la vigorosa obra del teatro *estático*.

Allí no «pasa nada»; no hay gritos, ni imprecaciones; no hay muertes, violencias, adulterios; pero

hay algo que habla con voz elocuente; hay algo que se apodera del espíritu y hace vibrar el alma con la vibración de lo desconocido, de lo trágico. Hablan las cosas: hablan las hojas de los árboles del jardín, la puerta que no quiere cerrarse, el rayo de luna que atraviesa las vidrieras multicolores, la lámpara que se apaga lentamente, el grito del niño que llora...

Sí, la Naturaleza tiene *alma*; tiene *alma* el campo solitario en noche estrellada de esto; esas inmensas noches silenciosas en que las montañas, las negras molas, se dibujan en la lejanía, y brillan parpadeando en lo alto las estrellas, y percíbense los mil ruidos de insectos, de aves nocherniegas, del viento que agita los árboles, que hace cantar los pinos; tiene alma la casa abandonada en pleno campo, cerradas las puertas, desmoronándose las paredes, batiente una ventana que el aire hace gemir con tristeza infinita en las horas de vendaval; tiene alma el mueble antiguo, pesado sillón de cuero, lienzo negruzco, velón historiado; tiene alma cuanto nos rodea, cuanto *vive* á nuestro lado y asiste á nuestras tragedias íntimas, á nuestros dolores microscópicos, á nuestras expansiones de placer, á nuestras alegrías de una hora,

Tienen alma las cosas, y los grandes artistas saben verla y trasladarla á sus versos ó á su prosa.

Medina es un artista, y llega como los entendimientos escogidos al fondo de ese mundo de emociones ignoradas. A mí me es simpático, profundamente simpático, este provinciano obscuro, desconocido en la gran ciudad, que en el fondo de una provincia, desde su tierra amada, construye su obra literaria, dramas pasionales ó versos delicados, con la serenidad de un fray Luis de León, cuidadoso de su huerto.

Y no éste, todos; todos son para mí espíritus superiores, los que lejos del tráfico mundanal, apartados de la vanidad mezquina de la comedia intelectual, laboran apaciblemente por entusiasmo al arte.

Admiro á Leopardi sobre todos los poetas; admiro el genio peregrino: «terso como il Petrarca, venuto come il Caro, arguto come Luciano, profundo come Giordano Bruno, perspicuo come Galileo Galilei»; que á los veintitantos años, retirado en Recanati, ya había conocido los secretos de la ciencia y llevaba en sí el tedio *inefable*, la melancolía exquisita del que todo lo ha visto, del que ha agotado el supremo goce, el goce de *conocer*.

Nada más estético, más esencialmente artístico, que esta melancolía, esta ansia de vivir del que muere, este anhelo hacía algo soñado, hacía el ideal que no parece, desequilibrio entre la vida de la realidad y la vida á placer forjada.

Precisamente por esto las poesías de Vicente Medina que más me agradan son aquellas que tal estado de espíritu sugieren. Por ejemplo, *Murria* y *Cansera*.

Cansera es una diminuta obra maestra; una verdadera joya. El huertano, matiego apasionado de su pedazo de tierra, acorralado en su casa por las desgracias, por la mala cosecha, por la sequía, por el hijo que se han llevado á la guerra, se niega á salir de ella; no, no quiere salir; siente aquella alma ruda el cansancio insuperable, el tedio de quien toda la vida ha luchado reciamente y no recoge al final más que dolores.

¿Para qué salir? ¿Para qué ir á ver la tierra, antes fértil, los viñedos lozanos antes, la huerta un día frondosa? ¿Para qué recorrer la senda por la que él tantas veces ha pasado á través de los campos?

«Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...

por esa sendita se fué la alegría...
¡por esa sendica vinieron las penas!...
No te causes, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y *éjame* que duerma,
¡á ver si es *pá* siempre!... ¡si no me *espertara!*...
¡tengo una *cansera!*...»

(De *EL PROGRESO*, de Madrid, del 5 de Marzo de 1898.)



DE URBANO GONZÁLEZ SERRANO

Vicente Medina es una poeta de veras, de los que saben sentir y expresar la eterna poesía de las cosas. Un medio ambiente tan hermoso como el de la huerta de Murcia, reflejado por un alma de artista como la de Medina, que conserva cuidadosamente todo el aspecto local, todos los modismos peculiares del lenguaje, toda la plasticidad de una expresión viva y las hondas (á veces feroces) pasiones que rujen y explotan en el alma ingenua de los huertanos, convierte las páginas del libro en páginas de oro.

La factura sencilla, á veces monótona; los recursos

naturales, de espontaneidad primitiva, de la más sana y robusta en la poesía popular, están tomados (y con relieve escultural sentidos y expresados) de un medio semitropical, el de la huerta, con una vegetación fecunda y espléndida y de individuos con pasiones volcánicas en medio de su aparente sencillez. El contraste épico, casi siempre dramático, se desarrolla y resuelve, (en ocasiones violentamente se corta) dando la preferencia al primero de los factores, ante el cual el segundo se rompe—de tan buena cepa es,—pero no se dobla. Tal es el drama vivo é intenso que se desenvuelve en estas hermosas é incomparables poesías de *Aires murcianos*. En todas ellas, en la titulada *A otras tierras*, se expresa con toda claridad:

¿Ande hay ná como este suelo
cuajao de bendiciones,
en el que por cá granico
mil granicos arrecoges?
Las tierras no son las malas...
¡La maldá la tién los hombres!...
Los de arriba porque llevan
acoráos á los probes...
los de abajo porque aguantan
que los otros los acoren.

Aun en las movidas de estas poesías, late un

drama intenso, vivo, hondamente sentido, y desenvuelto con un arte maravilloso, que jamás degenera en la *sensiblería* enferma, que endémicamente ataca á los poetas pasionales del día. Sirva de ejemplo elocuente *Cansera*, cuyas esculturales estrofas parecen escritas con pluma movida por un hervor de vida, que raya en la sublimidad de la resignación estóica. No es posible citar una entre otras de las pocas y sabrosas líneas de *Cansera*; hay que recomendar muy de veras la lectura de toda ella á quien guste en arte de lo óptimo y de lo breve. Entre los *poemas menores* clasificaría un retórico al uso tal composición, y, sin embargo, *Cansera* resulta un poema de los mayores, y Vicente Medina, su autor, un poeta que sabe compaginar la sublimidad con la sencillez.

(De la REVISTA NUEVA, 5 Agosto 1899.)

DE JUAN MARAGALL

Muy estimado amigo y señor: ¡Cómo le agradezco el ejemplar que me ha dedicado de su *Canción de la huerta*! ¡Cómo me ha removido este libro! Es otra vez aquella emoción de vida de los *Aires murcianos*. En eso está Ud. en lo fuerte, porque está en lo vivo. ¡Cómo se vé y se siente esa tierra murciana, esa alma murciana! ¡qué trágico país! Tan hermoso y dulce ¿qué fatalidad pesa sobre él? tanta energía como debe contener latente ¿por qué tan abatido y resignado? Hay versos de su canción que parecen de fuego, así quedan grabados para siempre:

«pero tíe en el mirar de sus ojos
negros una fuerza!...



No me quiere náide!

Esta poesía *Náide*, del principio al fin, es de lo más fuerte que se ha producido en España:

Es una amargura desconsolada
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!

Cada verso es un martillazo al corazón.

Y aquella *Nubecica* que huele á vida y que es quizás la única en que á través del dolor no hay más dolor. Y *Rosica...* y la final que arranca lágrimas.

Amigo Medina, es usted el señor de la trágica murga murciana, es usted el rey de su región, y el buen rey se debe al pueblo. Ellos tal vez no saben nada, pero Ud. se debe á ellos y á sus cantares. No les sea nunca infiel, amigo Medina. Yo creo que Ud. es hoy *el murciano*: ya ve Ud. su carga y su dignidad: el alma de un pueblo...

(De carta al autor.—Barcelona 16 Abril 1905.)

55-030-23

DE ZEODORO LLORENTE

Hace algunos meses está sobre mi mesa-escritorio un libro, que leo y vuelvo á leer con exquisita delectación: titúlase *La canción de la huerta*, y cada vez que en su lectura me extasfo, recuerdo la conversación que tuve, ahora hace un año, con su autor, el original y simpático poeta Vicente Medina.

Desde que surgió en nuestros horizontes literarios su figura gallarda, atrájome con atracción irresistible. Estaba yo cansado de la poesía decadentista de nuestro tiempo, artificiosa y huera casi siempre, flor de estufa, cuando no flor de trapo ó de papel, ingeniosa

No me quiere náide!

Esta poesía *Náide*, del principio al fin, es de lo más fuerte que se ha producido en España:

Es una amargura desconsolada
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!

Cada verso es un martillazo al corazón.

Y aquella *Nubecica* que huele á vida y que es quizás la única en que á través del dolor no hay más dolor. Y *Rosica...* y la final que arranca lágrimas.

Amigo Medina, es usted el señor de la trágica murga murciana, es usted el rey de su región, y el buen rey se debe al pueblo. Ellos tal vez no saben nada, pero Ud. se debe á ellos y á sus cantares. No les sea nunca infiel, amigo Medina. Yo creo que Ud. es hoy *el murciano*: ya ve Ud. su carga y su dignidad: el alma de un pueblo...

(De carta al autor.—Barcelona 16 Abril 1905.)

55-03023

DE ZEODORO LLORENTE

Hace algunos meses está sobre mi mesa-escritorio un libro, que leo y vuelvo á leer con exquisita delectación: titúlase *La canción de la huerta*, y cada vez que en su lectura me extasfo, recuerdo la conversación que tuve, ahora hace un año, con su autor, el original y simpático poeta Vicente Medina.

Desde que surgió en nuestros horizontes literarios su figura gallarda, atrájome con atracción irresistible. Estaba yo cansado de la poesía decadentista de nuestro tiempo, artificiosa y huera casi siempre, flor de estufa, cuando no flor de trapo ó de papel, ingeniosa

á veces, però casi nunca natural, sin calor de vida, sin alma ni sentimiento. Y cuando respiraba con dificultad la atmósfera viciada de este arte ficticio, fueron para mí los *Aires Murcianos* como una ráfaga de ambiente puro, empapado en el aroma sano de los campos. Medina, el nuevo poeta, no sabía nada de la retórica pretenciosa de Academias y salones, de los versos de album alambicados y galantes, de las odas pomposas y vacías para Juegos Florales. En él se habían encarnado los pensamientos sencillos y los decires ingenuos de los campesinos del Segura, y nos transmitía su vida entera, modesta y pobre, sus sentimientos, sus aspiraciones, sus goces, sus penas, (más sus penas que sus goces) en un idioma completamente nuevo para la producción literaria, en lo que yo no sé si llamar otro dialecto, de los que en España han tomado ó van á tomar puesto en la cultura de la poesía. Pero sea cual fuere la consideración y categoría que en el orden filológico se le dé al habla *panocha* (nombre con que la bautizó mi difunto amigo, el insigne murciano D. Pedro Díaz Cassou) además del aliciente de la novedad inesperada, tenía en labios del novel poeta, dulcísimo atractivo, como una música

de esas que se pegan al oído; y prueba de ello es la rapidez con que se extendió por toda España, y el súbito renombre que dió al vate campesino. En lo que decía, y en el modo como lo decía, había verdad, naturalidad, observación exacta, vida vivida, como se dice ahora, (lo que les faltaba á los rimadores al uso) y sobre todo aquello, un sentimiento poético hondo, íntimo, ingénito, perenne, ese *quid* que hace á los poetas de veras, y que ha hecho decir al adagio que el poeta nace y no se hace.

Por todo eso, yo, que he tenido la suerte de conocer y tratar á los poetas más famosos de España en este tiempo, á los de oro y á los de similor, ardía en deseos de conocer á aquel modesto hijo de la huerta de Murcia, que bien podía hombrarse con todos ellos. Sabía que, aunque tan brillantemente había salido del montón, vivía pobre y afanoso, trabajando con ahinco para ganar el pan, y esto aumentaba mi interés.

Al recorrer de reciente estas provincias de Levante, pregunté por él en Murcia, donde creí que moraba. Dijéronme que el poeta enamorado de los

campos del Segura, había tenido que dejar aquel para él encantado paraíso, buscando medios de vivir que allí no encontró, y que estaba ahora en Cartagena. Como tantos otros españoles sin recursos, halló un refugio en el presupuesto nacional; pero ¡qué refugio tan mísero! En la antigua ciudad de Asdrúbal era escribiente del Arsenal. Fui allá y quise visitarle: un valenciano, ya medio cartagenero, que era amigo suyo, ofreció fraermelo á la fonda donde me hospedaba.

—Vengan ustedes á almorzar conmigo.

—Veremos si puede ser.

No pudo ser. Estaba tan atareado Vicente Medina, que no disponía de una hora para el almuerzo. Ofreció venir luego, haciendo una escapada de su trabajo, y vino, en efecto, de prisa y corriendo.

Aún es joven; para mí, muy joven: no ha cumplido cuarenta años, y aunque á otro ya le pesarían algo, á él aún no le pesan. No hay en su aspecto ni en su fisonomía nada de su estirpe labriega; no muy alto, cenceño, cetrino de color, suelto en los movimientos, enérgico en el ademán, su rostro ovalado, aguileño, de barba sedosa, le dá el tipo de un árabe, de raza

fina y aristocrática. Pero el rasgo saliente y característico, que pronto percibí, está en sus ojos y su entrecejo, vivísimos aquellos, duro éste. ¡Oh! ¡cómo expresan la fuerza de voluntad, frunciéndose el uno, relampagueando los otros! Este moro murciano no es un soñador fantástico; es un hombre de acción, de lucha, de firmeza, de constancia.

Contóme su vida humilde y trabajosísima; no la oculta y hasta la ha publicado en el prólogo de uno de sus libros. Es hijo de Archena; su padre era jornalero; su madre cosía en una sastrería muy modesta. Aquél se convirtió en vendedor de periódicos, y á esto se debe que España cuente hoy con un inspiradísimo poeta. El chicuelo ayudaba al padre en su faena, y se aficionó á leer cuantos papeles caían en sus manos. Viendo su disposición, enviáronlo sus padres á servir en Madrid, para que allí se abriese camino. No se lo abrió. Corrió varias casas; se cansó pronto y volvió al pueblo. Fué otra vez vendedor de periódicos, fué mancebo de botica, y por probar fortuna, sentó plaza y marchó á Filipinas. En todos estos oficios, seguidos de mala gana, lo que le preocupaba era hacer versos. Lefa, lefa, sin cesar; escribía, escribía sin medida, sin maestros, sin arte.

Cumplido el servicio, volvió á Archena. Tenía veinticuatro años; era un hombre hecho y derecho, sin una peseta ni manera de ganarla, era un poeta, por dentro, y nadie lo sabía, ni lo adivinaba. Con sus ahorrillos de soldado puso una tiendezuela y no pudo salir adelante. Desesperado, quiso embarcarse para Orán; pero en Cartagena le defuvieron algunos amigos, ofreciéndole buscarle colocación, y en Cartagena se quedó.

* * *

—«He sufrido mucho, pero ahora vivo tranquilo —me decía.— Me dán veinte duros al mes en el Arsenal por copiar minutas; me dán otros veinte en una fábrica por llevar las cuentas. Le parecerá á usted eso muy poco para vivir; pues á mí me basta, á pesar de sostener mujer é hijos. Tengo ocupadas la mañana y la tarde: me queda la noche para leer, para estudiar, para escribir, y esto es la vida para mí, la ilusión, la esperanza. Mis trabajos literarios apenas me dán lucro. Muy pocas Revistas son las que de vez en cuando me envían unos cuantos duros por algún articulejo ó alguna poesía. Este dinero lo guardo con afán para

ayuda en la publicación de mis libros, y si con ello cubriera los gastos, me daría por contento.

He querido escribir para el teatro; esto es lo único que en España dá dinero á los poetas y pronta celebridad. ¡Si pudiera librarme yo del yugo de mi labor cotidiana! ¡Con qué ardor me entregaría á mi afición, á lo que yo creo ser mi vocación! Escribí un drama de costumbres de la huerta y en la lengua de los huertanos, y fué representado con aplauso aquí en Cartagena; he escrito otros para los teatros de Madrid, y no he logrado que me los admitan. Allí, desde que publiqué *Aires murcianos*, y me los elogiaron los periódicos, tengo amigos, tengo casi protectores; pero esa protección, hasta ahora, no me ha servido de nada.

No importa. Trabajaré, trabajaré sin descanso. Tengo fé. Yo veo claros los nuevos horizontes de la poesía. No me desanimo; ité adelante.»

Decía así, con voz segura y vibrante, con palabras precipitadas; con la frente fruncida, con la mirada fija, como si viese á lo lejos algo, que era su imán, la meta de su destino, la estrella polar inmóvil, á cuyo alrededor giraban todas las órbitas de su vida.

Hablamos largo rato, que para mí fué demasiado corto. Le inspiré confianza, y se desbordó su espíritu, como el copioso raudal cuando se abre la compuerta que lo contuvo. A la vez que hablaba con verbosidad, trémulo por la emoción, del arte y de la poesía, de sus excelencias, de su misión social, de su pasado y de su porvenir, sacaba con mano nerviosa, y como maquinalmente, el reloj y miraba la hora. Era la tiranía de su servidumbre, que acertaba sus confidencias, y que le hizo despedirse de mí precipitadamente.

—¡Adiós!— me dijo,—no puedo detenerme más. Enviaré á usted mis libros; los que he publicado y los que publicaré; todos, todos. Le he abierto mi alma: conoce usted ya al autor; conozca sus obras.»

Causóme impresión honda la entrevista. Había algo de extraño en aquel entusiasta poeta. Unas veces me parecía un niño de cándidas ilusiones; otras, un iluminado, que casi me daba miedo: siempre un hombre superior, ageno á toda vulgaridad, con perfecto derecho para quejarse de su suerte, y con la noble altivez del genio, que se sobrepone á las huma-

nas desdichas. ¡Pensar que después de aquella conversación en que su pensamiento había flotado sobre las cúpides azules del ideal, iba corriendo á esconderse en el escritorio de un taller (creo que de sombrerería) para sacar la cuenta de los jornales pagados, de las piezas de fieltro recibidas y de los sombreros vendidos; y luego, rendido por ocho ó diez horas de encorvamiento sobre el pupitre tiránico, á encaramarse á un tercer piso, para compartir con su esposa y sus hijos la sobria cena y el breve descanso! ¡Es un héroe! exclamaba yo en mis adentros: ¡Quiera Dios que no sea un mártir!

Libros de poesías de Vicente Medina: el que le dió repentina fama fué un librito de pocas páginas, *Aires murcianos*, con el que inauguró un editor de Madrid la primorosa *Biblioteca Mignon*. Tras ese primero y afortunado ensayo de la poesía peculiar de la huerta de Murcia, en su lengua propia, Medina quiso escribir sus versos en castellano, y lo hizo con igual gallardía; *Alma del pueblo*, *Canción de la vida* y *Canción de la muerte*, son obras que lo acreditan. Hay en ellas, sin embargo, algo que no me place,

rasgos del extravagante *modernismo*, más en la forma que en el fondo, tentación de una moda hoy boyante, á la que no supo resistir un poeta impresionable á la novedad, y sin la suficiente preparación literaria para dejar pasar sus caprichosas oleadas.

Ahora ha vuelto á sus primeros amores. *La Canción de la huerta*, hermosísimo libro, al que me he referido al comenzar este artículo, es la continuación de *Aires murcianos*: el drama cotidiano de la humilde vida labriega, la poesía íntima, inadvertida á los ojos vulgares, de los pequeños, de los pobres, de los ignorantes, del pueblo trabajador y sufrido, que, como dice el personaje de una zarzuela popularísima «tiene también su corazoncito.»

De ese libro, os voy á hablar.

Zeda, el experto crítico, en una de las últimas crónicas literarias escritas para *Las Provincias*, decía de este modo:

«Así como á los que residen en las grandes ciudades les encanta de vez en cuando recorrer los campos, trepar á los montes, beber en los arroyos y tenderse sobre la yerba á la sombra de los árboles, así también á la imaginación, cansada de señoritas neu-

rasténicas, de intencionados coloquios de *boudoir*, de intrigas de telón y de filigranas de estilo cortesano, le encanta alguna vez recrearse con los rudos donaires populares, con la descripción de los regocijos de las aldeas, con el lenguaje y los cantares de la gente rústica.»

Esta observación es aplicable á todos los tiempos y á todas las literaturas. De ese gusto por la antítesis, nació en la antigüedad clásica, cuando más florecía la cultura entre los griegos y los romanos, un género tan importante como lo fué la égloga. Teócrito encantaba á los refinados atenienses encomiando las campestres bellezas de la pastoril Arcadia. Virgilio, entre los esplendores de la Roma cesárea, hacía sonar la flauta de Titiro *sub tegmine fagi*. Y el caso se repetía cuando el Renacimiento renovaba aquellos primores del arte y la poesía. El Tasso era tan admirado en Italia cuando en su *Aminta* idealizaba los amores de los pastores y las zagalas, como al describir la épica *liberazione* del sepulcro de Cristo. Y en el siglo de oro de nuestra literatura castellana, la poesía lírica, reflejo de la italiana, llevaba también á los verdes campos aquellas Fléridas y aquellas Amarilis, por las que tan dulcemente suspiraba Garcilaso.

Esa poesía bucólica produjo versos muy bellos y galanas descripciones, como aquella que comienza *Corrientes aguas, puras, cristalinas*; pero había en ella no poco de convencional y ficticio. El sentimiento de la naturaleza se revelaba poco en ella; más dominaba la retórica. Eran los poetas de entonces paisajistas que no tomaban sus apuntes del natural: pintaban «de manera», como dicen los técnicos, y las bellezas que celebraban no eran hijas del campo, sino pastoras de abanico, damas disfrazadas, predecesoras de las que copió Watteau en los jardines de Versalles. La poesía verdaderamente campestre aparece rara vez en nuestros anales literarios; más bien que en la lírica, surgen rasgos de ella en la dramática, sin duda por ser ésta más nacional, más popular. A principios del siglo XIX el melifluo Meléndez Valdés renovó la olvidada égloga; pero tampoco son campesinas de veras sus Filis acicaladas y sus galantes Babilos de las riberas del Tormes. En nuestra época ha brotado esa poesía, campestre de veras, con la descentralización literaria. El renacimiento catalán (en el cual comprendo al valenciano y al balear) y el renacimiento galaico, á los cuales han seguido conato

idénticos en otras comarcas de la Península, se han inspirado en los afectos del pueblo, en el amor á la tierra natal (la *tierruca* de los montañeses cantábricos, la *terreta* de nuestros paisanos, amor que degenerando en fisiológica dolencia es la *morriña* de los gallegos) en la vida peculiar de cada comarca, y esto ha revestido de íntimo encanto y de vivo interés la poesía, bien expresada, de las cosas y de la gente trágica.

*
**

De estos nuevos cantores del campo, Vicente Medina es uno de los más inspirados, expresivos y característicos. La huerta de Murcia, tan parecida á la nuestra, no solamente es fértil y frondosa; tiene, además, un tinte halagador de poesía. Sus huertos de naranjos, sus pequeños bancales, rodeados de moreras; sus numerosos caseríos y sus innumerables barracas, sus brazales y sus *ñoras* (nuestra noria), las palmeras, que dán un aire oriental al paisaje, y sobre todo, el tipo, aún no modernizado ni uniformado, de su población agricultora, de pintoresco atavío, de tradicionales hábitos y costumbres, de trato sencillo y habla cariñosa, estaban pidiendo, para abrirles el

templo de la poesía, un artista genial. Y lo encontraron en el autor de *Aires murcianos*. Éste se ha apropiado la vida de aquel pueblo, y nos la da en cuadros de arte sincero y exquisito, con exactitud completa é ingenuidad encantadora, en la misma lengua que emplean los huertanos, sin alterarla con artísticos pulimentos.

Manifestaba al comienzo de este artículo la duda sobre el concepto filológico que merece ese lenguaje *panocho*. Para mí, no es más que un castellano mal hablado, como en algunas comarcas aragonesas. Es de uso exclusivo de la gente rural; parece habla de niños que aún no han aprendido á hablar bien. La continua repetición de diminutivos aún le dá más ese tono infantil. ¿Sirve para la poesía? Sí, y Medina lo ha probado. Pero no para toda poesía. Como instrumento literario, su empleo ha de ser limitadísimo. Está muy lejos de la categoría del catalán, apto para todos los géneros y en el que Verdaguer ha podido escribir poemas como *la Atlántida*, y Guimerá sus tragedias y dramas; ó el gallego culto y refinado de Rosalía de Castro y Curroz Enriquez. El habla, puramente rural, de los labriegos de Mur-

cia, sólo sirve para que el poeta la ponga en labios de ellos, ó para que de ellos se ocupe. Círculo de acción bien estrecho; pero que en sus reducidísimos límites, tiene un campo fecundo en que florecer. El poeta del país que lo cultiva, merece bien de los suyos, y también de los ajenos, y puede decir satisfecho con Alfredo de Musset:

Mon verre est bien petit, mais je vois dans mon verre.

Aunque la huerta murciana se presta mucho á la pintura de paisaje, Medina no es paisajista; es un pintor de género. No le interesa la naturaleza, sino el hombre; no es el poeta del campo, sino el poeta de los campesinos. Ni en sus primeros *Aires murcianos*, ni en los que ahora ha publicado, hay una sola composición meramente descriptiva; todas son escenas de la vida humana, á las que dá realce el lugar en que se desarrolla, pero este agradable escenario solo es el fondo del cuadro: el interés de éste estriba en las figuras, pintadas siempre con tan delicados toques de observación, que parecen vivas y quedan imborrables en nuestra memoria.

Esas figuras son casi siempre tristes. ¿Por qué? Esa

tristeza melancólica ¿es impresión del natural? ¿Es que reina el infortunio en aquellos hermosos campos? ¿Es que sus habitantes son esencialmente desgraciados? No lo creo. La vida del pobre labrador no es muy próspera, allí ni en ninguna parte; pero, en muchas, en muchísimas otras, es más penosa. Tendrán penas, sin duda, aquellos buenos huertanos; pero también tendrán, también tienen, de seguro, satisfacciones y alegrías, fiestas y jolgorios. El carácter de esta gente levantina parece más apropiado al regocijo que al humor negro. Pero Medina, de las dos fases de la vida humana, no ve más que la sombría, y esa es la que refleja en sus versos. Fortuna que su Musa, triste y dolorida, no es tétrica, ni amargamente desconsoladora, ni mucho menos espeluznante, como la de otros poetas lúgubres. Su tristeza es suave y blanda, casi dulce, como un rayo de luna en la obscuridad de la noche, como la penumbra de un crepúsculo tranquilo, que induce á serena meditación. Sus breves y sencillos cuadros de las desdichas humanas, aunque humedecen á veces nuestros párpados, no nos desgarran las entrañas; en la impresión que producen, domina la emoción estética, grata siempre al alma, y producto natural del arte y de la poesía.

Una suprema compasión hacia los desgraciados se desprende siempre de los *Aires murcianos*. Yo no puedo censurarlo. ¿Cómo lo he de censurar, yo que he dicho de reciente:

Entre todas las Musas victoriosas
es la que más nuestro ánimo enagena,
la que en la frente pálida y serena
con ramo de ciprés une á las rosas?

Quisiera citar algunas de esas sentidísimas poesías, pero me apura *l' embarras du choix*, como dicen los franceses. ¡Hay tantas que me impresionan hondamente! *Mustia*, por ejemplo, es una de ellas.

¿Son muchos los autores que, de un asunto tan aparentemente sencillo y vulgar, sepan extraer tan delicado aroma de verdadera poesía? ¡Ah! si todos los rompedores de viejos moldes dieran á sus nuevas creaciones ese exquisito sentimiento de la belleza, no renegaría yo del modernismo.

Para concluir, he de hacer un ruego á nuestro padre Apolo. Si ese dios de los poetas conserva algo del antiguo imperio sobre sus indisciplinados devotos, no permita que á Vicente Medina le salgan imi-

tadores. El vate murciano camina seguro por el borde de un precipicio. A un lado tiene el cielo espléndido de la poesía, en el cual bate las alas; al otro lado se abre el abismo de la vulgaridad y la chavacanería. Él no rodará por esa pendiente, pero quien sin tener su genio quiera seguirle, dará el gran batacazo; estoy seguro de ello.

(De LAS PROVINCIAS, diario de Valencia, 23 Enero 1905.)

DE D. PEDRO DÍAZ CASSOU

Por las cuatro únicas poesías que de Vicente Medina Tomás he leído, no dudo en calificarle de verdadero poeta, y del más murciano poeta que he conocido en una vida que ya va siendo larga. He leído más de tres veces su *Barraca*, y he recordado que entre mis papeles del siglo pasado había otros versos con el mismo título, é inspirados por la musa popular á un vate anónimo, y que fueron motivo de que el Sr. Corregidor metiera en la cárcel á un ciego que los cantaba. Al envíar mi aplauso al Sr. Medina, exhumo aquellos versos, tan sentidos, aunque no tan bien hechos como los suyos:

LA BARRACA

Canción con motivo de la orden del Sr. Corregidor
para derribar las de los que no tienen tierra.

El rey tié varios palacios,
en Murcia hay ca ves más casas;
er Corregidor la tiene,
ca uno vive como arcanza;
y ar fin y á la prepartía
salimos con estas ansias;
¿qué les ha dao pa meterse
con er probe é la barraca?

Ícen qu' es cosa del Rey
y el Corregidor lo manda,
que es causa de muchos vagos
que á Murcia vien de mindanga;
ícen que lo hacen por bien
y que les demos las gracias;
yo digo que tó está güeno
pero qu' ejen mi barraca.

La tengo ebajo una higuera
junto á la cieta é Meana,
le cantan de día los pájaros
y por la noche las ranas;
es fresca si hace calor,
en invierno es una manta;
y ni er palacio del Rey
vale más que mi barraca.

Pa más aorno en delante
voy á plantar una parra,
en medio corgá de un gancho
ha de haber siempre una farra.

to aquer que pase y sed tenga
que puea echarse un trago d' agua...
¿quío icir si no la erriban
la probe de mi barraca!

Mi páere hizo la vivienda
en er quijero é Meana,
por la enza é tomar esta
con mi máere de mi alma;
dos probes picatalones
que hicieron nio junto al agua,
er nio pá sus hijquíos
que jué mi probe barraca,

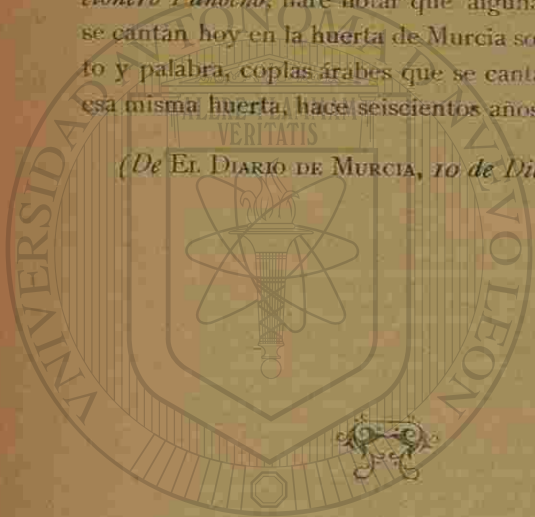
¿Qué güen tiempo, qué regüeno!
cuando á la puerta jubaba!
¿qué mal día er que á mi páere
piés pa alante lo sacaban!
el muerto, mi máere muerta,
yo zagal, aboa un charrasca,
¿cuánta cosa sin la llengua
me está iciendo mi barraca!

El Rey tié varios palacios,
el Corregidor tié casas,
á aquer que tiene dineros
ande vivir no le farta;
yo tengo en esa vivienda
tó mi bien y toa mi alma;
¿qué le queará á este infelís
si le erribais la barraca?

Leyendo esta canción del siglo pasado y la poesía reciente del señor Medina, se encuentra cierto parecido propio del parentesco poético entre composi-

ciones que vienen de un tronco común: la inspiración popular. No hay que extrañarlo; si publico mi *Cancionero Panocho*, haré notar que algunas coplas que se cantan hoy en la huerta de Murcia son, pensamiento y palabra, coplas árabes que se cantaron quizás en esa misma huerta, hace seiscientos años.

(De EL DIARIO DE MURCIA, 10 de Diciembre 1897.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE D. JOSÉ VENTURA TRAVESET

Siempre, y en todas las épocas y lugares, la poesía lírica ha recorrido todos los tonos del género, si bien han motivado sucesivas transformaciones y formas protéicas el medio ambiente y las condiciones en que ha vivido el poeta; así es bélico y varonil Tirteo, dulce y meditabundo Horacio, religioso y creyente Dante, escéptico y despreocupado Espronceda. Encontrar en nuestros días de pesimismo y tendencias utilitarias, rimadores que fluctúen suavemente entre el clasicismo y el modernismo, que conserven la tradición filosófica salmantina amalgamada con la rea-

lidad actual, que huyan de la impalpabilidad y vacío de los muchos que escalaron la cumbre del Parnaso, aun en nuestras mejores y más florecientes épocas, lo estimo como un verdadero hallazgo, y por eso quiero contribuir con mi modesta admiración á poner de relieve los méritos de un poeta de nuestros días, semi-bardo, semi-trovador de los presentes tiempos, que ha sabido crear en lo fácil un género inimitable y cuyos secretos solo él posee. Me refiero al murciano Vicente Medina. La primera vez que leí su nombre fué en *Los lunes de El Imparcial* al pié de su primorosa *Cansera*; comencé á recorrer maquinalmente con la vista sus desiguales versos, con la distracción del que busca algo con que *desengrasar* su espíritu en un momento de ocio y descanso, y sentí los ojos preñarse de lágrimas que tuve que enjugar con disimulo: leí ya con más atención tan delicada composición y quedé sorprendido del nuevo derrotero que marcaba este poeta regional. Compré en seguida los *Aires murcianos*—que es de donde estaba seleccionada la poesía del periódico, y sus suaves estrofas sobre costumbres de la huerta de Murcia, deleitaron mi alma con la misma intensidad que las de Jorge

Manrique, Garcilaso, Becquer y Zorrilla. ¿Es que Medina pertenece á la escuela de estos ú otros poetas célebres? Nada más distante: su comparación es solo psicológica y no lírica: es un creador regional al estilo de los novelistas del Norte—la Sra. Pardo Bazán ó Pereda—pero sus asuntos son cuadros pequeñísimos apenas novelables, y vistos y sublimados á través de su exquisita sensibilidad: él nos dice lo que todos vemos á diario á nuestro alrededor, sin parar mientes en el mundo de sentimiento que de allí brota; nos presenta el lado triste y melancólico de la vida huertana del reino de Murcia, pero con alegría santa, con tristeza morisco-cristiana resignada, que nos cautiva y ata, que no nos hace odiar la vida, sino mirarla en los puntos de realismo de una clase desheredada que sufre, que llora, que calla, pero que arranca lágrimas al corazón más indiferente. Su factura general tiene un fondo antitético, no burlón ni punzante como el de Campoamor, sino bucólico en un principio y con desenlace psicológico-social; así presenta á las *sagáticas* ya llenas de juventud y de vida, ya después muertas, ya despidiendo la fragancia de la pureza, ya caídas luego en el fango mundano, etc., etc. Pero hay otro punto de vista, más sim-

pático en la labor de Vicente Medina: la de haber recogido en sus cuadros el llanto de las infelices mujeres españolas que perdieron sus hijos en las ingratas luchas coloniales, dejándonos, como los líricos de nuestra guerra de la Independencia, el retrato más notable, la semblanza más vigorosa de la madre del soldado expatriado en estos últimos años, y la fisonomía más real de nuestro bisoño que muere ó padece en un hospital de sangre en tierra que nos era enemiga, y extenuado por la fiebre ó por el traidor vómito.

Sí: Medina es el poeta elegiaco de la humilde huertana, madre española desheredada de fortuna y herida de muerte por la quinta del hijo: si sus versos se hubieran leído en los teatros á raíz de nuestras desgracias de Cuba y Filipinas, un sollozo general se hubiese levantado de todos los ámbitos de las galerías, del mismo modo que inevitablemente corren silenciosas las lágrimas por nuestras mejillas cuando le leemos.


Yo, el último de los profesores de Literatura, de año en año doy á conocer este poeta entre mis discípulos, leo en cátedra sus sencillas poesías gimeando con mal fingida fortaleza, le incluyo sa-

tisfecho en mi programa de curso, y creo no andar muy descaminado cuando Fitzmaurice Kelly, el gran hispanófilo de Londres, miembro honorable de nuestras Reales Academias españolas, editor del *Quijote*, el más insigne que se conoce—según la autoridad de Menéndez y Pelayo—le incluye en su obra conienzuda de Literatura española.

Vicente Medina figurará en plazo no lejano en todos los libros de literatura. Y me cabe en ello la honra de haberme anticipado, dentro de los moldes académicos de nuestra enseñanza universitaria, ¡Quiera Dios que no alcance tardía reparación este sentido poeta, como ocurrió á nuestro profundo Ganivet, del que nadie se acordó en vida más que nosotros sus paisanos, y que hoy se lee y se admira bajo la sombra que proyecta la corona de laurel y ciprés de una muerte prematural Medina debe vivir, como aquél debió vivir, hasta que alcance la madurez y la boga que le deseamos los que le admiramos y envidiamos su hermosa pluma, sólo mojada en lágrimas de dulce consuelo y de admirable apacibilidad.

(De la revista LA ALHAMBRA, de Granada, 30 Junio 1905)





DE PEDRO COROMINAS

LA CANCIÓN TRISTE

Vicente Medina es un poeta eminentemente popular que, lejos de aprender en los libros de los teóricos y en las obras de los maestros, pide inspiración á la tierra querida, á la huerta soleada, cubierta de flores y naranjos, y vá á sorprender las imágenes ingenuas y calientes de vida en el alma misma de su pueblo.

En los *Aires murcianos* de Medina, hay, sin embargo, dos elementos que permiten señalar el lugar y el tiempo de su aparición. En nuestros días y principalmente en España, el arte ha perdido gran parte del lirismo clásico para quedarse esencialmente

narrativo. El sentimiento de la naturaleza, el arrobamiento amoroso, el entusiasmo guerrero, el éxtasis místico, todas las emociones que inspiraron obras inmortales á los artistas de todas épocas, han ido desapareciendo al compás de nuestra decadencia, cediendo primeramente parte de su pasada hegemonía al argumento, hasta quedar finalmente desterrados en las menguadas obras de los poetas, de los novelistas, de los dramaturgos, de los músicos y de los pintores, que se limitan á reproducir sucesos más ó menos sensacionales.

En España, salvo en raras excepciones, ha predominado siempre el elemento narrativo de la obra, en torno del cual se han agrupado todas las emociones, entusiasmos y lirismos del artista; y Medina, moviéndose dentro de la tradición, aunque remontándose á la ternura del romance popular, cuenta siempre una historia en sus poesías; pero sabe vestirla de imágenes ingenuas, nutrirla de emociones conmovedoras y encontrar la tragedia en el idilio, dándonos la visión fulgente del claro-oscuro, al presentarnos unidas por modo magistral las alegrías más puras y los desgarros del alma.

Si en eso es hijo de su tiempo, en la obsesión de la muerte es el cantor del mediodía. Un voluptuoso amor al descanso, un relajamiento muscular que aplana al hombre tras los súbitos arrebatos tardíos, un dejo inconsciente con que las viejas razas orientales han sellado para siempre el alma andaluza, han producido y perpetuado ese sensualismo de la muerte que impregna de lóbrega melancolía las soleares de la España meridional. El pueblo se goza allí cantando las desesperanzas de la muerte; en el violento transporte de sus juergas relampaguea un renunciamiento oriental de raza cansada, y la aversión y repugnancia que los pueblos vigorosos sienten por la muerte, se trueca en sus cantares por un sensualismo trágico, por un descanso voluptuoso de los esfuerzos de la vida, por una convivencia fraternal con la idea de la anihilación.

Y la sensual tragedia de la muerte la ha cantado Medina en casi todos sus *Aires Murcianos*. El tema se repite una y otra vez, siempre con la misma melancolía, con una variedad asombrosa de imágenes sentimentales y con un cierto romanticismo popular. Esta ferocidad del poeta, encuentra expresión enér-

gica y delicada en su dialecto, y aunque procura diversificarse en el alma del anciano maestro, en la de la madre que llora á su angelito, en la del viejo vencido que perdió su hijo en la guerra, en la del amante despreciado, en la del hombre querido y en la evocada lozanía adolescente de la ramera muerta, impregna todo el libro de una monotonía desoladora que, lejos de afearle, constituye uno de sus mayores encantos.

Aparte estos elementos de su estro, contemporáneo el uno y español el otro, todo es singularmente personal en el poeta murciano. En todas sus poesías hay una frescura viviente, una naturalidad simpática que seduce al lector. Los que no hemos oído nunca el hablar de esos huertanos que nos presenta Medina, nos convenceremos al momento de que esas son sus palabras y sus frases y sus querer y sus dolores, pues de la pluma del poeta ha salido al primer esfuerzo un dialecto literario que no estaba hecho todavía.

Una de las notas más acentuadas del nuevo libro, es la vigorosa impresión del claro-oscuro que en todas sus composiciones se da. Las audacias coloris-

tas de Ribera se reproducen aquí con las imágenes fulgurantes evocadas por el escritor. Y así, para encuadrar sus múltiples visiones de la muerte, escoge el fondo soleado de la vega, *entapizá* de flores; para cantar la *murria* del soldado enfermo, le recuerda los rosales, los claveles, las alábegas; á la madre angustiada ante la cuna de la hija enferma, le hace pedir piedad con las mismas palabras que repetía el angelito cuando jugaba alborozado con ella; y al ver en el burdel á la joven zagala, recuerda con estos versos su frescura perdida:

D' otra manera se peina,
d' otra manera es su traje,
no es el olorcico que echa
olorcico d' azadares,
ni su cantar es el mesmo,
ni tién sus coplas el aire
d' aquellas que por la güerta
se echan entre los cañares...

Hay algunas poesías en que Medina deja de narrar y se remonta resueltamente á un lirismo trágico en busca de la emoción pura. La desolación de la huerta abandonada, las espigas

arroyás y pegás á la tierra;
...los sarmientos ruines y mustios

y esnuas las cepas,
sin un grano de uva
ni tampoco, siquiá, sombra d'ella...

dán á la composición titulada *Causera*, una belleza clásica insuperable. Quizás sea ésta la mejor del tomo, pero á nuestro juicio, *La canción triste* sintetiza mejor que otra alguna el estado de alma del poeta, hasta el punto de que hubiera podido ponerse al frente, como lema de todo el libro. Habla de un extraño de barba blanca, ojos azules y voz muy dulce, que apareció una mañana cantando entre mozos y viejos una canción muy triste. La armonía y el dejo melancólico de estos versos son un encanto:

Mienta cosas cantando que náide
por aquello qu ice sabe lo que son:
unas palabricas llenas d'amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
Pero por el dejo ¡tan triste, tan triste!...
llega al corazón

y es verdá que nenguno lo entiende
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra,
y quereres que allí se dejó...

Páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...

Y se esjarra su pecho en quejíos,

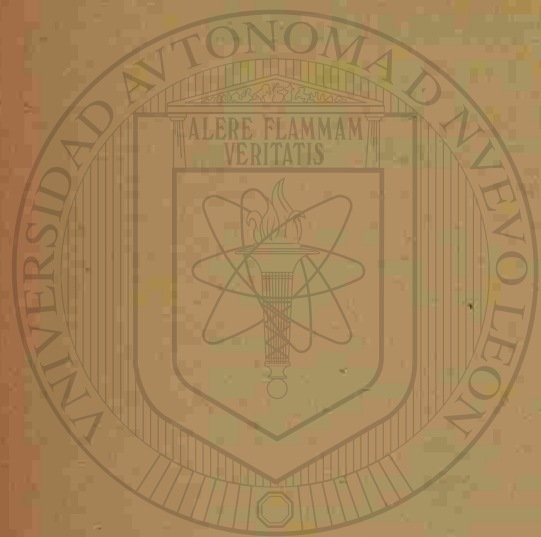
ca ves que se güelve pa ande sale el sol,
y se vé que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su vos.

En todo el libro no hay una sola nota alegre, que no sea suscitada para dar relieve á la impresión dolorosa del conjunto. No conozco á Vicente Medina y me lo imagino joven, lleno de vida. Me gustaría escudriñar su alma, porque todas estas tristezas parecen tan hondamente sentidas, la melancolía de estos versos es tan ingenua y leal, que me hace pensar en el vencimiento físico, en la enfermedad adolescente, ó en la tragedia íntima que agostó de este modo la alegría de su juventud y le arrancó tan tristes querellas.

El poeta ha nacido y la vega murciana ha encontrado el cantor de sus azahares. España sólo debe regocijarse parcialmente. El joven artista, no ha pensado en ella más que para llorar la soledad de la huerta abandonada por el soldado que murió en la guerra. Cuando la vieja España se desmorona; cuando la América latina se entrega alborozadamente á emancipar su lengua del antiguo troaco castellano; cuando en la misma capital aparece el regionalismo en el lenguaje achulapado de los barrios bajos, otra región

noblemente orgullosa de sus bellezas, afirma un dialecto y su personalidad por la voz inspirada de un poeta.

(De VIDA NUEVA, Madrid 6 Agosto 1899.)



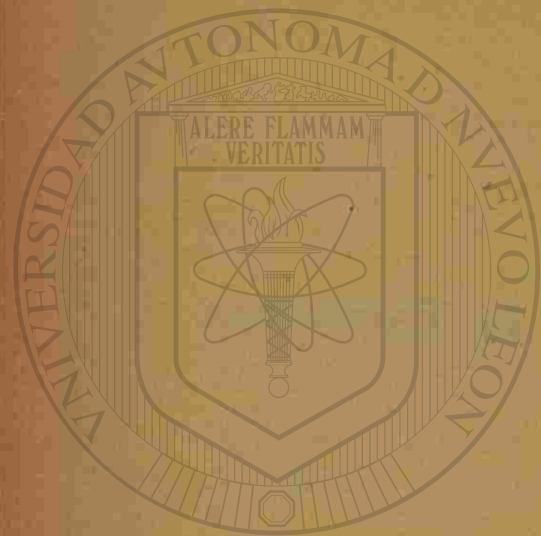
CANCIÓN DE ESPERANZA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CRISTO

Ved en la cruz el mártir de su amor infinito...
¡es el Dios del perdón!... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente
y, eternamente abiertos,
¡tiende á los hombres los amantes brazos!...

Amémonos en él, y redentora,
su dulce ley de amor haga la vida
reino de Dios, de paz y de ventura...
¡Amémonos en él, hombres, hermanos!...

Amémonos, y el fuego de nuestro amor extinga

rencores miserables, diferencias
de clases y de razas, de sectas y de cultos...

Borre nuestra bondad y tolerancia
todo humano delito...
¡condene nuestro espíritu piadoso
castigos y torturas y crueldades!...

Inagotable nuestro amor, conquiste
la alta prerrogativa de los reyes,
y sea patrimonio
de todos, el perdón, que haga, en los campos
de abrojos y de espinas,
¡brotar hermosas flores!...

Hagamos la sencilla vida de los oscuros,
y el esplendor y fausto que resaltar nos haga,
estribe en que tengamos

tesoros de bondad... Hermanos, hombres,
¡de la humildad y del amor, tan sólo,
exista la opulencia!

¡Vedlo en la cruz!... Al mundo,

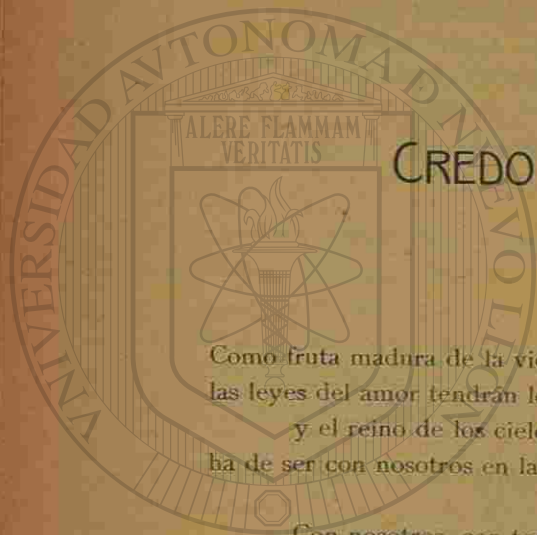
el esplendor de su bondad, cegará...
¡es el mártir sublime de su amor infinito!...
¡el Dios de la piedádl... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente,
y, eternamente abiertos,
¡tiende á los hombres los amantes brazos!

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Como fruta madura de la vida
 las leyes del amor tendrán los hombres
 y el reino de los cielos
 ha de ser con nosotros en la tierra.

Con nosotros, con todos:
 las venideras razas

han de fundirse en nuestro polvo mismo
 y nosotros seremos
 revividos en ellas!

¡Oh, sí, reviviremos!

Ante el imperio justo de la razón sagrada,
 los grandes potentados,
 los ricos verdaderos,
 serán, en la familia de los hombres,
 los buenos ¡los piadosos!

Y los ricos serán munificentes...
 prodigarán tesoros infinitos
 de su amor, que será toda riqueza,
 y cuanto más prodiguen
 ¡su bendito caudal será más grande!

Aquellos más humildes
 serán Cresos del bien y sus tesoros
 irán donde ellos vayan...
 ¡ni al verlos indigentes dudaremos
 que llevan sus tesoros en sí mismos

Y aquellos solamente
 serán glorificados:

los buenos, los piadosos,
 los de elevado espíritu,
 los abiertos a toda tolerancia,

los que adoren la vida,
los que amen la verdad ¡los soñadores!

¡Creo, Naturaleza!
creo en tus santas inmutables leyes...
Reviviremos todos
en nuestro polvo mismo,
cogeremos la fruta
madura de la vida
¡y el reino de los cielos
ha de ser con nosotros en la tierra!

EL DÍA DE LA SIEMBRA

¡Sembradores, á los campos,
que es el día de la siembra
y esponjada y anhelante de semillas
preparada está la tierra!

No dejéis pasar el día, que es hermoso sembradores...

¡á los campos!... alborea,
y las tierras entregadas á la vida,
como vírgenes sagradas al fecundo espasmo tiemblan!

Echad pródigos al surco

la semilla sana y buena...

Confíad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos
y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosechal

¡Sembradores, á los campos!...

Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres, y hondos surcos
han abierto los trabajos y las penas...

¡Sembradores de la vida, sembradores,
arrojad sobre los surcos las ideas!...

Confíad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos
y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosechal

CANCIÓN DE PAZ

Guerrero que en el remoto país estás,
lejos del plácido hogar,
sembrando luto y pavor,
oye esta dulce canción
de paz:

El soldado con quien luchas,
en quien se ceban tus odios,

lo mismo que tú, dejó
allá en su valle natal

¡su amor!...

¡su hogar!...

No hay más ley universal

que el amor,
y la patria debe ser veneración
al lugar
en que la infancia pasó
en un sueño arrobador
al arrullo maternal...
La patria no es ambición,
ni miserable rencor,
ni desatada pasión...
¡es amor!

En la estepa el anciano, la abandonada
tierra infecunda, triste mirando está...

Ya, fatigado y débil,
no puede arar...

¡Del arrogante mozo que fué á la guerra,
qué falta aquellos brazos haciendo están!

La moza, en la escondida senda del valle,
melancólicamente canta su amor...

Oid su canción:

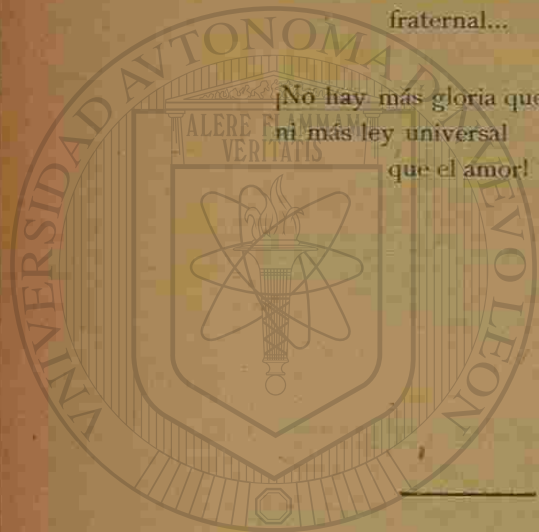
«¡Amor!
«¡A la guerra te llevan, mi amor!...
¡Qué lejos te vás!...
¡A la muerte te llevan, mi amor!...
¿Volverás?... no volverás?...
Mi amor es la vida, la guerra la muerte...
¡Ay mis ilusiones y mis alegrías,
que la muerte acechando vá!...»

Y en los campos y en la aldea
la canción no suena ya
del mancebo que á la guerra se marchó...
En el silencioso hogar
se oye solo de la madre el supirar
de dolor!

Bravo guerrero que estás
lejos del plácido hogar
sembrando luto y pavor,

no olvides esta canción
fraternal...

¡No hay más gloria que la paz,
ni más ley universal
que el amor!



LA CANCIÓN DE LA AÑORANZA

El temporal violento
reina en la costa brava...
Del bergantín hermoso
que hizo arribar al puerto la borrasca,
á la puesta del sol, sobre cubierta
celebrando el domingo, los marineros danzan...

Su danza es alegre,
flexible, gallarda...
su música es simple, pero es como el aire



del mar y los campos, de pura y de sana!...

Con un dejo triste,
la fiesta acompañan
la tarde que muere, los sordos rumores
del mar en la costa y el viento en las jarcias...

La danza es alegre, la música alegre;
pero hay en la fiesta visiones extrañas
y en el bronco sonar de un pandero,
monótono y blando, cadencias nostálgicas...

Triste y melancólica,
del pandero la nota cansada,
despierta el recuerdo
de los seres queridos que aguardan
las naves ausentes
en costas lejanas...

Danzan los marineros enardecidos
cual si evocaran

y vivieran su vida
toda en la danza...
Danzan... Sus movimientos
rítmicos hablan...
¡Quizás se remontaron
del sueño en alas,
y en derredor del baile
surge la patria!...

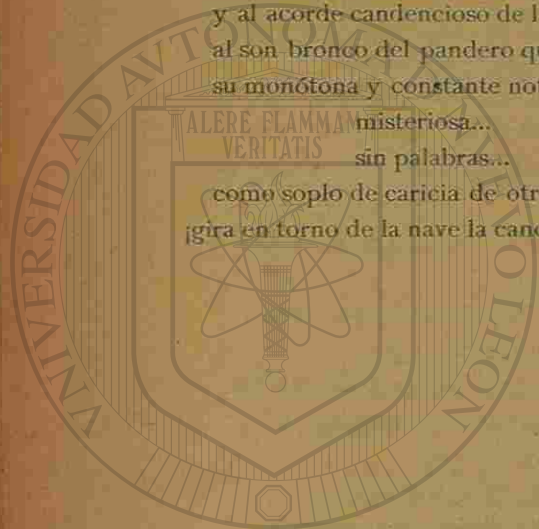
Y al son plácido traído de sus costas,
la visión querida pasa...
la de aquellas venturosas dulces noches
del hogar, nunca olvidadas...
la de tiernas
infantiles remembranzas...
¡la de amores delicados y constantes
escondidos en el alma!...

Y al son plácido, los hombres
que serenos arrostraron la borrasca,
se estremecen y suspiran
en su danza...

Y en la tarde melancólica que muere
y al acorde candencioso de las jarcias...
al son bronco del pandero que repite
su monótona y constante nota blanda,

ALERE FLAMMA VERITATIS misteriosa...
sin palabras...

como soplo de caricia de otras tierras,
¡gira en torno de la nave la canción de la añoranza!...



OTOÑO?...

Otoño?... ¡no hay otoño!

¡Ni otoño melancólico, ni pavoroso invierno,
ni dulce primavera, ni abrasador estío!

Si arde al beso del sol aquí la tierra
la hielan más allá vientos glaciales,

sin que deje por eso
de rugir el volcán en sus entrañas,
ni de adornar los cráteres la nieve...

¡Como fútiles modas,
como todo, pasaron!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

también las estaciones...

Puede el hombre á su antojo
vivir en perennes
climas templados, tórridos ó fríos...
¿puede buscar la noche sin aurora
y el día sin ocaso!...

Otoño?... ¡no hay otoño!
Se acortan las distancias,
se borran las fronteras,
los pueblos se confunden...
¡Ni razas ni estaciones!
Bien pronto todos unos:
los climas, los países,
los pueblos, sus afanes...
Sí, ¡pronto! ¿qué es el tiempo?

Bien pronto sólo Tierra
germinadora, fértil,
poblada, repoblada...
¡y en ella una amorosa
fuente y perfumada primavera!...

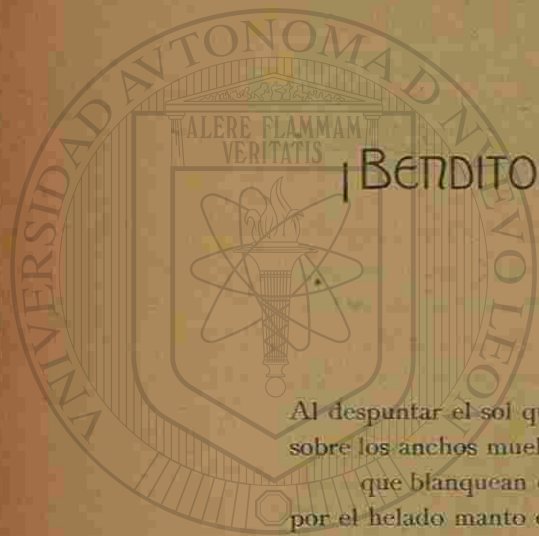
Otoño!... no hay otoño!

ni habrá, más tarde, Tierra...
habrá sólo Universo,
viviendo la armonía
serena de los mundos...

Después, acaso, vida y amor tan solamente!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡BENDITO SOL!

Al despuntar el sol que centellea
sobre los anchos muelles de la ría
que blanquean cubiertos
por el helado manto de la escarcha,
la tropa de rapaces vagabundos,
lo mismo que bandada de gorriones,
baja desde sus nidos de miseria...

—¡Buen día! ¡Buen día!—

dicen aleteando...
Y se abren y se esponjan

lo mismo que las aves,
sacudiendo sus pobres
entumecidos miembros,
á la dulce caricia
del sol, padre de todos.

—¡Buen día! ¡Buen día!—

repiten con alegre charloteo,

—¡Aquí, que hay solecico!—

Y vuela la bandada
de un lado para otro,
buscando los abrigos de los muelles,
calentando sus manos ateridas
con el vaho caliente de sus bocas.

¡Oh, sol, pródigo sol! ¡Oh, sol bendito,
qué amándonos á todos
haces amar la vida
y haces creer y confiar en ella!
¡Oh, redentor augusto

y alegría piadosa de los pobres!

¡Buen día, ¡Buen día!—
dicen los cargadores animados
en la ruda tarea,
por el ardiente beso
del sol enardecidos...

*¡Ande, muchachos, ande, que el buen día
hay que meterlo en casa!*

Y en medio del trajín y entre los sacos
que henchidos se revientan y se vierten,
pululan los rapaces,
que en todo picotean,
astutos y taimados
como pájaros listos
que siempre se hallan prontos
á levantar el vuelo.

Mujeres incitantes,
cual sazónada apetitosa fruta,

y precoces mozuelas,
á todo, como el sol, alegres ríen
y triscan y bromean con los hombres
que en el trabajo á veces,
también como rapaces,
ratos de esparcimiento merodean...

Helados viejecitos,
puestos al sol, se animan y sonríen
melancólicamente...

Y todo como el sol y á su caricia,
al alborozo de vivir se entrega.

Gozad, pájaros listos,
picotead contentos,
que se vierte la vida en todas partes...

Mujeres y mozuelas
que á todo, como el sol, reís alegres,
reíd sin freno alguno...

Miseros hombres del trabajo víctimas,
dóciles é infelices,
podeis merodear esparcimiento...

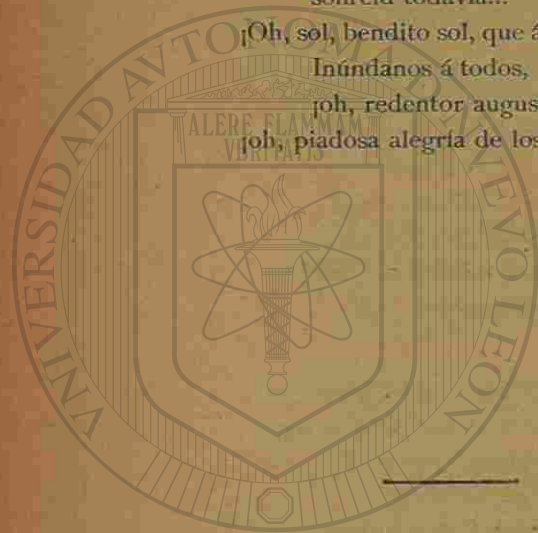
Tomad el sol, helados viejecitos,
sonreid todavía...

¡Oh, sol, bendito sol, que á todos llegues!...

Inúndanos á todos,

¡oh, redentor augusto!

¡oh, piadosa alegría de los pobres!



LA CANCIÓN DE LA VIDA

En el monte oloroso tapizado
de aromáticas yerbas
y dominando el mar; sobre las rocas
que las blancas espumas festonean;

sobre los lechos blandos

de la menuda arena,

las bulliciosas turbas

de los días de fiesta

forman corros alegres

y en soberana libertad meriendan.

Huyen de la ciudad... van como esclavos
que rompen sus cadenas...

Huyen los abatidos
que taciturnos la ciudad encierra...
huyen como esas aves

que hácia otros climas afanosas vuelan...
¡Van á arrojarse en brazos de la augusta
madre Naturaleza
que acógelos á todos
envanecida de su prole inmensal...

Huyen de la ciudad... ríen y gozan...
los baña el sol y el viento los orea...

Los fatigados cuerpos
pronto recobran sus perdidas fuerzas,
en alborozos cándidos
olvidanse las penas

y son todos los hombres más apuestos
y las mujeres son todas más bellas.

Forman corros alegres... ¡son familias!
su libertad y su vivir celebran;

comen, ríen y gozan,
abren puesto al festín á quien se acerca
¡y á los que pasan lejos
llaman á voces con jovial franqueza!

¡Familias venturosas
que á la plácida vida se despiertan!...
¡Corros, alegres corros
dispersos en el llano y en las peñas!...
A la luz de los cielos que amorosa
los acaricia y besa,
y en medio de los campos que ríentes
á su invasión se entregan,
parecen grandes flores...
¡flores en todo su esplendor abiertas!

Radiante de alegría,
corriendo tras su esposo placentera,
grita una joven madre que en sus brazos
un niño hermoso lleva;

—Miral mira! Te dice papaitol...
 ¿pero no ves qué lengua?
 Te dice papaitol papaitol...
 Mi vida! mi ilusión! Bendito seas!—
 y en efusivo arranque,
 loca a su pecho con pasión lo aprieta
 comiéndoselo á besos,
 en su ternura maternal deshecha!

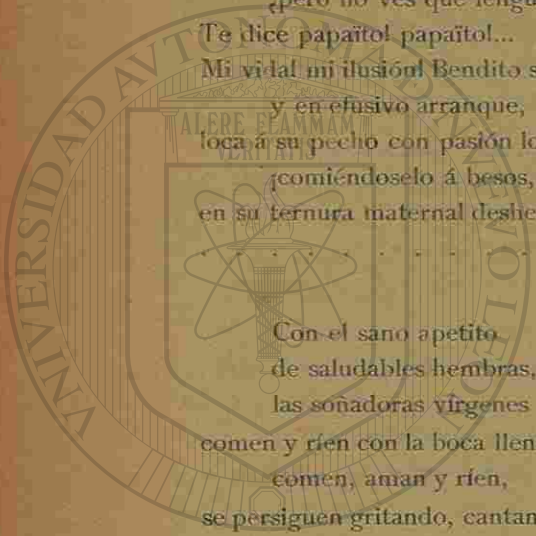
Con el sano apetito
 de saludables hembras,
 las sonadoras vírgenes
 comen y ríen con la boca llena...
 comen, aman y ríen,
 se persiguen gritando, cantan, juegan...
 rojas están del sol y de alegría...

¡las amapolas son de la pradera!...
 Atraídos los hombres
 por la alegría y el amor, las cercan,
 las arrullan amantes... ¡y al oído
 de las vírgenes llega,

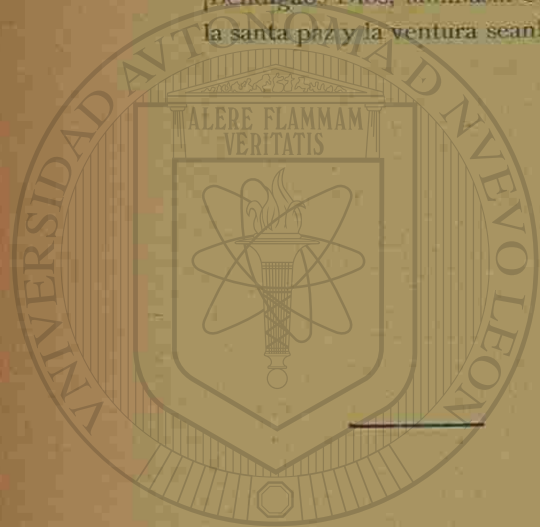
como secreto aviso de ignorados
 placeres que se esperan,
 la anunciación sagrada de la vida
 á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!

Y todos alborotan, todos cantan...
 ¡es la bandada suelta!...
 Y entre el rumor alegre de los corros
 dispersos en el llano y en las peñas,
 apagando la nota persistente
 de las humanas quejas,
 ¡la canción de la vida, en un suspiro
 de conquistada libertad, se eleva!

Apuestos hombres, bulliciosos niños,
 madres de amplias caderas
 y encantadoras vírgenes, tesoros
 de vida y de promesas:
 reid, gozad, amaos



en perdurable fiesta...
¡Bendigaos Dios, familias... Con vosotros
la santa paz y la ventura sean!



LA CANCIÓN DE LOS TRIGOS

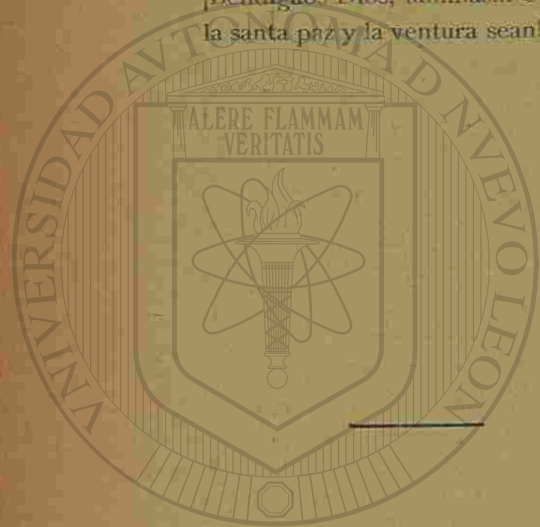
Han granado ya los trigos
y se muestran opulentos...
¡inundaron de oro puro las anchuras de los campos
y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granado!... Sazonadas las espigas,
se inclinaron y cantaron agitadas por el viento,
tristemente, gravemente,
con susurros de misterio:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



en perdurable fiesta...
¡Bendigaos Dios, familias... Con vosotros
la santa paz y la ventura sean!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CANCIÓN DE LOS TRIGOS

Han granado ya los trigos
y se muestran opulentos...
¡inundaron de oro puro las anchuras de los campos
y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granado!... Sazonadas las espigas,
se inclinaron y cantaron agitadas por el viento,
tristemente, gravemente,
con susurros de misterio:

«No nos venda al oro el hombre
 »ni haya más oro que el nuestro...
 »todos gocen las cosechas
 »que los campos dán espléndidos...
 »no nos guarden codiciosos
 »en sus trojes los perversos
 »y que teman, si nos guardan,
 »la venganza justiciera de los buenos...

Y los amos reclutaron segadores,
 y los trigos se quedaron en silencio
 á los golpes de las hoces, que tendidos en los campos,
 hechos haces, los dejaban como muertos.

Han granado ya los trigos...

Los hambrientos
 sudorosos, extenuados,
 atiborran de los hartos los graneros...

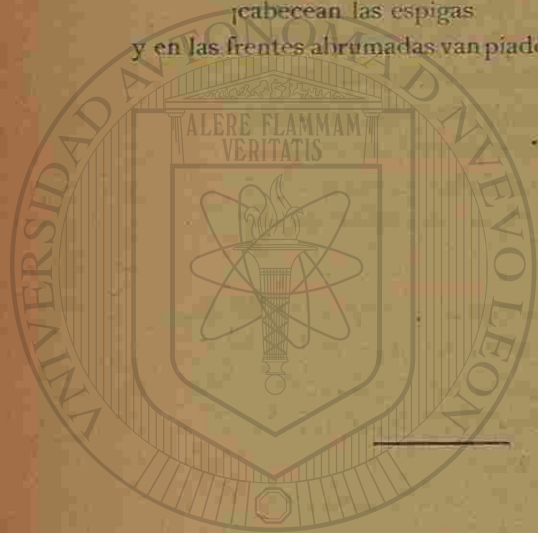
Y turbada la alegría soberana de la tierra
 con el deajo

de fatales, de mortales pesimismos,
 de los siervos
 resignados, melancólicos,
 sueñan lánguidos y tristes los cantares á lo lejos...
 «Dios dispuso así este mundo
 »y no tiene el mal remedio;
 »Dios hizo ricos y pobres
 »y tendrá siempre que haberlos!

Las sangrientas amapolas manchan haces y rastrojos,
 y los trigos que cayendo
 van al golpe de las hoces,
 redentores y soberbios,
 al caer sobre los campos,
 su canción van repitiendo:
 »No nos venda al oro el hombre
 »ni haya más oro que el nuestro...

Llevan tristes los esclavos á los hombros
 las gavillas de los trigos opulentos...
 cabecan las espigas de las trágicas canciones,

tristemente, gravemente, con susurros de misterio...
 ¡cabecean las espigas
 y en las frentes abrumadas van piadosas dando besos!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CANCIÓN DE LAS FRUTAS

De frescos tonos,
 en todos los colores, en todos los matices,
 doradas por el sol, exhuberantes,
 sus excelencias y su abundancia
 serenamente cantan las frutas:

»Somos las hijas de la verde fronda...
 »fuimos hermosas flores
 »y hubo tiernos poemas

»de amor en nuestros cálices...
 »Hoy somos carne, carne fecunda
 »de nuevas vidas y nuevas flores...
 »Venid, comednos, ya que nos damos
 »en miel y en carne, pródigamente!...

Y pródigas se ofrecen
 ¡son exquisitas!
 Lléname, hermosa mujer, el halda...
 ven y entre besos—fruta de amores—
 también comamos las dulces frutas
 que dá la tierra... ¡Oh, madre tierra,
 fecunda tierra, Dios te bendiga!

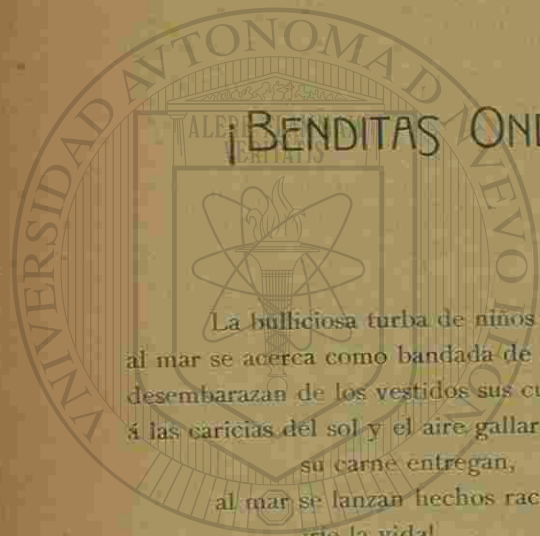
¡Se ofrecen pródigas!
 A las ciudades vá su tesoro,
 las multitudes comen voraces...

¡Oh! no comedlas, ingratos hombres,
 no amais los campos,
 no habeis abierto sus hondos surcos
 ni vuestra frente sudado en ellos!...
 ¡no amais la tierra!...

¡Oh, qué hermosura!
 las ramas fuertes están rendidas
 y á nuestro paso la dulce carga brindan espléndidas...
 ¡Mira qué pomos! en nuestras frentes
 dán incitantes...
 ¡Oh, sanas frutas!
 ¡como impacientes de que las coman,
 maduras caen!...

Mujer hermosa, ven y seamos como las frutas,
 ven y vivamos entre las frondas,
 ven y cantemos;
 nuestras canciones serán hermanas de sus canciones,
 de amor henchidas...
 ven y cantemos también nosotros:

»Fuimos hermosas flores
 »y hubo tiernos poemas
 »de amor en nuestros cálices...
 »Hoy somos carne, carne fecunda
 »de nuevas vidas y nuevas flores...
 »¡tomadnos todos!»



BENDITAS ONDAS!

La bulliciosa turba de niños
al mar se acerca como bandada de alegres pájaros,
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,
á las caricias del sol y el aire gallardamente
su carne entregan,
al mar se lanzan hechos racimos,
¡ríe la vida!

Mi compañera, lánguidamente
buscando apoyo sobre mis hombros;
yo en sus mejillas, como manzanas,

de puro rojas, dando mordiscos...
riendo alegres, correteando por los senderos,
hasta las negras húmedas rocas que el mar combate
nos hemos ido, y en los recodos de los peñascos
hemos buscado la fresca sombra,
como pareja de enamoradas aves marinas...

Sobre las peñas, sobre las limpias peñas lavadas,
hemos dejado nuestras molestas ropas ridículas,
y en soberano libre albedrío,
como dos niños, fervientes hemos
hecho en el ara de la grandiosa Naturaleza
¡la ofrenda pura de nuestras carnes!

—¡Oh qué blanquísima!— digo á mi amada—
carne de nieve, carne de mármol,
carne de nácar... ¡oh qué blanquísima!...

¡yo soy el risco,

tú eres la espuma!—

Y entre mis brazos al mar la llevo...

tiemblan las ondas alborozadas...

¡ríe la vida!



HE CORRIDO POR LOS CAMPOS

¡He corrido por los campos!...
 me he entregado á la caricia saludable de los vientos...
 me ha besado el sol augusto
 reanimando mi aterido débil cuerpo...
 ¡me he sentido revivir en el regazo
 de la madre soberana, y mis labios se han abierto
 anhelantes á la vida, al abrigo de los montes,
 en el lecho de los campos, bajo el manto de los cielos

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

He corrido por los campos con mi amada compañera
 y he gozado de sus risas celebradas por los ecos...
 Infinitos, como rutas venturosas de la vida,
 se ofrecían los senderos...

Los ramajes atraían como nidos misteriosos
 y forzados por nosotros, los ramajes se han abierto...
 ¡En el fondo de los valles y en los altos de las lomas,
 de flor llenos,
 ostentaban su blancura inmaculada,
 como galas virginales de la tierra, los almendros!

He corrido por los campos
 y han venido á remozarme la alegría y los deseos...
 ¡he sentido enriquecerse de energías varoniles
 mis alientos!...

De mi débil compañera,
 por los sitios escabrosos, he llevado el dulce peso:
 ¡en mis brazos la he llevado por las trochas y los riscos
 y á través de la espesura de los pinos gigantescos!...

Hemos ido hasta el barranco y ascendido á la ladera,

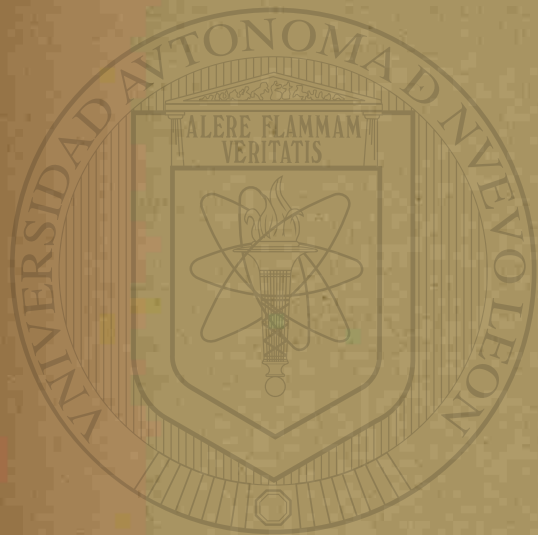
por el sol enardecidos y oreados por el viento...
nos zumbaban las abejas que buscaban afeosas
las dulzuras de sus mieles en la flor de los romeros...

Hemos ido hasta el barrancol... la feraz naturaleza
rodeábanos solemne como un templo...
sometidos a sus leyes, devorados por la llama
del eterno amor fecundo nuestros pechos,
se han juntado delirantes nuestras bocas,
y la vida han consagrado nuestros besos
en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,
bajo el manto azul riénte y apacible de los cielos!

EN EL HOGAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARA MI NIDO

(A UNA NIÑA)

¿Tú no sabes por qué yo hago versos
y canto incansable como el pajarillo
que busca en los campos, canta que te canta,
su grano de trigo?

Pues es, dulce prenda, porque como el pájaro
también tengo nido,



y en él mis hijuelos que sé que me esperan

abierto el piquito...

todo el santo día,

pio... pio... pio!

¿Tú no sabes por qué canto triste?

Pues es porque he visto
sobre el árido campo sin mieses

muerto un pajarillo
que, cantando, cantando, buscaba

su grano de trigo...

es porque deshecho

vi también el nido

y en él sus hijuelos muriéndose de hambre

y abierto el piquito,

todo el santo día,

pio... pio... pio...

ERES CRISTIANA

Pedazo de mi vida, ensueño mío,
que en tu cunita duermes, y tu alma,
dormidita también, pliega sus tenues
y purísimas alas,
pedazo de mi vida,
ya eres cristiana!

Estrella de mis ojos, han caído
sobre tu cabecita las redentoras aguas...
De infinita bondad, con su frescura
llenen tu alma...
Ya profesas, mi bien, la fe de Cristo.

la fé sublime y santa...

¡Pedazo de mi vida,
ya eres cristiana!

Para que seas buena
y sencilla y humilde, prenda amada;
para que la virtud, bendita mía,
sea tu gracia,
y sea tu candor como el aroma
de una flor delicada...
para que, como propias, te conmuevan
las ajenas desgracias
y cifres en el bien ajeno el tuyo,
serafín de los cielos, te hice cristiana.

Para que nunca seas, ángel mío,
de la riqueza y vanidad esclava;
para que nunca sientas los insensatos odios
de religión ó raza;
para que odies las guerras, alma mía,
te hice cristiana.

Para que, toda amor, á todos ames
y seas de los tristes, en la aflicción, hermana;
para que de tus propios enemigos
compadezcas las faltas
y, en piedad infinita,
borre todo delito tu perdón, y tus lágrimas
como divino bálsamo
curen las llagas;
para que tu dolor y sacrificio
luz de alegría lleven á las almas;
¡para que en el martirio, tu propia y redentora
luz te ilumine, te hice cristiana!

Para tí, corazón, ensueño mío
que en tu cunita duermes, y tu alma,
dormidita también, pliega sus tenues
y purísimas alas...

¡para tí, corazón, cuando despiertes,
para tu alma
cuando se bañe en luz, encanto mío,
pedazo de mi vida, son mis palabras,



CONSAGRACIÓN

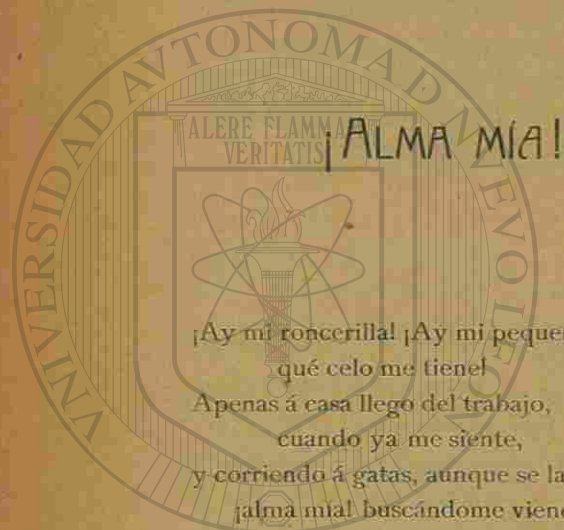
Soltándose del pecho y con los labios
 húmedos por la leche todavía;
 pateando inquieta y revoltosa
 sobre la cama tibia
 que los esposos jóvenes
 acaban de dejar, queda la niña
 satisfecha y en una soberana
 desnudez hermosísima...

Y la madre que, en éxtasis, deshecha
 de ternura, la mira,

en un sublime impulso
 de adoración, se inclina
 igual que el sacerdote sobre el ara,
 ¡y consagra ferviente las divinas
 carnes, con besos que, en el sexo virgen,
 como en sagrado cáliz deposita!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Ay mi roncerilla! ¡Ay mi pequeña,
 qué celo me tienes!
 Apenas á casa llego del trabajo,
 cuando ya me sientes,
 y corriendo á gatas, aunque se lastima,
 ¡alma mía! buscándome viene...

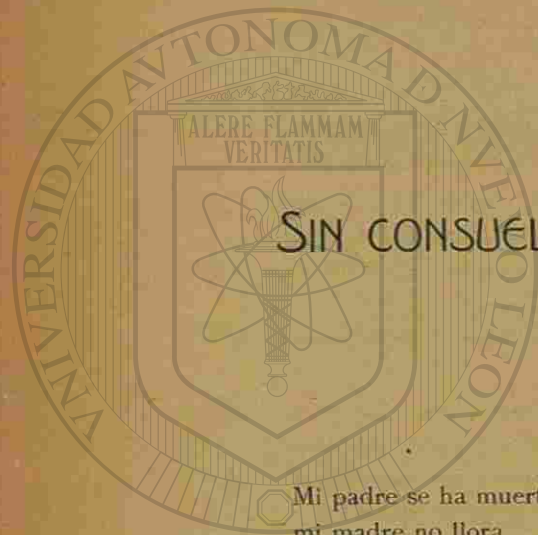
Atosigadita se acerca... su dulce
 mimoso vagido, de amor me estremece...
 rojas las manitas y las rodillitas
 se ha puesto, que sangran, y vérselas duele...
 Llega apresurada, tiémblanle las tiernas
 piernecitas débiles...

gemequea triste... para que la tome,
 los bracitos ansiosa me tiende...

¡Ay mi roncerilla! ¡Ay mi pequeña!
 ¡Apa con el padre! No quiero que ruedes
 por el suelo, y así tiradita,
 cómo cosa que nadie la quiere...
 Mocosilla, deja... deja que te limpie...
 también lagrimitas en los ojos tienes...
 ¡y cuantas habitas!... ¡Lastima de boca
 que atormentan los pícaros dientes!

¡Y estás heladita! Calla y no me llores,
 porque me remueves
 las entrañas todas,
 mi vida, de verte
 tan poquita cosa, tan esmirriadilla,
 tan tierna y tan débil...

No me llores, alma,
 mis brazos son fuertes,
 y ya estás en ellos acurrucadita...
 ¡Alma, no suspires!... ¡Alma mía, duerme!



SIN CONSUELO

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...

Hay quien tiene secos los ojos... y el llanto
por dentro le ahögal...

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...

Hay quien en sus ojos nunca tiene lágrimas

ni sonrisas jamás en la bocal

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
¡Hay quien se deleíta
devorando sus penas á solasl

.....
.....
Cuando la desgracia
cruel nos acosa,
me dice mi madre con hondo suspiro:
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahöral...»

Y si la fortuna
favorable sopla,
mi madre suspira también y repite:
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahöral...»

¡Pobre madre mía

que ni del consuelo de quejarse gozal...

 Mi padre se ha muerto,

 mi madre no llora...

yo sé por qué tiene tan secos los ojos...

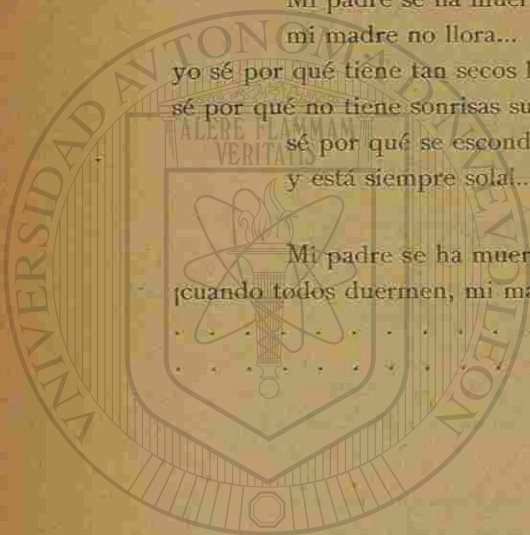
sé por qué no tiene sonrisas su boca...

 sé por qué se esconde

 y está siempre solal...

 Mi padre se ha muerto...

¡cuando todos duermen, mi madre solloza!



LA MALVASEDA

Apenas huele la malvaseda
de mi balcón;
pero es sufrida y en todo tiempo
me dá su olor.

Con poco vive y ama la vida... ¡Ama la tierra!
¡Como unos brazos de enamorada,
tiernas raíces en ella echó!...
¡Son su alegría la fresca lluvia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



los aires puros
y los ardientes rayos del sol!

No es ostentosa la malvaseda;
mas tiene gracia y es, aunque humilde, sólida y fuerte;
si no descuella su delicada modesta flor,
pródiga, en cambio, se dá en sus hojas, se dá en sus tallos,
¡toda perfume, de las raíces al corazón!

Acariciando las hojas suaves,
¡oh, cuántas veces, como á los besos agradecidos,
de rico aroma la mano amiga se embalsamó!...

¡Como una cosa que sufre y ama,
honda ternura me hace que sienta
la malvaseda de mi balcón!

OASIS

El joven buen esposo
torna de la tarea...
en la paz y el sosiego
de su casita sueña,

y fatigado en la continua lucha

por la existencia,

rendido del trabajo, torna al hogar tranquilo,
refugio en las benditas horas de tregua.

Torna al hogar, en donde

con amoroso celo se le espera...
 torna como gozoso pajarillo
 que escapó de la jaula y hácia su nido vuela...
 le aguarda con el niño al pecho en el regazo
 la amante compañera,
 ¡y el joven buen esposo á la madre y al hijo,
 en muda y larga adoración contempla!

De la fátiga del rendido cuerpo
 se recobró el esposo; la sonrisilla tierna
 del niño, acaso en la abatida frente
 dispó la negrura de penosas ideas,
 ¡y angusto como gracia de los cielos,
 en el hogar humilde el dulce idilio reinal

Comiéndoselo á besos y haciéndole arrumacos,
 el padre con el niño juguetea,
 mientras la madre, que cogido al pecho
 al pequenuelo tiene, se embelesa
 mirándolo mamar, y en arrebatos
 de maternal ternura, alocada, deshecha

y dándole chillidos entrañables,
 contra el desnudo seno con efusión lo aprieta...

El niño codicioso, que con boquita y manos
 alérrase á las ubres, se afinca y ronronea,
 y en alto los menudos piecillos,
 agitándolos, pega
 con ellos á su padre, que enajenado ríe
 y en las rosadas carnes cosquillea...

—Nene,—le dice el padre—
 ¿es que al papá le pegas?

No me pegues, cariño, que yo te quiero mucho...

¡te quiero mucho, prendal...

Y la madre le dice:—No, monino,
 al papá se le besa...

—Lámale tú con tu boquita, cielo...

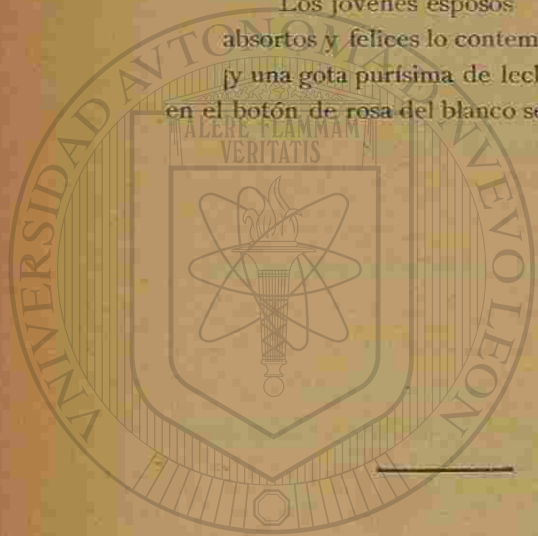
¡dí papaito, estrella!...

—¡Papá!—graciosamente

el niño balbucea,

volviendo la carita,

al par que el pecho suelta...
 Los jóvenes esposos
 absortos y felices lo contemplan,
 ¡y una gota purísima de leche
 en el botón de rosa del blanco seno tiemblal...



LA CANCIÓN DE LAS MADRES

La canción de las madres
 es una delicada
 canción de besos...

breve canción que dura
 lo que los hijos
 en el regazo...

los hijos tiernos,
 hermosos y fugaces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como las flores!...

Junto á la cuna
cantan las madres;
su canción es caricia,
queja, suspiro...

«La estrella de mis ojos
ya está durmiendo...
¡ni los ángeles tienen
tan dulce el sueño...»

Madres!... fuentes purísimas;
manantiales de amor, inagotables...

Madres!... madres!... misterios
de inefable ternura;

sagrados vasos de la vida; santas!...

Yo me prosterno ante vosotras, beso
donde pisáis y os rindo
mi adoración en elevado culto.

Cantan... en el regazo
tienen al hijo,
¡y en éxtasis lo miran
y lo amamantan!...
Cantan las madres:

«¡Cuanto se quiere á un hijo,
Dios de mi alma!...
¡Cuanto te quiero, carne
de mis entrañas!...»

Y la vida le dán en el supremo
deleite del amor... le dán su sangre!...

¡Fuentes purísimas!...

¡sagrados vasos de la vida! ¡oh, senos!...

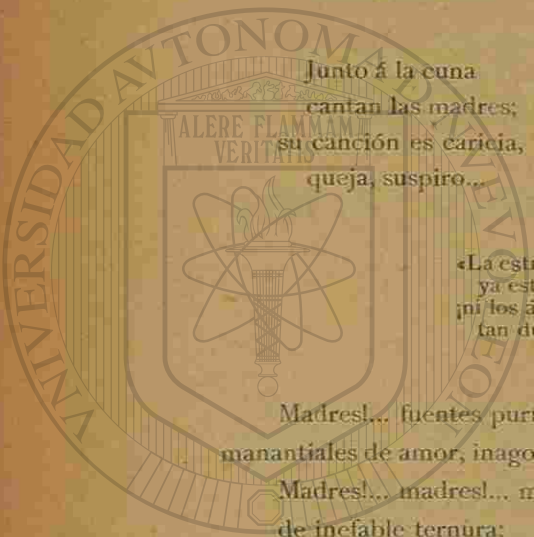
Hermosos y fugaces

como las flores,

vuelan, al fin, los hijos

desde el tibio regazo de las madres;

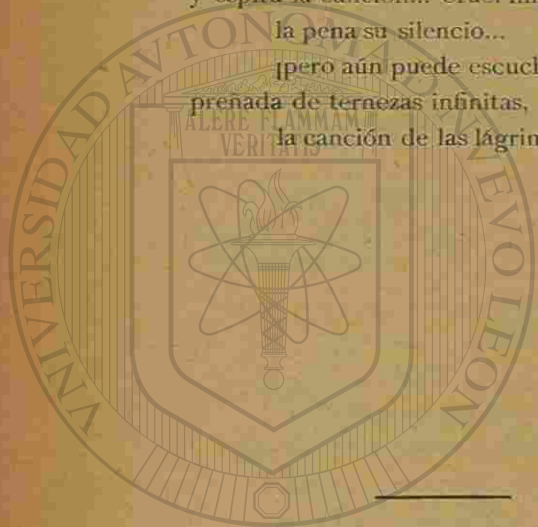
los unos á los cielos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los otros por la tierra,
 y espira la canción... Cruel impuso
 la pena su silencio...
 ¡pero aún puede escucharse,
 preñada de terrazas infinitas,
 la canción de las lágrimas!



CAMARADAS

I
 Era ciego el anciano... Vivía
 el pobre abuelito
 con su hija menor, ya casada,
 que tenía un nene,
 al cual no podía soltar de los brazos,
 por el celo grande
 que le había cobrado el pequeño.

Quitándose al niño del pecho, la hija
 le dice al anciano: — Tómelo usted, padre,

que me deje hacer algo.

El abuelo

toma al nietecillo
sobre las rodillas, delicadamente,
y su venerable rostro se ilumina
con un gozo vivo
que parece la luz de su alma...

Aquella luz pura
que salir ya no puede á los tristes
apagados ojos.

Ya con él á solas, el abuelo palpa,
con las temblorosas manos la carita
del niño que duerme,
y como una cosa sagrada lo besa,
rozándolo apenas con los fríos labios!

II

El nieto se cría saludable y fuerte.
Tiene ya dos años y está á todas horas
con el abuelito...

El uno no puede pasar sin el otro,
y se llevan tan bien, que parecen

viejos camaradas.

Como centinela
vigilante en la más negra noche,
intranquilo y alerta, amoroso,
cuida el ciego del niño: sus leves
menuditas pisadas conoce...
lo adivina cuando
calladito y cerquita lo tiene...
y si revoltoso corre el pequeñuelo,
inquieta lo escucha, alta la cabeza
y atento el oído,
viéndose en el rostro toda un alma ansiosa
que pugna impotente, dolorosa y trágica,
por salir y asomarse á los muertos
dilatados ojos.

Con precoz instinto
y con mimo y con gracia infantiles,
corresponde al amante cuidado
del abuelo, su nieto que tiene
rasgos deliciosos:

— ¡Apa, abelo! ¡Pomer, abelito!

dice el niño gufando á la mesa,
de la mano cogido, al anciano.

Y el nieto, que ha visto
poner á la puerta
todas las mañanas, al sol, una silla
para el pobre abuelo,
con sus débiles fuerzas arrastra
la silla, y conduce
también al anciano,
fijando en el rostro
dolorido del ciego, su dulce
despierta mirada,
con gesto piadoso.

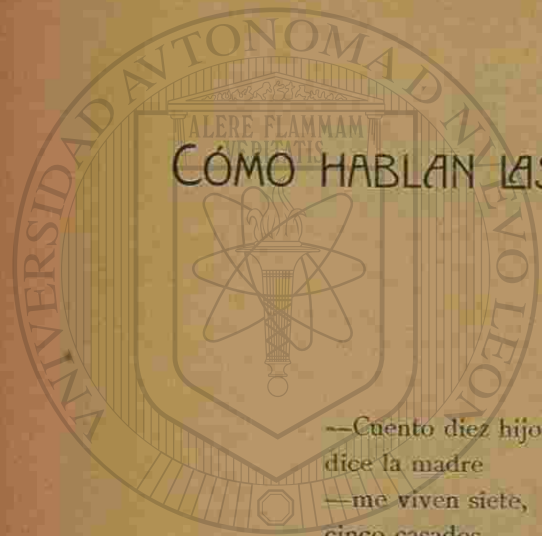
Y todas las tardes cuando le prepara
la merienda á su niño la madre,
pide el pequenuelo para el abuelito,
faltándole el mundo
por llevarle al anciano de todo.

Entonces el ciego

con ternura retiene en los brazos
al niño y lo besa...
y desmesurados abriendo los tristes
apagados ojos,
que en vano en el rostro del nieto se clavan,
con mortal desaliento le dice:
—¡Qué gozo poderte ver! ¡Qué bueno que eres!
¡¡Qué hermoso que debes de ser, hijo mío!!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CÓMO HABLAN LAS MADRES

—Cuento diez hijos,—
dice la madre
—me viven siete,
cinco casados.

¡Lo que se goza con los que viven!...

¡lo que se sufre con el recuerdo de los que faltan!...

Y en sus ternuras, que son de mieles,
gotas destila de hiel la pena...

De los que viven relata cosas con embeleso,

pero la nota de los que faltan
se escucha siempre como un gemido!...

Dice la madre:

—De los que viven estoy contenta:
son buenos hijos y no les falta salud ni suerte;
pero aunque goce por este lado,
¡no se me olvidan nunca los otros!...

Tengo mis nietos,
tan revoltosos que algunas veces
me hacen que ría con sus diabluras y con sus gracias;
pero hay entre ellos una rubita de ojos azules,
roja lo mismo que los madroños,
cuya presencia me pone triste...
porque es en todo la viva imagen
de una hija mía que se llevara Dios á los cielos
¡ya mujercita!...

Yo sé que hay pocos como mis hijos...
de estos que viven, uno es un santo por sus virtudes,
tiene talento que causa asombro;
pero de hijo no fuera en zaga por sus bondades

otro de aquellos...

¡de los que duermen bajo la tierra!

Los dos mayores, de los casados, ya tienen canas,

y siento gozo de verlos fuertes;

¡pero tendría ya, de seguro,

de uno de aquellos tres que no viven,

biznietos grandes!

¡Lo que se goza!...

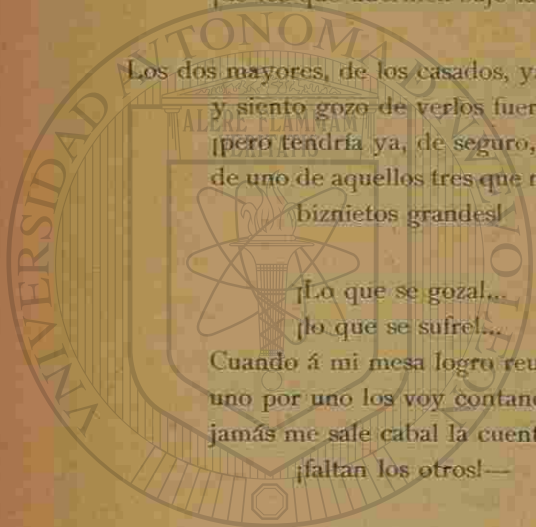
¡lo que se sufre!...

Cuando á mi mesa logro reunirlos,

uno por uno los voy contando...

jamás me sale cabal la cuenta...

¡faltan los otros!—



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRECITA

Eres ya mayorcita... tienes, hija,
que aplicarte á las cosas de la casa.

Ya sois muchos; yo sola

no puedo con la carga...

Sin conseguir llevaros

limpitos y compuestos como yo deseara;

sin poder atenderlo

todo, aunque me deshaga



y no haciendo otra cosa que dar puntos,
tiempo me falta.

Necesario es que cosas y que planches
y que aprendiendo vayas
á lavar, y el gobierno de la comida y todo,
porque tú estás llamada
á descansar y, cuando yo no pueda,
á ser la madrecita de la casa.

Tienes que trabajar, hija, y hacerte,
por tu bien, animosa y resignada.

A la mujer sufrida y hacendosa
todos la alaban,
y el trabajo, hija mía,
es la salud del cuerpo y la del alma.

Tienes que trabajar: con el trabajo,
toda fortuna y bienestar se alcanza;
el trabajo hermosea y ennoblece

á la mujer honrada;
es justo y bueno trabajar, es santo...
¡tienes que trabajar, que Dios lo manda!

Y ahora, escucha bien lo que te digo:

A tu hermanita quiero destetarla.

Cuando caen malitos y no comen,
con la teta se salvan...

pero tiene dos años, hija mía,
y dará fin de mí, porque me traga.

Al pecho se me coge lo mismo que una loba
y siento, cuando mama,

que me saca la sangre

y se me abre de dolor la espalda.

Vamos, por eso, á que desde esta noche

duerma contigo: tienes que abrirla,

haciendo que á tu lado se esté acurrucadita;

pero con cuidadito, no la vayas

á oprimir demasiado

¡Dios mío! y me la ahogaras!

Cuando me eche de menos ¡alma mía!

procura conformarla

arrullándola quedo

con mimos y palabras,

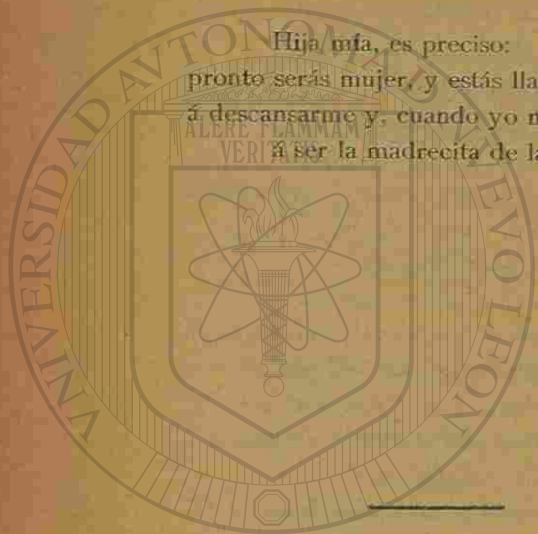
y no me la amedrentes ni la asustes

¡hija de mis entrañas!...

¡hazte cuenta con ella que eres su madrecita,

y así de dulcemente me la tratas!

Hija mía, es preciso:
pronto serás mujer, y estás llamada
a descansar y, cuando yo no pueda,
a ser la madrecita de la casa.



¡DUERME!...

Tengo a la nena en brazos;
yo la he dormido
cantándole una tierna
canción de niños:

La nena va a dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué a gusto
duerme la nena!...

Duerme, que también duermen
los angelitos...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en las nubes del cielo
quedan dormidos...

Duérmete, pequeña,
que yo te quiero...
Mañana a coger flores
al campo iremos...

Iremos a sentarnos
cerca del agua,
donde los pajarillos
alegres cantan...

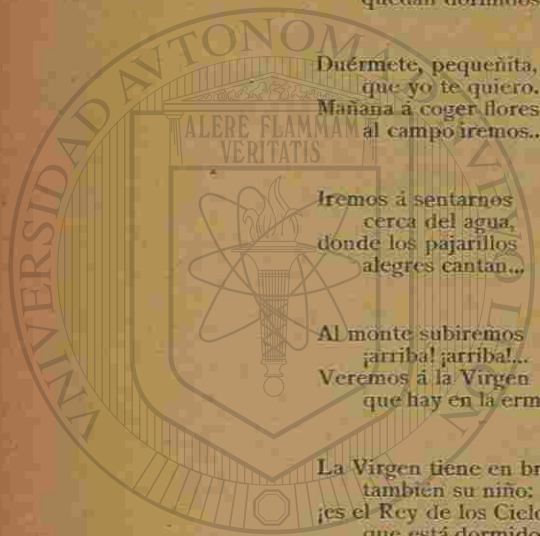
Al monte subiremos
¡arriba! ¡arriba!...
Veremos a la Virgen
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos
también su niño;
¡es el Rey de los Cielos
que está dormido!...

La nena va a dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, que a gusto
duerme la nena!

.....

La nena se ha dormido.



¡qué dulcemente!...
Su santa paz me invade,
mis iras vence,
y mi dolor, en dulce melancolía,
como ella duerme...

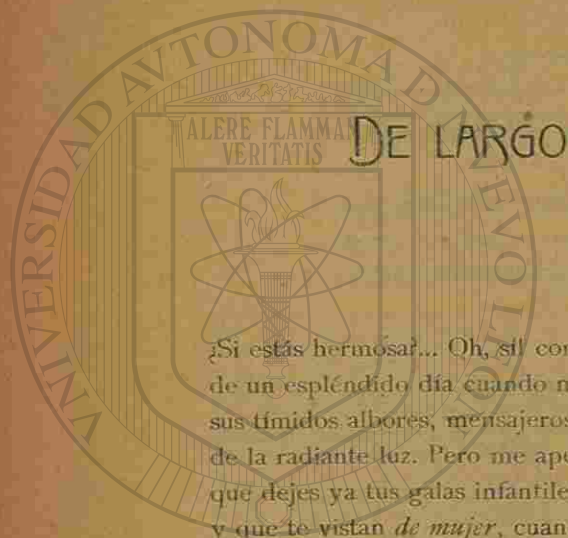
Como hilo misterioso de fuente pura,
sigue calladamente mi arrullo tierno,
para mi amor, dormido como los ángeles...
¡para mi alma triste, que tiene sueño!...

Amemos, perdonemos,
bendita mía...
Alma, reposa, duerme como la nena...
¡duerme tranquila!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DE LARGO

¡Si estás hermosa!... Oh, sí! con la hermosura
de un espléndido día cuando nacen
sus tímidos albores, mensajeros
de la radiante luz. Pero me apena
que dejes ya tus galas infantiles
y que te vistan *de mujer*, cuando eres
tan niña todavía... ¡Loco anhelo
de arrebatarte á la dichosa vida
de la riente candorosa infancía!
¡Qué desmedido afán el de tu madre
y qué ilusión tan cándida la tuya!
¡Qué pueril vanidad! Vestir *de largo*
y velar torpemente la belleza

de tus divinas virginales formas
en su airosa esbeltez, con los inventos
de la moda, ridículos y cursis,
faltos de gusto y natural donaire;
dejar la franca risa con su encanto,
por la afectada seriedad que hiela,
y trocar la pureza immaculada
de tu casta infantil desenvoltura,
por la estudiada forma comedida
en la que tiene el impudor su asilo...
Y todo para qué! Para arrojarte
á la vida brutal de las pasiones
que con caretas de placer te brindan
el desengaño y el dolor ocultos;
para exponerte en el social mercado,
vendiéndote, tal vez, inicua mente,
y dejarte á merced de otros cariños
que acaso sean disfrazados odios...
Para eso tal empeño... ¡Prisa tanta
porque esta placidez de tu inocencia
con esa edad angelical concluya...
¡Qué desmedido afán el de tu madre
y qué ilusión tan cándida la tuya!...



FLORESCENCIA

Como botón cerrado, de amapola
 que rompe al sol y en púrpura se tiñe;
 con el cándido rostro
 de rubor encendido
 en un despunte ingenuo
 de virginal malicia,
 así la adolescente
 niña gentil, contanto apasionada
 está á sus amiguitas
 el suceso feliz, y escuchan ellas
 como otros botoncitos de amapola

que aguardan, agitados por el céfiro,
 romper, al sol, para teñirse en púrpura...

Dice la niña adolescente:

—Vengo

de casa de mi hermana, que ha parido
 un nene como un sol: se siente gozo
 de tenerlo en los brazos... ¡qué carita!
 ¡es una rosa á medio abrir!... ¡estrellas
 sus ojitos parecen!... ¡qué monino!
 Mira sin comprender, como extrañado
 de hallarse en otro mundo... Lloro... duermo
 y, durmiendo, suspiro y se sonrío

ya, como si soñase
 con otra vida... ¡es cosa
 que hace pensar!... Al pecho
 se agarra que parece

que ha nacido enseñado... De hito en hito
 lo contempla mi hermana con un celo
 ¡que el alma se le sale por los ojos!...

¡Ángel de Dios! Lavándole
 cuando hemos ido á verle,

le tenían desnudo, ¡encueros vivos!...
 ¡Qué carnes más hermosas!...
 sonrosaditas, blancas...
 ¡suaves como la sedal...
 y el pelito rubín ¡como su padre!—

Así la adolescente
 niña gentil, el caso peregrino
 cuenta a sus amiguítas,
 que abren los bellos ojos admirados...
 Y la verdad Augusta
 que, cual radiante sol, rasga el misterio,
 alborea en las frentes candorosas
 y hace de los humanos
 botones virginales,
 ¡flores de amor abiertas a la vida!

COMUNIÓN

Es la hora, hija mía. Despierta, abre los ojos
 al ardiente destello
 que de rubor te enciende;
 despierta, que con gritos impetuosos,
 con gritos de la vida,
 a tu sangre y tu alma llama Naturaleza;
 despierta que ante tí, bellas, radiantes,
 abre la pubertad sus puertas luminosas,
 bajo cuyos triunfales arcos, engalanados

de flores y de ensueños,
pasan las vírgenes...

Es la hora, hija mía, de que hagas
acto de comunión en la familia
humana, para gloria
tuya y de todos.

Apréstate á vivir: á dar tu vida
y á vivir en la vida de los demás, la tuya.

Apréstate á ser fuerte
y á luchar y á sufrir. Tú, como todo,
por ínfimo que sea,
tienes una misión, y has de cumplirla.

Date en flores y frutos
pródigamente.

Entrégate á la sana
y natural inclinación, lo mismo
que el agua pura que en las peñas nace
y corre á su albedrío fecunda y bienhechora...

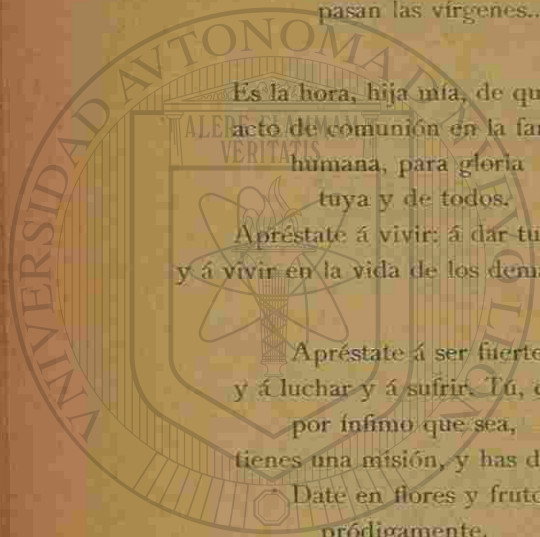
Habla discretamente con tu madre,

como una compañera:
escucha sus palabras amistosas
y penetra el secreto de la vida.

Del vehemente mancebo
que te ronda y te sigue apasionado,
si tu afecto despierta, no rehuyas
la elocuente mirada;
aléntala, dejando
que delaten tus labios, en sonrisas,
tu alegría fecunda,
y el amante mirar de aquellos ojos,
recógelo en tu alma como divina ofrenda.

Es el acto sublime;
¡cuerpo y sangre te doy en mis consejos
del que fué todo amor! Su ejemplo sigue
de piedad y ternura inagotables
y adórale en los actos de tu vida!

Es el acto sublime:
¡recibe de la copa

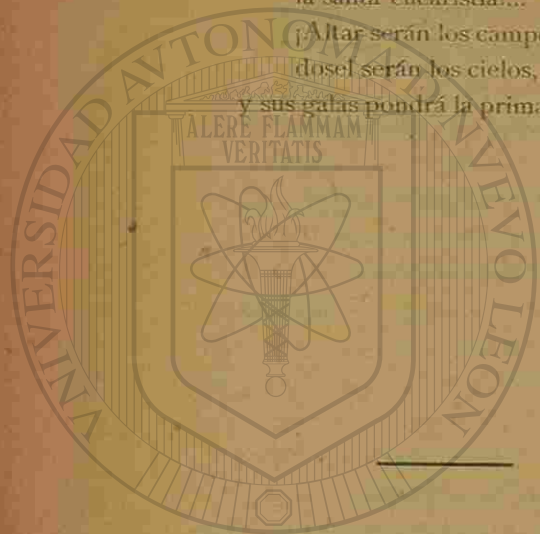


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sagrada de los labios de tu padre,
la santa eucaristía!

¡Altar serán los campos,
dosel serán los cielos,
y sus galas pondrá la primavera!

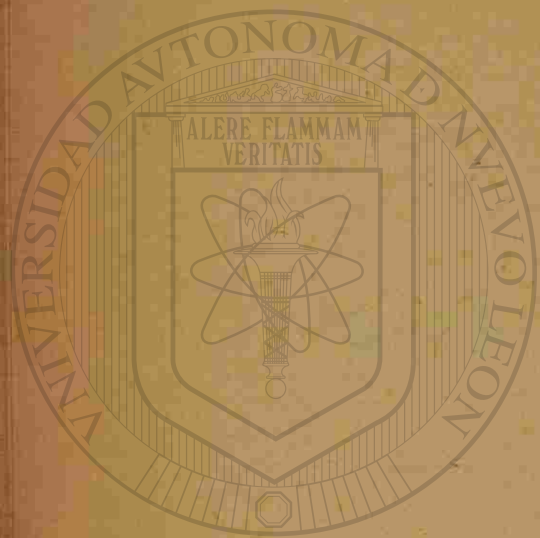


DEL DOLOR
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CANCIÓN DE LA MUERTE

Me arrullaba amorosa la muerte
con una voz dulce, y yo le decía:
—No me cantes así, que estoy triste...
¡no me duermas aún, madre! cital...
déjame que juegue,
¡déjame engañado creer todavía,
que divierte el juego
vano de la vida!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

Cuando infantiles
mis carcajadas suenan alegres;
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas
que sobre todas las flores vuela,
no es que las negras aves se fueron del árbol triste;
también entonces amargamente canto, bien mío,

¡le canto amores
¡a una alegría que yo idolatro, pero no encuentro!...

Cuando en la prosa vil de la vida la hiel apuro;
cuando en la farsa del mundo necio soy comediante;
cuando al empuje de los humanos troto entre bestias,
también yo canto:

¡las de las madres que á sus pequeños enfermos duermen,
son mis canciones en esas horas...
¡son el arrullo de mi tristeza,
que es como pobre niña enfermita!

Cuando acaricio tu carne blanca;
cuando retengo furiosamente
tu cuerpo débil entre mis brazos,
canto canciones desesperantes...

¡canto, alma mía, deseos muertos!

Y cuando lloro, son mis canciones las más alegres:
son mis piadosas santas canciones...
¡las aguas puras de misteriosa fuente serena

en donde calman su sed los tristes!...

También durmiendo canto, bien mío:

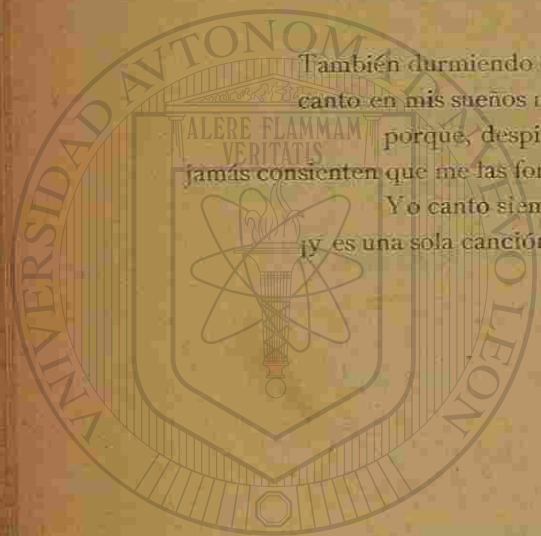
canto en mis sueños mis ilusiones,

porque, despierto,

jamás consienten que me las forje las realidades...

Yo canto siempre

¡y es una sola canción mi vida!



LA CANCIÓN DEL DOLOR

¡Ven, vida mía! Hay solo una canción:
¡la canción del amor!

¡Ay, alma mía! Hay solo una canción:
¡la canción del dolor!

¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fe un instante!...

Yo vi tus negros ojos mirarme dulcemente,

yo tuve entre las mías tu mano abandonada,

yo te llegué á besar...

¡Y ví por todas partes miradas amorosas

y manos enlazadas y pechos agitados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y bocas anhelantes buscándose frenéticas
con ávida pasión!

Y entonces, entusiasta, canté la vida hermosa,
creyendo que la fuente de manantiales puros
que el fatigado espíritu soñara inagotable
para calmar su sed,
nunca jamás podría ser otra que esa fuente
por cuya senda pasa con su amoroso idilio,
feliz por un momento, porque soñando pasa,
la eterna juventud.

Por eso aquella noche, ciniendo tu cintura
mi brazo que temblaba gozando tu abandono,
muy solos y muy juntos, te dije tiernamente,
sintiéndome feliz:

«Yo cantaré, bien mío, para que tú sonrías
y goces el deleite del amoroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del amor!»

II

Si tú supieras, alma bendita de mi alma,
las cosas que he callado, lo mucho que no digo,
las veces que he gozado sufriendo tus desdenes...

¡verías tú, mi amor!

¡Verías tú placeres que me dejaron huellas
de hieles amarguísimas!... ¡Verías amarguras
que al alma le dejaron un peregrino gusto
de delicada miel...!

¡Verías tú, bendita!... Yo soy aquel que ríe
porque en la risa encuentra brutal aturdimiento;
aquel que se embriaga con la nerviosa risa
de argentinado son.

Yo soy aquel que busca la carcajada fresca,
como la rosa mustia la gota de rocío,
como el ardiente labio la cristalina fuente,
donde calmar la sed.

Yo soy aquel que ríe para matar la queja...
la queja dolorida que del cansado pecho
que sufre consumido por el amor humano,
se exhala pertinaz.

Yo soy aquel que entona canciones de esperanza...

canciones saludables de puros alborozos...
 pero que llevan dentro del alma que las nutre,
 la más triste canción!

Canciones en que pongo de las humanas quejas
 la salmodia triste que con cadencias íntimas
 produce en el espíritu, de la exudante angustia,
 la obscura vaguedad;
 canciones en que es alma y madre, á un tiempo mismo
 como divina esencia de vida palpitante
 y germen de ternuras y germen de alegrías,
 la nota del dolor.

Si tú supieras, alma bendita de mi alma...
 Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
 No hay fuente como aquella que mana la amargura
 para calmar la sed...
 Yo cantaré, bien mío, para que tú suspires
 y goces las angustias del doloroso canto,
 que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
 sublime del dolor!

LA CANCIÓN DE LAS TRISTEZAS

Tristezas fecundantes, tristeza melancólicas,
 amores misteriosos y vagos del espíritu
 que en él dejáis en horas de doloroso espasmo,
 germinadora esencia del alma de la vida...

Venid á mí, tristeza, pesad sobre mis hombros...
 venid enamoradas... venid voluptuosas...
 echad sobre mi rostro la sombra de las penas,

poned en mí la marca de intensas palideces...

Venid y quedamente, con abandono tierno,
como hablan los amantes en la callada noche,
¡habladme sin rebozo ni trabas torturantes
á solas y en la noche discreta del espíritu!

Venid y dulcemente... ¡desapiadadamente!
con la pasión sincera de los amantes ciegos,
secretas confesiones hacedme enamoradas,
aunque atormentadoras mi espíritu conturben.

Así las evocara y en la secreta noche
vinieron las tristezas é, igual que melancólicos
amantes doloridos, ¡á mi cansado espíritu
cantaron el supremo deleite de la vida!

«No hay nadie en este mundo contento con su suerte;
»aquello que se alcanza no nos hará felices;
»del perennal deseo tan solo existe el goce...

»de lo soñado siempre, mas nunca conseguido!

«Somos amantes fieles... ¡las más fieles amantes!
»las del amor intenso, las del amor que mata,
»más amorosas cuanto más de nosotras huyen,
»teniendo para todos caricias dolorosas...

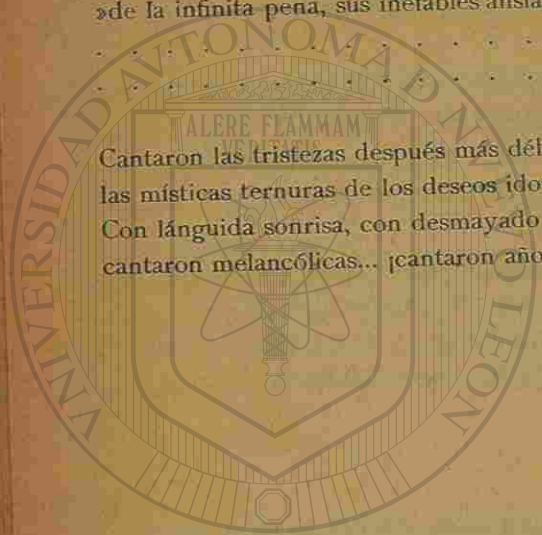
«Somos la inextinguible pasión que en todos late,
»suplicio, al par que goce, y aliento de la vida:
»nuestra deidad es Tántalo y Tántalo es el mundo,
»que sufre la inefable tortura del deseo.

«—¡Dadme los besos todos de todas vuestras bocas!—
»muriéndose de amores el hombre suspiraba,
»en tanto que abstraídas en sus amores vanos
»las vírgenes pasaban eternamente vírgenes!...

»Nosotras lo adormimos con nuestro triste arrullo...
»El hombre suspiraba:—¡Dadme los besos todos!...—
»Nosotras recogimos en el amargo cáliz

de la infinita pena, sus inefables ansias!...

Cantaron las tristezas después más débilmente
 las místicas ternuras de los deseos idos...
 Con lánguida sonrisa, con desmayado acento,
 cantaron melancólicas... ¡cantaron añorantes!...



LA CANCIÓN DEL YUNQUE

I

Alegrando los valles

el alba asoma,

y el yunque su argentina

canción entona...

Tin tán! tin tán! tin tán!

tin! tin! tin!...

Junto al camino puso el herrero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



su fragua tosca:

la negra fragua
de fauces rojas...

Canta el herrero
y el fuelle sopla...

Y el forjador que el hierro
candente doma,
batiéndolo, sus golpes
sobre él redobla...

Canta el herrero: su voz es limpia como los puros
timbres del yunque. Canta el herrero, dios de la forja!

«Nadie, si tú no fueras, me domaría,
porque soy hierro...
¡pero es que tú, zagala de labios rojos
eres el fuego!»

Su amor y su trabajo,
siempre amorosa,
compendia y acompaña
la alegre nota...

Tin tán! tin tán! tin tán!

tin! tin! tin!...

la canción argentina

que el yunque entona!

.....
.....

Cuanto más golpes recibe,
más intensas puras ondas
lleva el yunque de su acento por los valles,
frescas, limpias, cristalinas, insistentes, vibradoras...

Y del yunque
son las notas,
repetidas dulcemente por los ecos de los valles,
claras, tenues, delicadas, vagorosas,
ya cercanas
ó remotas,

como quejas, como voces de los tristes
que soportan

resignados la tortura de los golpes
de una vida dolorosa...

¡como quejas, como voces de almas puras
que en las penas se acrisolan
y que viven dulcemente

la tristeza de amarguras misteriosas!

Alegrando los valles
el alba asoma,
y el yunque su argentina
canción entona...

*Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...*

Pasaron por el valle
las alegrías, las penas hondas...
como racha de viento
pasó la vida, fugaz, ruidosa...
pasó callada después la muerte...

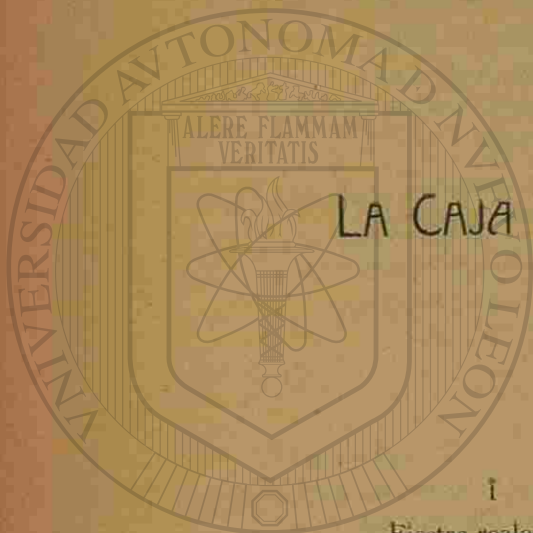
dejó al herrero sin ilusiones... solo en la choza...
¡por compañera,
su fragua toscal...

Desde entonces el herrero ya no canta:

con la rumia de sus penas en silencio el hierro forja,
y á los golpes del martillo,
la canción del yunque, sóla,
repetida dulcemente por los ecos de los valles,
dá sus notas
¡frescas, limpias,
insistentes, delicadas, vagorosas!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CAJA LINDA

I

Fiestas reales
hay en la casa

y están alegres hasta las peñas
de la cañada,
cuyos despiertos ecos repiten,

en la profunda noche tranquila, las risotadas...

Es que el bautizo de su pequeño
celebra alegre, con toda pompa, Tomás, el guarda

y es tan buenazo Tomás que, al darle Dios este hijito,
que es el primero, colma sus ansias,

Blasa, su pobre mujer, sonríe
desde la cama,
donde en los brazos tiene al pequeño,
cuya carita como una rosa fresca resalta
sobre la ropa
como la propia nieve de blanca...

Blasa sonríe
de ver al pobre Tomás que lleno de gozo baila.

II

Por la vereda
de la cañada,

se acerca un hombre, que aún viene lejos,
y por las trazas

es, de seguro,

Tomás el guarda...
Alguna cosa

vistosa y maja

trae bajo el brazo... Es una cosa de azul de cielo
y al sol reluce cual si tuviera cantos de plata...

Ya me figuro lo que es: sin duda,
Tomás, del pueblo vuelve á su casa

y es lo que trae para el pequeño,
que dicen todos que está que encanta.

¡Oh, qué contento traerá el costoso juguete el pobr!

Me lo imagino: viene que salta...

piensa en su nene

que se alborozaba con el regalo que no esperaba...

piensa en la madre que, envanecida,

con toda el alma,

le dice: ¡llas hecho divinamente!... ¡poco me pára
pal hijo mío, la gloria misma que le compraras!

Tomás se acerca...

ya se vé claro que es una caja

lo que debajo del brazo trae...

de azul de cielo... con relucientes cantos de plata...

linda... ¡muy linda!...

¡pero es de muerto la linda caja!

El golpe sienten hasta las peñas
de la cañada

¡cuyos despiertos ecos repiten, en la profunda
noche tranquila, los dolorosos ayes de Blasal!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA PROMESA

¡Pobrecita Lola!

Lola la del *Huerto de la pasionaria...*
tan malita se encuentra la pobre,
que milagro será si se salva...

¡Pobrecita Lola! parece mentira!
¡si vendía salud, de tan sanal...
Siempre tan sencilla, siempre tan alegre,

¡tan buena muchachal...

Su madre está loca
de pena, no duerme desde há tres semanas...
de la cabecera, de la pobrecita

Lola, no se aparta...
¡se parten las piedras
de oír sus palabras!...

Ayer, de rodillas,
la infeliz estaba
diciendo con toda
la fé de su alma:

— ¡Virgen de mi vida, no me desampares!...

¡Madre soberana,

te prometo subir de rodillas

á tu ermita, si á mi hija me salvas!...

¡Del huerto callado,

dónde ya no canta

Lola como en tiempos,
también se levantan

así como rezos, cuando el viento agita
rumorosamente las frondosas ramas!

II
En lo alto del monte la ermita se encuentra
como un copo de nieve de blanca!...
La escabrosa cuesta sube de rodillas
una pobre mujer fatigada,
cayendo de brucees infinitas veces,
de fuerzas ya falta...
¡la frente se ha herido, punzado las manos!...
¡sus rodillas sangran!...

Lola, que la sigue,
se deshace en lágrimas,
y la pobre mujer, que es su madre,
¡lleva de alegría radiante la cara!

LA INCLUSERA

I
Suspiran los pobres esposos con pena
cuando ven los niños...
declinan los años
y no tienen hijos...
se acerca el invierno que corona las frentes de nieve
¡y el hogar parece que tiembla de frío!

Declinan los años,
pero hay sobrinitos

que invaden la casa
de los buenos tíos...
Bandada de pájaros
fieros, tragoncillos,
que escapan volando y huyen de las trojes,
una vez embuchados de trigo...

II

Desesperanzados
de los sobrinitos,
una asiladita
tomaron los tíos,
monina, muy blanca
y rubita como un angelito!

Y al ver á la intrusa,
perversos, ladinos,
aquellos rapaces
fieros tragoncillos,
al hogar volvieron
de los buenos tíos...

—Échala, que es fea!

—¡A qué habrá venido!
—¡Habrá lá inclusera!... ¡Si á ti no te quieren!...
—¡Échala, tío!

Y las artimañas
de los tragoncillos;
las debilidades
y la sangre que tira un poquito,
quieras que no quieras,
fué vuelta al Asilo
la pobre inclusera, que murió al invierno
como un pajarillo
tirado en la nieve...
monina, muy blanca y rubita como un angelito!

III

Quedaron un día
las trojes sin trigo,
volaron los pájaros
y el hogar helado se muere de frío!



REVELACIÓN

I
El anciano cruza la calle, abatido,
con mortal cansancio, con pasito lento,
encorvado y triste
que dá pena verlo.

Nadie le acompaña. En quien apoyarse
no tiene su débil, vacilante cuerpo.
Debe de ser solo. ¡Solito en el mundo,
sin esposa, sin hijos,... sin nietos!

II

¡Qué alegría me dás, primavera!
Me revelas piadosa el secreto.
No se encuentra solito en el mundo,
¡qué alegría tengo!
Es día de fiesta y he visto al anciano,
que muy de mañana, con cuidado tierno,
en la mano llevaba un ramito
de claveles frescos!

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CORONA DEL DOLOR

(A UNA REINA, EN SU PASO DE CALVARIO.)

Aún más bella yo te encuentro
con tu cara melancólica...
¡El dolor se ha enamorado
de tí también, reina hermosa!

Bien aventurados, reina,
los que lloran...
dichosos los que en las penas

se desposan...
lazos de amor dolorido
no hay quien rompa...
¡y el dolor no á todos pone
su coronal

No te aflijas porque llores,
que la cara, cuando lloras,
reina bella,
tienes de la Dolorosa...

Reina angusta,
más angusta por lo buena y lo piadosa;
yo venero el dejo triste
de tu cara melancólica,
y en tus sienes la corona del martirio,
¡que de Dios fué la coronal



EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

Me contaba sus cuitas el triste...
 dolorosa historia
 que infinitas veces me contara ya:
 penas, desalientos...
 la historia de siempre,
 ¡sin fin como el cuento de nunca acabar!

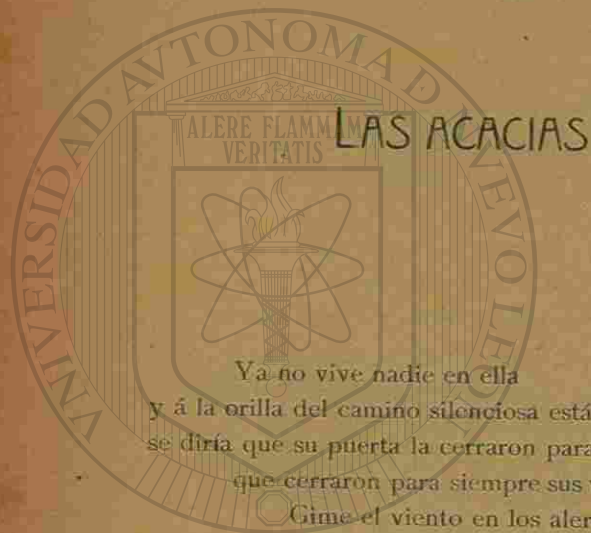
Yo me la sabía toda de memoria;
 de tanto escucharla,
 la aprendí del principio al final:

pesada, monótona, ¡la historia de un triste!...
 lamento de angustia
 que fin en la vida no espera jamás!...

Y él me la contaba sabiendo á conciencia
 que yo la sabía... ¿mas qué le importaba
 si en él era el caso contar y contar?
 Como fuente cautiva en las peñas,
 manaba y manaba cuando hallaba cáuce
 por donde sus aguas corrieran en paz,
 y yo lo escuchaba como el cáuce abierto
 que alivia la fuente
 y oyendo las cosas que cuentan las aguas,
 las deja pasar...
 ¡Contaba y contaba la historia de siempre,
 sin fin, como el cuento de nunca acabar!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS ACACIAS

Ya no vive nadie en ella
y á la orilla del camino silenciosa está la casa...
se diría que su puerta la cerraron para siempre,
que cerraron para siempre sus ventanas...

Gime el viento en los aleros,
desmorónanse las tapias...

á su puerta cabecean tristemente,
combatidas por el viento, las acacias!...

Todo ha muerto! los cantares y el bullicio... Se marcharon
los que fueron la alegría y el calor de aquella casa...

Se marcharon silenciosos... unos, muertos...
otros, vivos, que llevaban
¡desdichados!
muerta el alma...

Se marcharon silenciosos... ¡silenciosa
despedíalos la casa!...

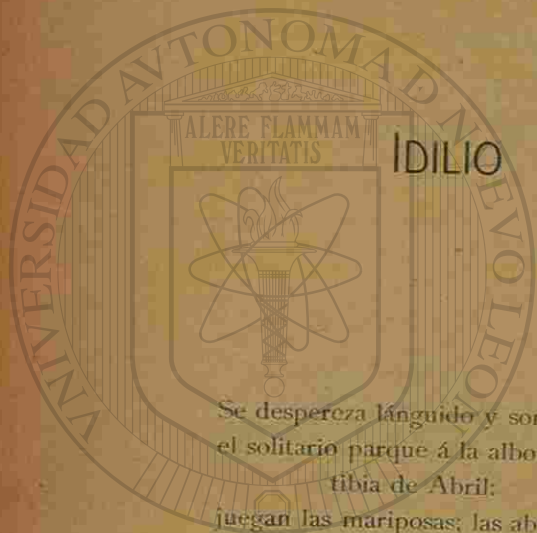
¡Todo ha muerto! Por señal de vida, en torno,
solo quedan las acacias,

que movidas por el viento cabecean tristemente
y á lo lejos en la noche se destacan
como seres misteriosos, que abatidos,
una historia de tristezas contarán.

Dolorido, fatigado de este viaje de la vida,
he pasado por la puerta de la casa...

el silencio de la noche y el silencio de la muerte,
por el viento quejumbroso solamente se turbaban

¡y la historia de tristezas,
abatidas, me han contado las acacias!...



Se despreza lánguido y sonríe
 el solitario parque á la alborada
 tibia de Abril:
 juegan las mariposas; las abejas
 en las corolas húmedas
 liban su miel,
 y despiertan los nidos y las flores
 al beso de la luz.

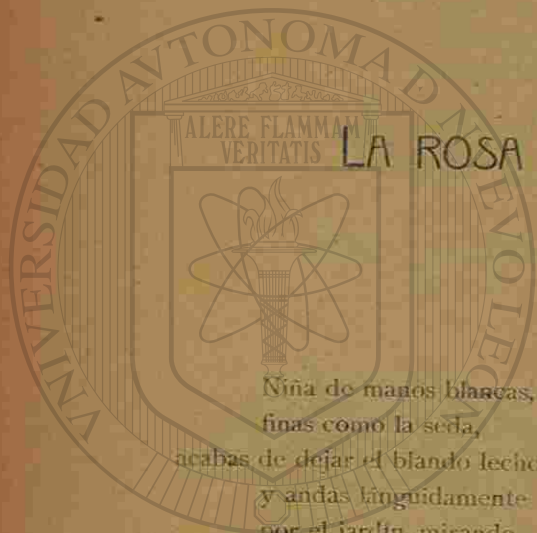
En el antiguo estanque

que las oscuras ovas invadieron,
 vierte sus claros hilos
 la taza rebosante
 del viejo suctidor,
 y, acaso melancólicos,
 abstraídos, su imagen miran en el inquieto
 verde cristal,
 un lirio de blancura inmaculada,
 un granado de flores encendidas
 y un vetusto ciprés.

Y en el recogimiento fecundo de la augusta
 dulce quietud,
 se han amado un instante tiernamente
 mi alma y el jardín.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Niña de manos blancas,
finas como la seda,
acabas de dejar el blando lecho
y andas lánguidamente
por el jardín, mirando
el césped, abstraída y melancólica,
como si en la mañana
cálida despertase
también tu alma de virgen,

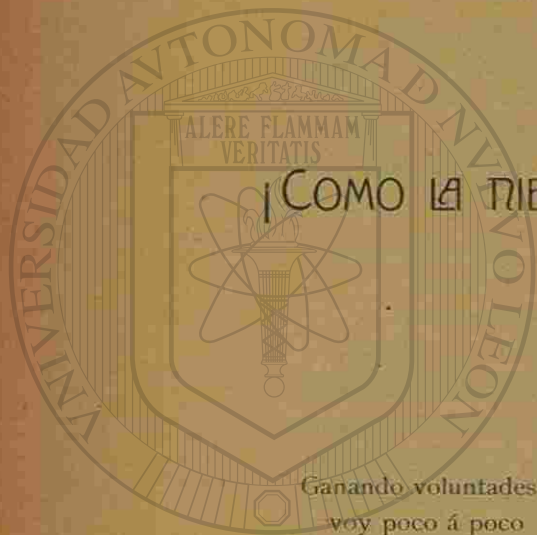
Niña de manos blancas,

has cogido una rosa
de pérfidas espinas...
¡absorta, no reparas
que entre tus dedos tienes
la más encantadora de las flores,
pero también ¡oh, niña!
la más cruel de todas!

Niña de manos blancas
finas como la seda,
con embeleso miras
á un gallardo mancebo
que ronda tu jardín y cuyos ojos
bellos, en tí se fijan expresivos...
El dulce aroma de la rosa aspiras...
¡oh, pobre niña lánguida,
te hieres y suspiras!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 14



¡COMO LA NIEVE!

Ganando voluntades
 voy poco á poco
 para ver si la tuya
 ganarme logro...

Ya no murmura nadie
 porque te quiero
 ni porque ven que á verte

de noche vengo;

las ranas y los grillos
 siguen cantando,
 por más que cerca de ellos
 suenen mis pasos;

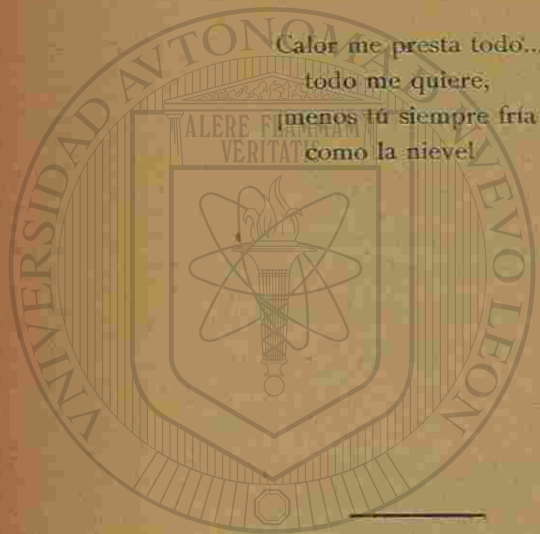
no me hieren las zarzas
 de los caminos;
 ¡pienso que, al vadearlo,
 se amansa el riol...

Ganando voluntades
 voy poco á poco
 para ver si la tuya
 ganarme logro...

Ya no ladran tus perros
 al acercarme,
 viene á mis piés el gato,

duerme tu madre...

Calor me presta todo...
 todo me quiere,
 menos tú siempre fría
 como la nieve!

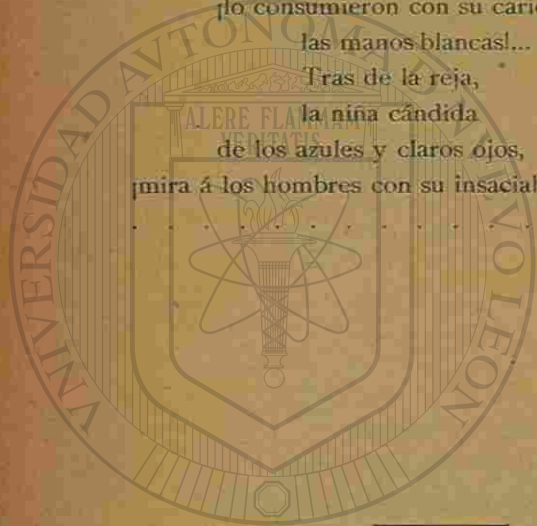


ABISMO

El arrogante viril mancebo
 junto á la reja las noches pasa...
 ¡Ay del mancebo cuyos ardientes ojos oscuros,
 de los azules ojos no aparta!...
 ¡Ay del mancebo que á la caricia mortal se entrega
 de las menudas manos lascivas, suaves y blancas!

Murió el mancebo... Lo consumieron los claros ojos

con su insaciable febril mirada...
 ¡lo consumieron con su caricia
 las manos blancas!...
 Tras de la reja,
 la niña cándida
 de los azules y claros ojos,
 mira á los hombres con su insaciable febril mirada!



CABECITA LOCA

¿Por qué ese hociquillo?
 ¿por qué estás llorosa?
 ¿por qué tu pañuelo rompes con los dientes
 y estás nerviosilla, cabecita loca?
 No te pongas triste... no anubles el cielo
 bonito y alegre de tu cara hermosa...
 no frunzas el ceño, nubecita mía,
 ¡deja que en tu frente se ría la auroral...

Tú te pones triste, porque aquel mozuco

que tú quieres tanto, se divierte y goza...
 tú frunces el ceño y estás rabiosilla,
 porque estás celosa...
 Deja que el mozuelo
 se divierta y corra...
 verás como vuelve luego que se canse...
 ¡verás como vuelve, cabecita local!

Ya pasó el chubasco, nubecita mía...
 ¡te enojó el mozuelo y él te desenoja!
 Ya pasó el chubasco y en los dos hoyitos
 de tu cara linda, la risa retoza...
 Ya pasó el chubasco, pero yo estoy triste...
 ya ves tú qué cosas...

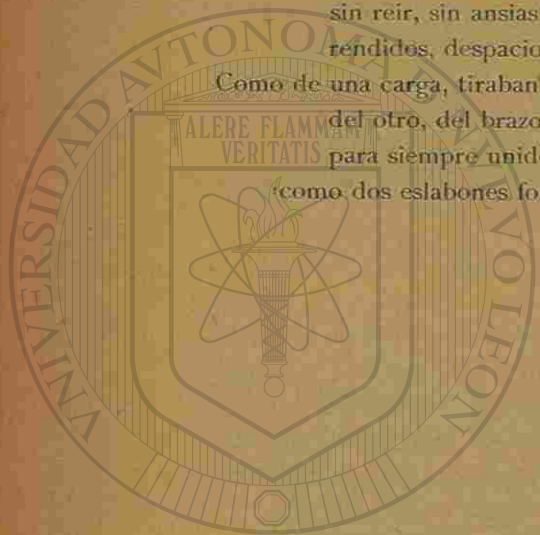
¡Yo no soy quien te quita el enojo,
 nubecita mía, cabecita local...

LA CADENA

Cruzaban alegres la verde pradera
 los recién casados...
 rudo y fuerte el mozo como roble nuevo,
 y ella, delicada como joven álamo...
 Jugaban, corrían... riendo tiraban
 el uno del otro, cogidos del brazo,
 como dos eslabones unidos
 y á la intensa llama del amor forjados!

Por la verde pradera volvían

los recién casados
 sin reír, sin ansias,
 rendidos, despacio...
 Como de una carga, tiraban, el uno
 del otro, del brazo...
 para siempre unidos...
 'como dos eslabones forjados!



VEN A SUFRIR

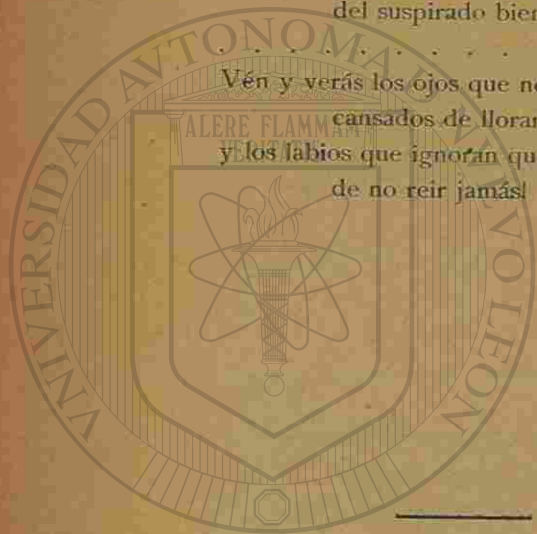
Ven á sufrir, amigo... ven hermano!...
 no te espante el dolor:
 deja que viva el alma las angustias
 y en ellas busque la piadosa unción.

¡Ven á sufrirl... Para la lucha humana
 tu aliento agigantarse sentirás
 en los helados nidos de los tristes
 en donde falta el pan.

¡Ven á sufrirl... En las eternas quejas
 de eterno padecer,

verás el nunca satisfecho anhelo
del suspirado bien.

Vén y verás los ojos que no lloran,
cansados de llorar,
y los labios que ignoran qué es la risa,
de no reír jamás!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DANZA

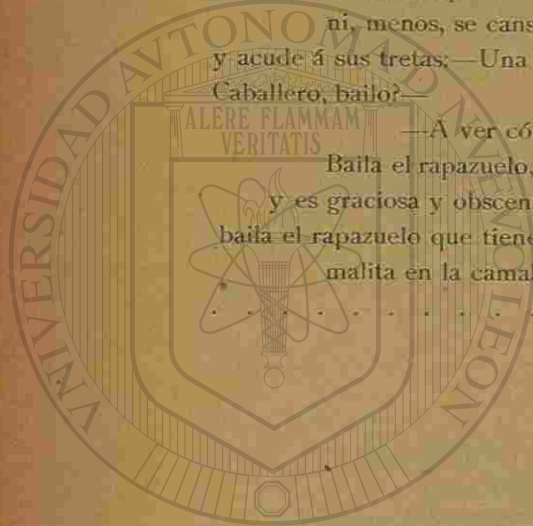
Era un rapazuelo de zalamerilla
despierta mirada:

—Una limosnita, por Dios, caballero,
que tengo á mi madre malita en la cama!—

Como el dulce mirar de sus ojos,
tiernas, mimosillas, eran sus palabras...
¡pero se perdían

de la gente trivial en la charla,
como en ancho río de revueltas ondas,

un hilillo de igual...
 Porfiado el tierno rapaz no desiste
 ni, menos, se cansa,
 y acude á sus tretas:— Una limosnital...
 Caballero, bailar—
 —A ver cómo bailas?—
 Baila el rapazuelo,
 y es graciosa y obscena su danza...
 baila el rapazuelo que tiene á su madre
 malita en la camal



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL GRUPO TRISTE

Los vi destacarse del torpe gentío
 que frívolo turba la paz de los muertos...

Con su blusa negra
 iba el pobre obrero,

y, á su lado, con negras ropitas
 sus tres pequeñuelos...

La profunda tristeza en sus rostros

y el luto en sus cuerpos,

bien claro expresaban que el grupo sentía



de una madre el fatídico hueco.

Cerca de una fosa
 pobre como el muerto,
 yo los vi sollozar silenciosos
 y sentí su congoja en mi pecho.
 Los húmedos ojos clavados tenían
 con ternura infinita en el suelo,
 como si quisieran
 penetrar en la tierra con ellos...

Ya están todos juntos, pensé con tristeza,
 ya están todos juntos y el grupo completo;
 no falta la madre... bien cerca la tienen
 llenando su hueco!

EN EL TORMENTO

Trabajó en el trapecio la niña,
 sus débiles miembros estaban cansados...
 —¡Que baile! que baile! —gritó el insaciable
 público, entre salvas ruidosas de aplausos...

Al tormento sumisa, la niña
 bailó jadeante, bailó sin descanso,
 y el aplauso sonaba en el circo,
 cual salvaje chasquido de látigo!



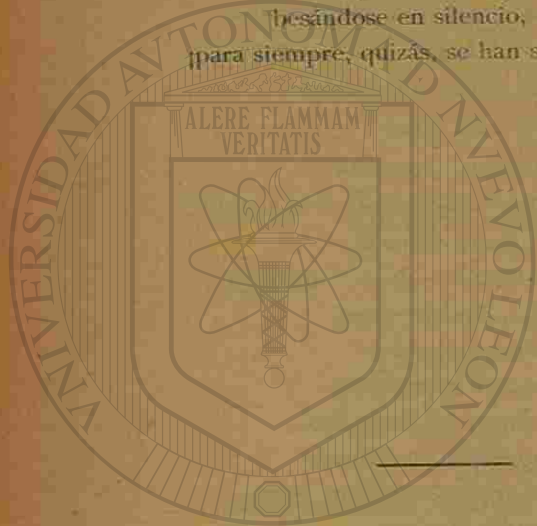
DESPEDIDA

La humilde y enlutada mujer, la pobre madre,
 aún joven, pero ya como un desecho
 inútil de la vida,
 enferma y agotadas
 por el trabajo y el dolor sus fuerzas,
 con angustia, á la puerta se detiene
 del obrador, y á la delgada niña
 de retrasada pubertad, que escucha

llorosa y en silencio,
 le dice con voz débil profundamente triste:
 —No puedo más, me faltan alientos, hija mía!
 Me voy al hospital, piden mis huesos
 caer en una cama
 para no levantarse... Necesita
 mi cuerpo descansar... ¡descansar para siempre!
 ¡Si tu padre viviera!...
 ¡quién me lo había de decir, Dios mío!...
 Sobre todas las cosas,
 hija, te recomiendo
 tus pobres hermanitos:
 en el asilo están, y las hermanas
 han quedado conformes
 en que allí te recojas; cuida de ellos...
 aplícate y que seas
 mujercita de bien... ya ves que tienes
 que servirles de madre,
 porque puede, hija mía,
 ¡que nunca os vea más... que ya no vuelva!—

Y la niña y su madre,

arrasados de lágrimas sus ojos,
 besándose en silencio,
 ¡para siempre, quizás, se han separado!



VENUS DOLOROSA

Venció la miseria,
 la gran Celestina despótica y bárbara,
 prestando su ayuda la noche de invierno
 con sus desamparos y sus amenazas...

Venció y en la sombra vendiose la virgen
 de rostro de niña, de carita pálida...

¡la sombra piadosa
 su rostro velabal

Venció la miseria...

Las sensuales manos palparon con ansia

las vírgenes carnes
 ¡que, ateridas de frío, temblaban!...
 Y al sentir el temblor angustioso
 de la virgen hambrienta y escuálida,
 las manos del hombre
 temblaron sin ansias
 ¡y en la sombra piadosa la virgen
 de rostro de niña quedó inmaculada!

EL PERRO DEL SALTIMBANQUIS

Dentro del corro que se divierte,
 cansado está:
 flaco, sin fuerzas y jadeante,
 falto de pan...
 con su despierta dulce mirada
 parece hablar...

de ser posible, qué triste historia nos contaría...
 ¡qué triste historia de crueldad!

Por los caminos y las campinas y las ciudades,

corro le hicieron las necias gentes con torpe afán
y á latigazos, el saltimbanquis
le hizo bailar...

corro le hicieron y celebraron con risotadas
el triste ahullido del pobre can!...

Dentro del corro que se divierte,
cansado está:
flaco, sin fuerzas y jadeante,
falto de pan.

La vida es ésta.

¡Del latigazo del saltimbanquis, quién libre está?
Por los caminos y las campiñas y las ciudades,
los miserables seres humanos marchan igual:

cansados... tristes...

¡y al latigazo del saltimbanquis, hay que danzar!

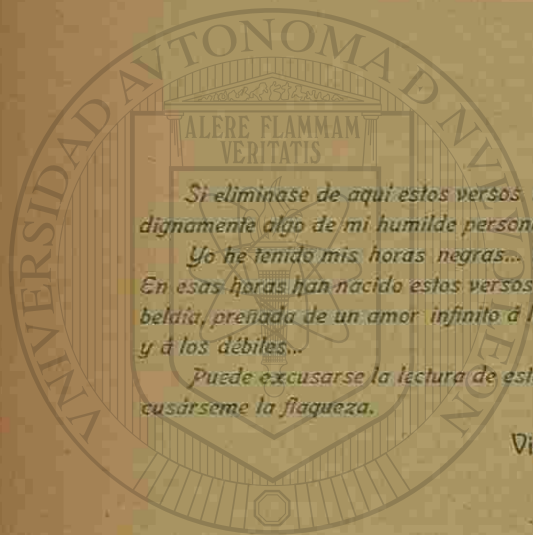
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REBELDES

UANL





Si eliminase de aquí estos versos rebeldes, hurtaría indignamente algo de mi humilde personalidad literaria.

Yo he tenido mis horas negras... (¡quién no las tiene!) En esas horas han nacido estos versos... Son hijos de mi rebeldía, preñada de un amor infinito a la verdad, a la justicia y a los débiles...

Puede excusarse la lectura de estas páginas y debe excusarse la flaqueza.

Vicente Medina

A MI MUSA

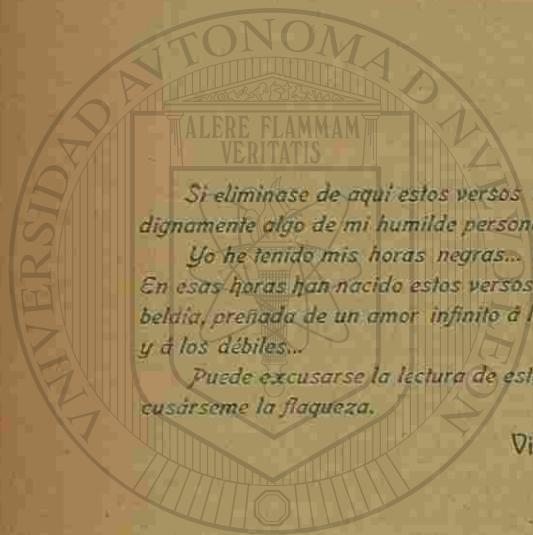
Pobrecita musa mía
desolada;
plañidera humilde musa
que tristezas solo canta,
vete lejos

que importunas y nos cansas...

Deja en paz a los felices...

¡Vive a solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...
nuestra risa con tus aires melancólicos apagas



Si eliminase de aquí estos versos rebeldes, hurtaría indignamente algo de mi humilde personalidad literaria.

Yo he tenido mis horas negras... (¡quién no las tiene!) En esas horas han nacido estos versos... Son hijos de mi rebeldía, preñada de un amor infinito a la verdad, a la justicia y a los débiles...

Puede excusarse la lectura de estas páginas y debe excusarse la flaqueza.

Vicente Medina

A MI MUSA

Pobrecita musa mía
desolada;
plañidera humilde musa
que tristezas solo canta,
vete lejos

que importunas y nos cansas...

Deja en paz a los felices...

¡Vive a solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...
nuestra risa con tus aires melancólicos apagas

y nos tornas pensativos
y provocas nuestras lágrimas...

Musa simple y primitiva,
musa candida,
vete lejos ó por otros
tus sencillos temas cambia...
¡Vete lejos!
vete ó canta
las brillantes tradiciones
de la patria...

¡perpetúen tus acentos la epopéyica grandeza
que en gloriosos timbres luce la viril valiente razal

Sacrifica tus ingenuos arrebatos..

Inocente musa, calla
las verdades afrentosas, las miserias repugnantes,
lo asqueroso, lo que sangral

No repitas tus canciones
melancólicas y amargas,

que no dejas á los hartos digerir tranquilamente,
¡musa mía!... ¡pobre enferma, del dolor enamorado!

¡SON LOS SINCEROS!

¡Dejadles paso, que son los débiles!
Son los viciosos, son los abyectos,
son los esclavos de sus flaquezas,
¡son plumas leves que lleva el viento!

¡Dejadles paso! No son cobardes
viles hipócritas; no son de aquellos
que, porque saben velar lo impuro

de sus pasiones, pasan por buenos.

¡Dejadles paso, que son los malos!
¡los del estigma!... ¡no hay que temerlos!
no son abismos impenetrables...
¡son anchos campos al mundo abiertos!

Dejadles paso, que son sencillos,
que son humildes, que son ingenuos...
son los que tienen la valentía
de sus acciones... ¡son los sinceros!

EL DELIRIO DEL HAMBRE

«¿Lo queréis? pues distraez: el más de moda,
de la moral y la razón afrenta.

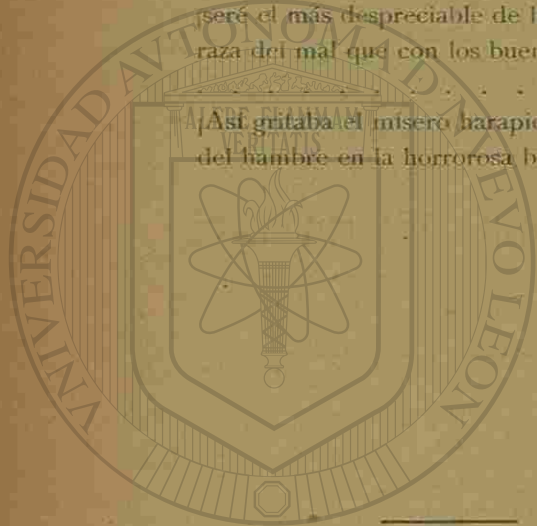
De hoy para atrás, idiota me declaro
y abjuro ¡vive Dios! de mis ideas.

Seré, para igualarme con vosotros,

todo lo vil que os empeñais que sea:
apóstata, servil, rastro, infame,

hipócrita, canalla, sinvergüenza...
 seré el más despreciable de la odiosa
 raza del mal que con los buenos medra

Así gritaba el misero harapiento,
 del hambre en la horrorosa borrachera...



LA CANCIÓN DEL VICIO

Rebelde y dolorido, brutalmente sincero,
 con arrogancia noble, con dejo de verdades
 amargas y terribles, el vicio, allá en sus antros,
 cantó la más extraña de todas las canciones...

Oíd lo que cantaba:

— «Me señaló el estigma,
 impetro vanamente una piedad que sienta

la compasión sin límites de todos los dolores
y el implacable acoso de la virtud padezcol...

Compadeced mi lucha, oid como un quejido
mi blasfemar terrible, cuando en las negras horas
contengo mis deseos desesperadamente,
¡lo mismo que á salvajes desenfrenados potros!...

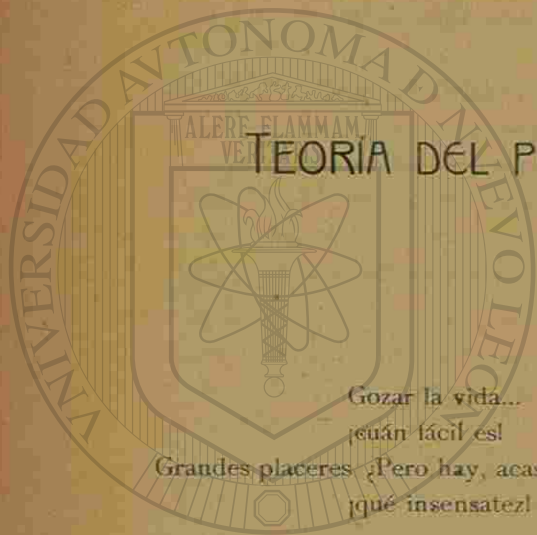
Mi blasfemar, entonces, es la protesta ruda
contra las necias trabas que la moral impone...
¡esa moral ridícula que, hipócritas, consagran
los viles y los débiles que más la prostituyen!...

Yo soy el maldecido dolor desheredado
que todos exacerban, aunque lo sufren todos...
¡no ven ¡oh, miserables! que el bálsamo que cure
los males de la vida, será la tolerancia!

Yo soy cobardemente por todos combatido,
y todos en la sombra son luego mis secuaces...
Si cínico me ostento, la sociedad se espanta,
y ese cinismo mío redimirá á los hombres!...

Debemos ser sinceros, brutalmente sinceros,
como la propia vida nos haya revelado,
pues la virtud segura que á la verdad nos lleve,
será la combatida sinceridad del mundo...

¡Viciosos!... ¡oh! ¡qué saben los fríos moralistas!...
Hay muchas de las grandes virtudes proclamadas
que son enormes vicios... Entre los grandes vicios
anatematizados ¿no habrá virtud alguno?



TEORÍA DEL PLACER

Gozar la vida...
 ¡cuán fácil es!
 Grandes placeres. Pero hay, acaso, placer pequeño!
 ¡qué insensatez!

Y el saboreo de futilidades y nimiedades?

¿Y el goce puro de los dolores, no lo es también?

¡Gozad la vida! ¡Gozadlo todo
 que, si se goza, todo es placer!

Gozar la vida...

¡cuán fácil es!
 Basta quererlo,
 basta creer...

Creer que el goce que disfrutamos es todo el goce,
 y por entero darnos a él.

Una mirada de amor es todo;
 si no os miraron, aún que os miraron podéis creer:
 soñadlo y basta,
 ¡que acaso sean las realidades sueño también!

Para los pobres es mi teoría...
 ¡Tristes, sabed
 que es patrimonio de toda vida
 y que esperando
 que lo despierten, dentro de todos duerme el placer.

Gozar la vida...
 ¡cuán fácil es!

Al borde mismo de los sedientos abiertos labios
 corren las fuentes, ¡tristes, bebed!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Frescos tus labios húmedos
como carnosos pétalos
de rosa alejandrina
cuajada de rocío...

frescos tus labios abres
y muestras tu atrayente
boca sensual, que insulta
toda quietud austera...

Late tu seno, hinchado
por el suspiro ansioso,

mostrando tu garganta
blancuras impecables...
Te inclinas y lascivos
me besan tus cabellos
voluptuosamente
con su raudal de oro,
y ríes candorosa
y siento que me turbas
con el mirar profundo
de tus pupilas garzas...

Repara en que me pones
á prueba, vida mía...

Repara que despiertas
mis bárbaros instintos
y que si tú, imprudente,
cayeras en mis brazos,
¡serías gota de agua
sobre candente hierro!



Yo observé aquella lucha
de ansias locas de amor, de *ellas* y de *ellos*:
lucha sorda y horrible
que carcomía los ardientes pechos...
lucha contra la torpe tiranía
de sociales preceptos...

Observé la protesta en las miradas
cargadas de pasión y de deseos...

en los hondos suspiros...
en los latentes senos...

Y vi con claridad incontrastable,
que hubieran todos proclamado, á un tiempo,
la santa libertad de los amores,
reconocida como bien supremo...

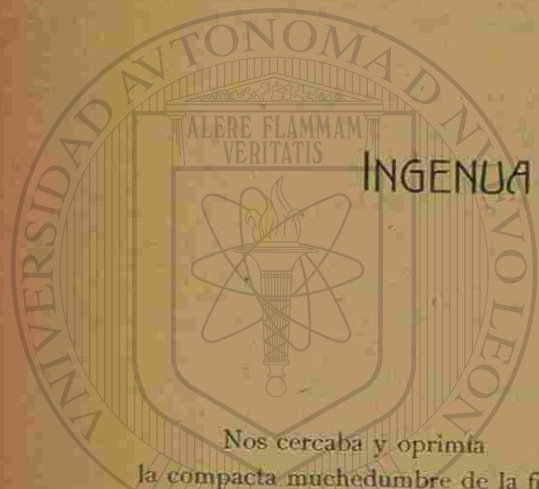
Mas nadie se atrevió, por más que todos
estuvieran de acuerdo,
y siguió la batalla de miradas,
dulces suspiros y latir de senos...

Uncidos á un brutal puritanismo,
vi que tenían, débiles ó necios,
¡sus labios en la fuente de la vida,
y morían sedientos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Nos cercaba y oprimía
la compacta muchedumbre de la fiesta,
y a mi lado se pusieron con la anciana
los dos jóvenes:

él, simpático;

ella, fresca, sana y linda...
¡de hermosura saludable y sonriente!

Parecían y debían de ser novios,
porque, al verlos en pareja cariñosa,
recordábanse los pájaros que se reúnen en el bosque

para hacer juntos un nido...

Mas, a un tiempo,
bromeaban y refan como hermanos,
y su risa no temblaba
con las hondas inquietudes del desco.

Como cosa presentida, inevitable,
y empujados por la gente,
de la joven

se juntó la mano suave con la mía

y el encuentro delicado
fué atrayente... cual de cosas que se aman,
que se buscan silenciosas y discretas
y que viven el misterio de la vida...

Y las manos se oprimieron dulcemente,
y calladas se adoraron en el beso de la carne,
y calladas y febriles elocuentes se dijeron

la pasión devoradora,

con las olas impetuosas de la sangre,
con el fuego de las venas,
¡y quedaron enlazadas!

Tuve entonces
la visión deslumbradora de la dicha,

y pensé con alborozo,
 llena el alma de ternuras inefables:
 «¡Son hermanos! ¡Son hermanos!»
 Ni una frase de los labios profanó las delicadas
 confesiones de la carne,
 y la misma muchedumbre
 que inconsciente nuestras manos enlazara,
 como viento que arrebató las semillas de los surcos,
 ir nos hizo opuestamente.

A otro día pude verla, pude hablarla,
 y vilmente se mintieron nuestros labios:
 —¿Y aquel joven?— yo le dije con fingida indiferencia.
 —Es mi novio— me repuso ingenuamente.

¡POBRE MADRE!

Depravada meretriz escandalosa
 que hace gala de impudencia
 y con cínicos cantares
 el burdel inmundo atruena,

ni un asomo de rubor ni sentimiento delicado,

ya le quedó...

En la calle
 y á la puerta,
 como esfinge

del dolor y la vergüenza,

con los ojos escurridos de llorar desesperada,
la abatida madre espera...

¡Pobre madre! Triste clama dolorida:

¡Ay mi niña!... para verla

de este modo,

más valía que la hubiese visto muerta!—

¡Pobre madre! Dormidita en el regazo,

cuántas veces la meciera

y arrullara el dulce sueño largas horas

en las noches de dolor y de miseria...

¡cuántas veces, asustada de los riesgos de la vida,

apretara contra el seno á la linda pequenuelal

¡Ay su niña!... con qué mimos la criara!...

¡qué ilusiones en su niña tuvo puestas!

La abatida triste madre,

desolada, del burdel está á la puerta,

y la hija, con injurias y bestiales improperios

la atormenta:

—¡Qué mareol No te canses,

no me llores y no vuelvas.

¡Tus pingajos y tu cara, que parece

que te vás cayendo de hambre, me avergüenzan!

Puedes irte

y hazte cuenta

de que he muerto!...—

Y la triste madre clama:

—Para verte de este modo, ojalá que te murieras!—



LOS TERRONCITOS

Junto a las mesas del café se paran
 los haraposos vagabundos niños
 y piden pañuelos con vocecitas tiernas
 un terroncito...

Junto a las mesas en donde están
 indiferentes los hombres frívolos...

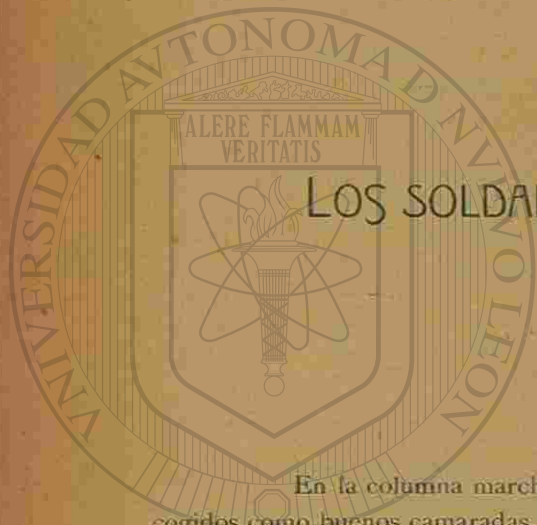
Amargo sabe el moka
 y amargo es el acento de los niños...
 ávidos miran

y alargan su hociquito...
 Conforme echo el azúcar en mi taza,
 me parece robar los terroncitos
 y, como si amargasen,
 el moka está amarguísimo...

Junto a las mesas
 están los niños...
 «¡Tomad azúcar!»
 «¡Tomad!» —les digo
 Y al ver que se relamen ¡oh, qué dulces
 me parecen aquellos terroncitos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS SOLDADOS

En la columna marchan,
 cogidos como buenos camaradas, del brazo,
 dos jóvenes reclutas
 rubios como las mieses doradas de los campos...

Son casi niños; hablan
 y evocan con encanto,
 llenos de simple ingenuidad, la aldea,
 las montañas azules y los valles lejanos...
 Hablan de sus amores, de las fiestas alegres,

de su triscar, felices, en el prado...

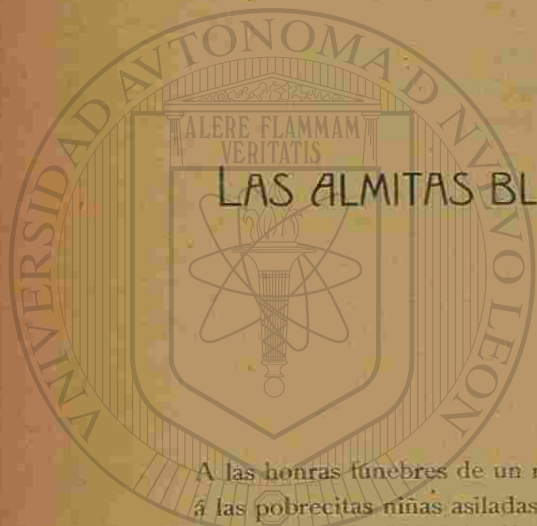
Y al son de cantinelas infantiles
 ó de amorosos fraternales cánticos,
 ¡a matar ó á dejarse matar en la pelea,
 sin que sepan por qué, van los soldados!

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS ALMITAS BLANCAS

A las honras fúnebres de un rico, llevaron
 á las pobrecitas niñas asiladas:
 por uno de aquellos que imperar hicieron
 las iniquidades, la injusticia humana,
 á impetrar clemencia llevaron las víctimas...
 tristes angelitos de carita pálida!

Y en el templo que el lujo pagano
 con sus flores del mal profanara,

flores del martirio,
 sumisas, humildes, las niñas oraban...
 ¡Como lirios pálidos
 movidos al aura,
 por un alma negra,
 clemencia pedían las almitas blancas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CANCIÓN DEL DINERO

«Dinero, dinero, dinero!»

Con obsesión estúpida, con terquedad de idiotas,
idólatras del oro, los vi pasar frenéticos
cantando su canción bestial y cínica:

«Dinero, dinero, dinero!»

De irracional codicia poseídos,
brutales e impertérritos,
pasaron los idólatras del oro

desenfrenados, ebrios,
acariciando las monedas sucias
con lascivo deleite entre sus dedos
y acompañando su canción de imbéciles
con el vil asqueroso tintineo.

Pasaron los imbéciles
enriquecidos y jamás contentos,
en su ambición estúpida insaciable,
pobres y eternamente pordioseros;
pasaron por el mundo
tacaños y ruines y perversos,
sordos a la razón y a la justicia,
sordos a los gemidos y a los ruegos...
¡pasaron por el mundo
a su canción grosera solo atentos!

Al esplendor del oro,
pasaron por el mundo deslumbrados y ciegos,
sin ver jamás ¡oh, topes despreciables!
la riqueza infinita de lo bello;
pasaron, buscadores de tesoros,
¡oh, miserables réprobos!

sin ver los infinitos
 que en la bondad y el bien hallan los buenos;
 pasaron los imbéciles,
 y a toda noble exaltación, acérrimos,
 su baba repugnante
 soeces escupieron
 cantando su canción bestial y cínica:

«Dinero, dinero, dinero!»

Pasaron los idólatras, pasaron y engreídos
 por la corte de miseros rastreros,
 (imbéciles también, que coreaban)
 proclamaron soberbios,
 que era el dinero el Todopoderoso,
 el Dios grande y supremo...
 Y consagrado el Dios de los imbéciles,
 como glorioso Hosanna, se alzó del Orbe entero
 la estúpida canción bestial y cínica:

«Dinero, dinero, dinero!»

EL VERDUGO DE LOS POBRES

Fosco, impasible, fiero:
 como inhumano déspota, implacable;
 como esbirro cruel, desapiadado,
 atormenta el invierno a los humildes...

Á los humildes!... Vedlos
 temblar acobardados
 en los umbrales fríos
 de la morada rica

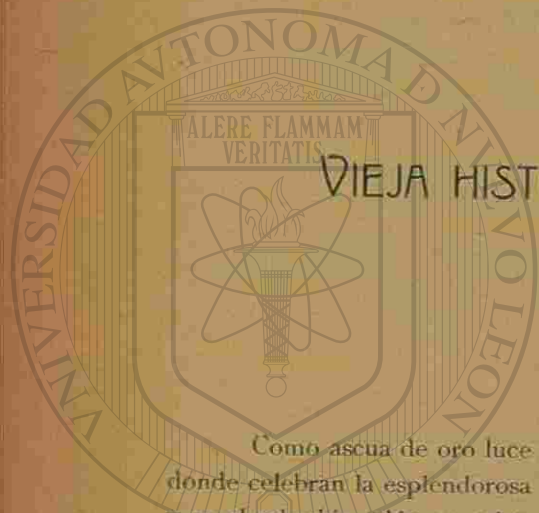
que el invierno servil jamás traspone...
 ¡Vedlos vagar errantes
 de hueco en hueco por la helada sombra,
 silenciosos y tristes,
 como almas condenadas,
 por el cierzo inclemente combatidas!...

Gime la madre en el portal; en vano
 trata de cobijar á sus hijuelos
 que tiritan de frío...
 Vacila y cae de bruces
 el anciano sin fuerzas
 que sin calor de nadie,
 siente desamparado
 penetrar en sus huesos
 el frío de la muerte!...

Dando fin al trabajo con el día,
 sin fuerzas, extenuado,
 fustigado el obrero miserable
 por el frío del cielo y de los hombres,
 desesperado marcha
 sin que alumbre su paso ni una estrella...

¡le señala su rumbo el negro caos
 de la noche fatídica!

Se diría que tiemblan los hogares
 de los desheredados,
 al aliento glacial estremecidos...
 Pueden temblar, á fé, que está á sus puertas,
 con todos sus tormentos,
 ¡el verdugo implacable de los pobres!



VIEJA HISTORIA

Como ascua de oro luce el palacio
donde celebran la esplendorosa fiesta brillante,
y en el soberbio salón, un triste juglar de penas
cuenta una historia que, por lo vieja, no escucha nadie.

—Hay pobres gentes

que pasan hambre...

¡Historia vieja más importunal...

¿quién no la sabe?

¡Cerrad la puerta

que pasa el aire!

—¡La pobre anciana

murióse de hambrel...

—¡Vuelta á la historia!

¡Traed manjares!

—La pobre anciana...

—¡Que siga el baile!

¡Cerrad la puerta

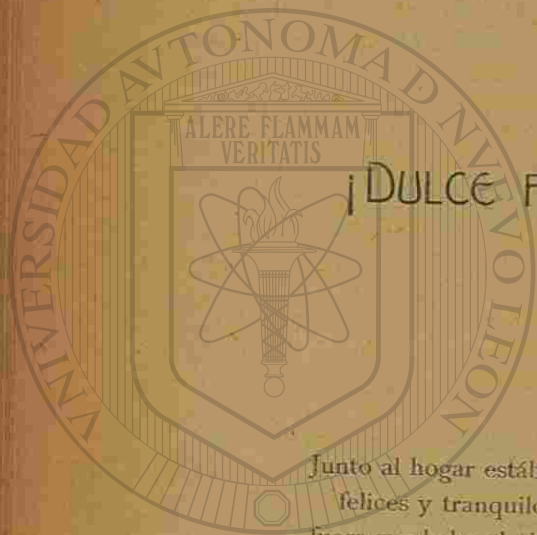
que pasa el aire!—

Ahogada queda la vieja historia
por el alegre son de los valsos.

las gotas puras
de la llovizna tenaz que cae,
cual misteriosas lágrimas, brillan
en los cristales,
¡y al azotarlos, suenan en ellos
cual si llamasen!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡DULCE PAZ!

Junto al hogar estábamos
felices y tranquilos...
fuera zumbaba el viento
y atormentaba el frío...

En su camita blanda, dichosos, abrigados,
dormían nuestros hijos...

Como otras veces, á mi buena esposa
le dije compasivo:

—Los pobres rapazuelos vagabundos
en los portales buscarán abrigo.—

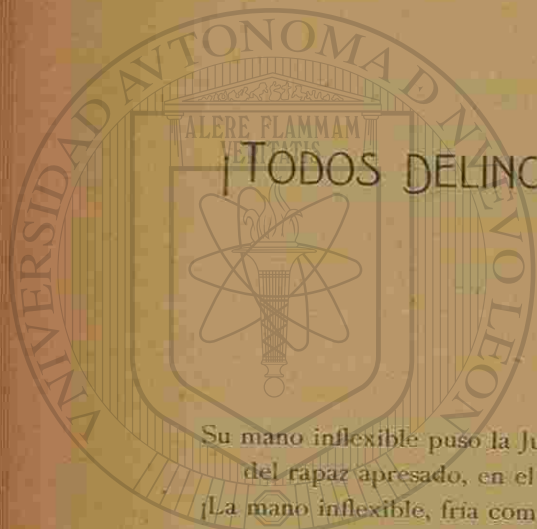
Fuera zumbaba el viento...
á los desheredados atormentaba el frío...
En su camita blanda
dormían nuestros hijos
¡y en nuestro hogar estábamos
felices y tranquilos!

U A N L

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡TODOS DELINCUENTES!

Su mano inflexible puso la Justicia,
del rapaz apresado, en el hombro...
¡La mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomol...

El precoz pilluelo

llevaba la angustia pintada en el rostro...
lágrimas y súplicas
llevaba en los ojos...
¡Su queja tenía
plañideros tonos!...

Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomol

A pesar de la marca infamante
que el precoz pilluelo llevaba en el rostro,
vi al rapaz como víctima triste...
¡como delincentes, á los hombres todos!

Llevaba el delito
pintado en el rostro...
¡como nimbo purísimo vieron
su angustia mis ojos!...

Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...

yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomol

MERCADO

En balde solloza la misera anciana
y en vano con ruegos humildes pretende
que le fien más pan en el puesto...
¡las quejas son tantas, que ya no conmueven!

Oid lo que dice
la anciana, estremece:

¡Pasan hambre mis hijos, mis nietos...
¡señor, que se mueren!...—

A la puerta, la joven aguarda:

sus ojos son bellos y son elocuentes...
¡no quisiera saber lo que piden!...
¡no quisiera saber lo que ofrecen!

EL PAGO

Pasaron altivos, austeros y graves,
¡la frente muy alta!...
sus siluetas oscuras y tristes
la prisión pavorosa tragaba...
Eran los rebeldes, redentores trágicos
que sintieron la ajena desgracia...
¡y en cuyos hundidos ojos parecía
que dejaron huella las ajenas lágrimas!...
Eran los rebeldes... ¡¡las gentes idiotas!
con indiferencia glacial contemplaban
cómo las siluetas oscuras y tristes
la prisión pavorosa tragaba!...



PERDÓN, CARAS TRISTES

Perdón, rostros helados...
¡helados como días brumosos del invierno!...
Perdón, caras tranquilas...
¡tranquilas como tumbas de la alegría muerta!...

Perdón, si ante vosotras reí plácidamente...
perdón, caras oscuras, estáticas y graves...
perdón, si ante mis ojos, pasando inadvertido,
mostró el dolor su gesto... ¡su gesto soberano!

De hoy más, ante vosotras me humillaré tan solo...
¡tan solo ante vosotras que sois lo más augusto!
Pedid, que la alegría del mundo os pertenece...
¡pedid á los que ríen, que os roban vuestra risa!

LA PENA DEL TALIÓN

Y dando cima á la labor inmensa
de santa redención, y arrebatando
en pos de sí las redimidas turbas,
la Venganza subió sobre el hermoso
carro triunfal llenándolo de obreros,
y con acento soberano, dijo:
— ¡Va los domé! Uncidos al potente
carro del triunfo van; llevan la carga

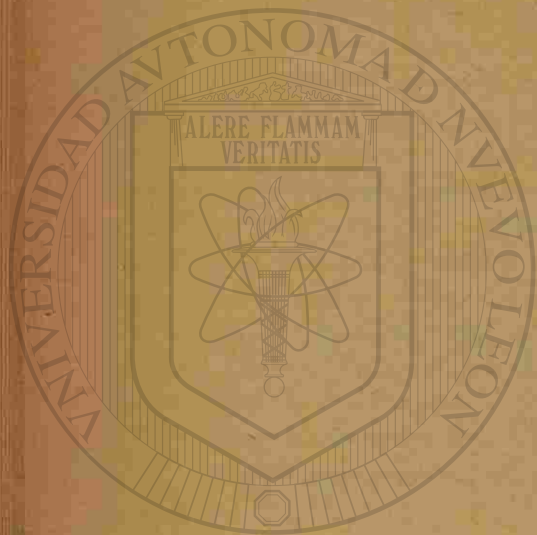
de los que fueron sus esclavos viles...
¡De su propio delito el peso sufren!...
Sobre su innoble afeminada carne,
no endurecida por trabajo alguno,
mi látigo se agarra; y al deleite
que me produce su dolor, mis fuerzas
se centuplican y descargo el odio
que las opresas razas devoraron,
hundidas en el cieno de los siglos,
por los crímenes de ellos arrojadas.

¡Tirad cual viles bestias, miserables!...
Sufrid de la venganza contenida
el loco ensañamiento... ¡Solo es vuestra
la culpa que engendró tantos horrores!*

MIS AMORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MI REINA DE LA FIESTA

Verás; yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra...
igual que aquel romero de pálidos verdores
y de áspera corteza
que, desmedrado y viejo,
de flores todavía se viste en primavera
y todavía ofrece su néctar delicado
que buscan las abejas.

Yo romperé mi lanza

también en el torneo brillante de las letras,
 Tras la anhelada gloria,
 yo agotaré mis fuerzas
 y tiraré un tesoro:
 ¡el escondido y santo tesoro de mis penas!

Yo también tengo amores...
 Yo también tengo reina
 á quien llevar del triunfo
 la delicada ofrenda...

Yo también tengo amores, pero los tengo lejos...
 tan lejos que no aguardo que ya á mi lado vuelvan...
 Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
 de los años ábamos se desprendían secas...
 ¡Se fueron una tarde,
 con su mirada triste, con su sonrisa tierna!

Se fueron y me aguardan...
 Há tiempo que me espera
 ¡durmiendo eternamente
 debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

EN LA SENDA

Parece que el tiempo no pasa... parece
 la misma la senda...
 ¡parece que un sueño
 fué solo la ausencia!

Todo está lo mismo:
 con sus frescos verdores la huerta...
 la orilla del río con sus riuiseñores...
 la casita blanca... la tupida reja...

frillado el camino...
sembrado de huellas...

Todo está lo mismo que entonces: desliza
su corriente tan mansa la acequia,
que bien se podría decir que paradas
se quedaron sus aguas serenas...
Todo está lo mismo... los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan!...

Parece que el tiempo no pasa... La gente
no olvida un detalle de la historia nuestra
y, con embeleso, todo aquel idilio
de nuestros amores relata y comenta...

De la malvarrosa
que un Sábado Santo te puse en la reja,
plantaron un tallo que se hizo una mafa...
¡qué cosas más tristes su olor me recuerda!...
Me parece ese olor el aroma
que dejaste, al pasar, en la senda...
¡qué aroma tan triste!

¡qué sabor tan tuyo, tan íntimo deja!...

Parece que el tiempo no pasa... Me acuerdo
como si ahora fuera...
Cantando y dichoso
corría la senda,
y tú me esperabas...
¡ya nadie me esperal

Parece que el tiempo no pasa... ¡si pasa!...
No es la misma el agua que vá por la acequia
ni los mismos los frescos verdoros
que tuvo la huerta...

Tampoco es la misma la casita blanca:
cambiaron su reja,
y ya no la cubren
las enredaderas...
¡No fué solo un sueño... no fué solo un sueño
de dolor la ausencia!

El aroma dulce de la malvarrosa
 mis felices recuerdos despierta...
 el aroma dulce lo embalsama todo:
 tu casa, la tapia del huerto, la senda...
 ¡y siento mi alma
 saturada de la honda tristeza
 de que se impregnaba tu mirada amante,
 tu sonrisa tierna!...

Cosas misteriosas
 los cañaverales rumberos cuentan...
 ¡los cañaverales misteriosos hablan
 con recogimiento de las cosas muertas!...

Parece que el tiempo no pasa... parece
 la misma la senda...
 ¡¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba
 no se vá por ella!

LA CITA

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
 la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
 de los amores nuestros, la cita venturosa,
 más tarde ó más temprano, de fijo ha de cumplirse.

¡Nos hallaremos juntos, por fin, amada mía!...
 ¡Nos hallaremos solos!... ¡Nos hallaremos libres!...
 ¡Aquellas inefables ternuras de mi espíritu,
 que de él nunca salieron, podré entonces decirte!

Comprenderás entonces aquellas amarguras...

aquellas tiranías de esclavo, incomprensibles...
 aquellas despiadadas torturas del cariño...
 aquel feroz encanto del goce de lo triste...

Comprenderás entonces aquellas incoherencias...
 aquellos desvarios... aquellos imposibles...
 por qué ríen las almas cuando los ojos lloran...
 por qué lloran las almas cuando los labios ríen...

Yo tengo fé y aguardo; es tal mi confianza,
 que en nadie tuvo nunca más hondas sus raíces:
 espero en esa calma discreta en que recogen
 con celo codicioso su pena los humildes.

No temo la insidiosa mortificante duda...
 no temo ya los celos con su demencia horrible...
 no temo tus devíos, ni temo mis afanes...
 ¡la fé de que me esperas, de todo me redime!

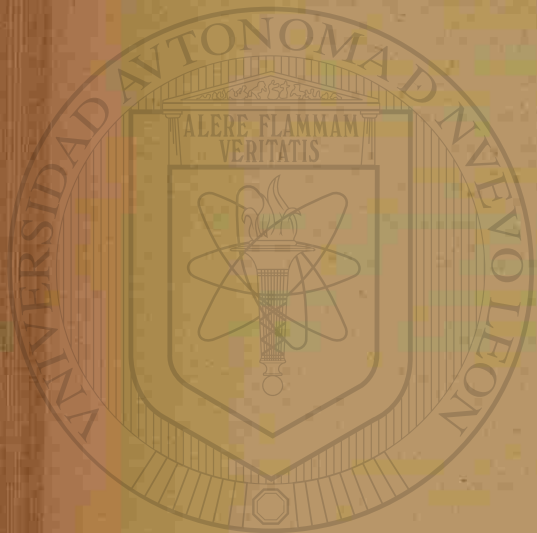
No temo ya el olvido... no temo que sus nieves
 las ansias infinitas de mi pasión enfríen...

¡Nos unen de tal modo la ausencia y el cariño!

¡Te vivo en la nostalgia de cosas tan felices!...

Me esperas, sí, me esperas... es la verdad sin dudas...
 la dulce luz del alba... ¡del alba de los tristes!...
 Yo tengo fé y aguardo... ¡la venturosa cita
 de los amores nuestros, de fijo ha de cumplirse!

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
 la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
 Más tarde ó más temprano, nos juntará la suerte...
 ¡más tarde ó más temprano, también he de morirme!

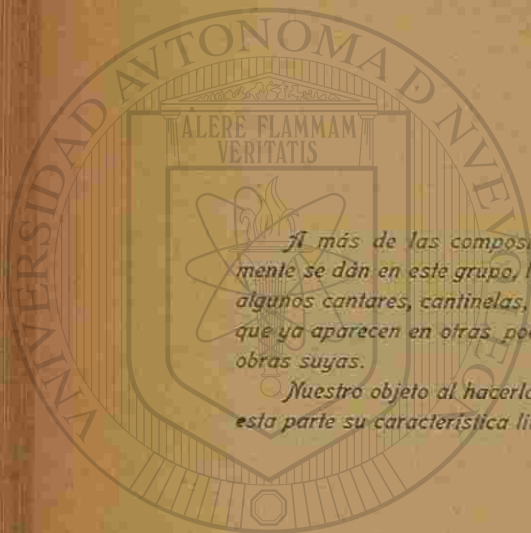


ALMA POPULAR
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A más de las composiciones que única y exclusivamente se dan en este grupo, lo forman también, repitiéndose algunos cantares, cantinelas, etc., originales del mismo grupo que ya aparecen en otras poesías de este libro y en otras obras suyas.

Nuestro objeto al hacerlo así, es el de recoger en esta parte su característica literaria, genuinamente popular.

CANTARES

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mi barraca está en la huerta
y en la huerta está mi novia...
¡es el mentarme la huerta
como mentarme la gloria!

®

*
 Las barracas de la huerta
 se les páceen á los niños...
 dentro de tu barraquica
 cantas como un pajaricol

¡Qué bien lava mi nenal
 ¡qué ropa tiendel...
 la va ejando blanquica
 como la nieve...
 ¡Páece que el agua
 al pasar por sus manos
 sale más clara!

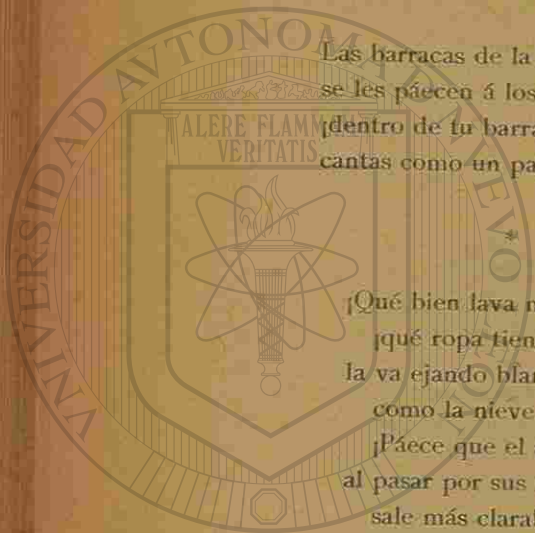
*
 Cuando mi horica me llegue,
 quiero morir en mi tierra...
 ¡verla al cerrarse mis ojos
 y tener mi hoyico en ellal

*
 ¡Vídica, vídica mía,
 vídica, qué cosas tienes!
 siendo la vídica mía,
 ¡cómo estás siendo mi muertel

*
 Trempanera m'has salio
 como la flor del almendro...
 ¡cuánta flor trempanérica
 se yela ó se lleva el viento!

*
 Me tienes despreciaico
 y por otro te deshaces...
 ¡Á unos tó el mundo los quiere
 y á otros no los quiere náidel

*
 Yo me quisiera morir
 porque el que muere descansa...
 ¡yo me quisiera morir
 sin saber que tú me matas!



*

Flores de mi naranjico
 tus palabricas no salgan...
 de un naranjico que tengo
 en el que la flor no cuaja!

*

¡Tan lejos *aquél* de mí!...
 ¡tan cerca como a *ésta* tengo!...
 El que está lejos, ¡qué cerca!...
 El que está cerca, ¡qué lejos!...

*

Mi barraca es un palacio,
 mi marido en mí se mira...
 ¡yo no le tengo en su trono
 ni á la propia reina envidial

*

La estrella de mis ojos
 ya está durmiendo...
 ¡ni los ángeles tienen
 tan dulce el sueño!...

*

Aunque te laves y laves,
 manchaica te has de ver,
 como está la cantarica
 ande tós van á beber.

*

Yo no probé una fruta
 que apetecía
 y recuerdo la fruta
 todos los días...
 ¡de las que pruebo,
 lo que dura su gusto
 dura el recuerdo!

*

Busca ande te hagan laico
 y ande te traten mejor,
 ¡que esa es una lumbrecica
 que á tí no te dá calor!

*

Dicen que las palabras
se lleva el viento...
¡mentira, que las tuyas
van en mi pechol
¡Qué ha de llevarse,
si las tengo clavadas
como puñales!

*

Si es que Dios no lo ha dispuesto,
lo ha dispuesto mi querer:
¡ó has de ser pa mí solico
ó pa náide tiés que ser!

*

Cariñico que empezó
en un Domingo de Ramos,
¡quién había de pensar
que acabara en Viernes Santo!

*

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay, lumbrecica,
cuánto dura el rescoldo
de tus cenizas!

*

Eres probe y eres peña
que por los suelos te vés
¡y que vás ande te rulan
los que te dñan con el piél!

*

Muertecica pa mí solo,
cuando pa tóicos vivía...
¡y ahora, viva pa mí
y pa tóicos muertecica!

®

*
 Sin piedad mandas tus hijos
 á la guerra á que los maten...
 cómo se conoce, Patria,
 que no eres tú quien los pare!

*
 Aunque es raro, tén por cierto
 que mató una misma bala
 á un soldado, allá en la guerra,
 y á su madre aquí en España.

*
 Cuando vuelva, si es que vuelvo,
 Dios sabe lo que hallaré...
 ¡si una bala mata á un hombre,
 el tiempo mata á un querer!

*
 No he tenido carta tuya,
 pero de mi madre sí...
 ¡y aun no le he escrito á mi madre
 y otra vez te escribo á tí!

CANCIÓN DE AMOR

(ALBORADA)

MOZOS.

Niña, que viene el día...
 en las cumbres alborea...
 en celo cantan los ruiseñores en la espesura...
 ¡Mi amor, despierta!..

MOZAS.

¡Mi amor, soñando estabal...
 ¡si tú supieras!..

Todos.

En los picachos, allá arribita,
como un suspiro que sube al cielo,
canta la niña, muerta de amores:

«Ay el mozo moreno,
aquél de los ojos negros
que echan fuego!»

Y allá abajito,
por el sendero
de la cañada,
pasa el mozo moreno...
¡aquél de los ojos negros
que echan fuego!

Por el sendero
canta el mozo moreno,
y su cantar como una caricia dulce,
mimoso y tierno,
se pierde lejos,
como un ensueño...

«Voy por el hondo
de la cañada...»

Arribita el cielo,
arribita vives...
Se cuajó en tu cara,
niña de mis ojos, la nieve más pura
de las cimas altas...
Arribita el cielo, arribita vives...
¡Cuando paso miro como una esperanza,
allá en los picachos, arriba, arribita,
tu casita blanca!»

La canción de la niña
y la del mozo moreno,
en el aire se dán besos...
Así juntan su pñar y sus gorgeos
los ruseñores en celo...

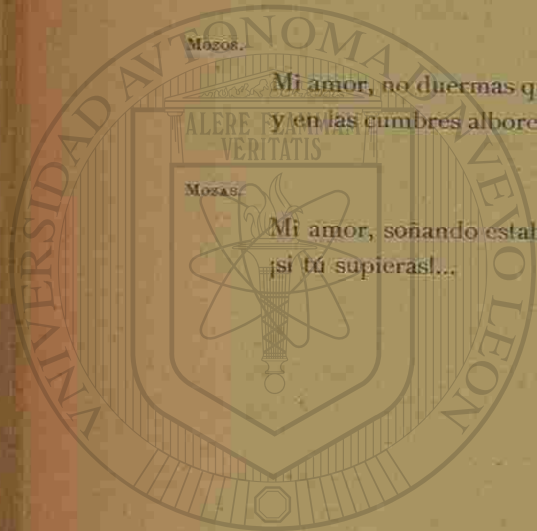
Mozos.

Así quiero
que me quieras,
estrella de la mañana, lucero!

Mozas.

«¡Ay el mozo moreno,
aquél de los ojos negros

que echan fuego!...>



Mi amor, no duermas que viene el día
y en las cumbres alborea...

Mi amor, soñando estaba,
¡si tú supieras!...

LA CANTINELA DEL PASTORCITO

Al caer de la tarde,
siempre suspiro...
si es de pena ó de gozo,
no sé decirlo...

Dime lo que es, mi niña,
si tú lo sabes,
que también tú suspiras
todas las tardes!...

A la fuente vas por agua,

yo te escucho cuando cantas, y te sigo...
 yo te veo cuando pasas y suspiras,
 ¡y suspirol!

Cuando pasas no me canso
 de mirar á la estrellita de la tarde...
 no me canso de escuchar el cencerro
 del rebaño que se aleja por el valle...

Dí, mi niña, por qué es esto,
 si lo sabes...

Cuando miro la estrellita,
 me parece ver tu cara...
 cuando escucho el cencerro,
 me imagino que tú cantas...

Que tú cantas
 y te sigo...

¡que tú pasas y suspiras!...
 ¡y suspirol!

LA CANTINELA DEL SEGADOR

(CREPÚSCULO)

Es la horita dulce de las ilusiones
 y de los ensueños...

¡Te quiero!...

De allá abajito,
 de allá abajito vengo...
 donde las espigas y los olivares,

agitados por el viento,
se dicen: «¡Te quiero!...»

El sol a la tierra,
en su último beso
le dice: «¡Te quiero!...»

Y los cielos mismos
con sus estrellitas y luceros,
en la noche serena parece que al mundo le dicen:
«¡Te quiero!...»

Es la horita dulce de las ilusiones
y de los ensueños...
¡Te quiero!...

LA CATTIRELA DEL MARINERO

*
El agua turbia en el río,
en el mar el agua amarga...
¿En donde te escondes,
que la sed me abrasa?

¿En donde te escondes, fuente de agua pura,
fuente dulce y clara?

*
Cara rebonita

que en el espejito
del agua te miras...
En el mismo espejo,
cara rebonita,
en el mismo espejo te miras que el cielo!

Yo tengo para mis penas
consuelito de esperanzas,
que he visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara.

Marinero perdido en los mares,
ya despeja el cielo...
ya tienes estrella
que te lleve al puerto...
¡Tú serás mi estrella,
cara rebonita de los ojos negros!...

ARRULLO

La nena va á dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
duerme la nena!...

Duerme, que también duermen
los angelitos...
en las nubes del cielo

quedan dormidos...

Duérmete, pequeña,
que yo te quiero...

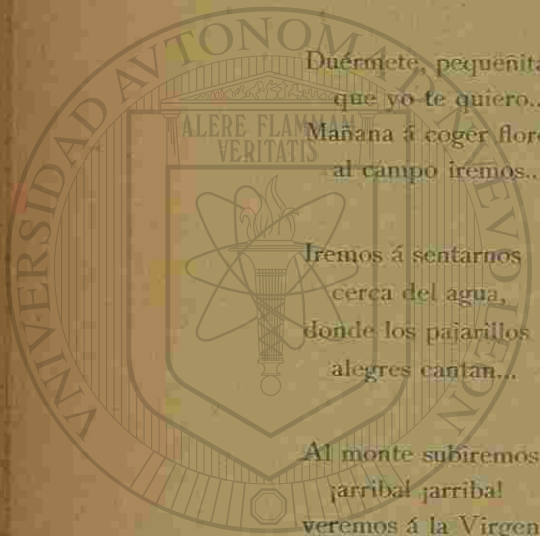
Mañana á coger flores
al campo iremos...

Iremos á sentarnos
cerca del agua,
donde los pajarillos
alegres cantan...

Al monte subiremos
¡arribal ¡arribal!
veremos á la Virgen
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos
también su niño:
¡es el Rey de los Cielos
que está dormido!

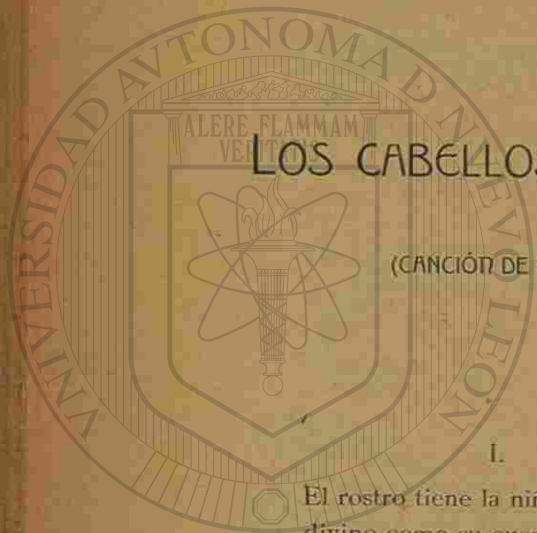
La nena va á dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
duerme la nena!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS CABELLOS DE ORO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

I.

El rostro tiene la niña
 divino como su cuerpo:
 como la flor del granado
 tiene sus labios de fuego;
 como las aguas azules
 tiene sus ojos de cielo;
 pero...
 más hermosos tiene,

tiene, tiene los cabellos.

Su voz es dulce y amante,
 es amoroso su gesto,
 y el alma la tiene hermosa
 como su rostro hechicero;

pero...

más bellos que todo
 tiene, tiene sus cabellos.

Rubios, rubios como espigas
 con su cinta azul sugetos...
 hebras de sol, por lo finos,
 finos como el pensamiento...
 como un torrente de oro
 cuando se los deja sueltos...

¡Qué hermosura, qué hermosura,
 qué hermosura de cabellos!...

Prendado está de la niña,
 prendado un galán apuesto...

También ella está prendada,

®

prendada del caballero...
Él le dice enamorado,
le dice con embeleso:
«Me encantas con tu dulzura
y con tus ojos de cielo;
me encantas con tu sonrisa
y con tus labios de fuego;
pero...
no me encanta nada,
nada como tus cabellos.»

«Como tus cabellos de oro,
dorados son mis ensueños...
cuando ya seas mi esposa,
me recrearé con ellos...
los alisarán mis manos,
los perfumarán mis besos...
para mi sueño más dulce
de cabezal los deseo...
¡para que me aten las manos
te los pido, si me muerol...»

La niña está emocionada,

la niña guarda silencio;
no se despegan sus labios,
no alza sus ojos del suelo;
pero...

su amor y su dicha
salen al rostro hechicero
en el carmín que lo enciende,
como alborada en el cielo...

II.

Muy mala tiene á su madre
la niña de ojos de cielo;
la de los cabellos de oro,
la de los labios de fuego...
Y la niña, atribulada,
ha ido tempranito al templo
y llorando y de rodillas,
á la Virgen del Consuelo,
por la salud de su madre
¡le ha ofrecido sus cabellos!...

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya tiene buena á su madre
 la niña de ojos de cielo:
 la de los cabellos de oro,
 la de los labios de fuego,
 y su promesa ha cumplido
 con la Virgen del Consuelo.
 En ras en ras se ha cortado
 la mata de sus cabellos
 y en el altar de la Virgen
 ha ido ella misma á ponerlos.
 En el camarín parecen,
 con su cinta azul sugetos,
 hecha un haz de fina seda,
 la propia luz de los cielos...
 pero...

cuentan que la niña
 llevaba el rostro hechicero
 más blanco que una azucena,
 cuando volvía del templo!

REY RENDIDO

Recuerdo de la Isla de Wight
 Palacio de Osborne Abril
 Cowes Agosto } 1906.

(CANCIÓN DE NIÑOS)

I.

A la isla encantadora
 llegó la nave extranjera:
 ¡es tan gallarda la nave,
 como la isla poética!

En la nave manda un rey
 y en la isla una princesa...

El rey á rendir tributo
viene en su nave de guerra.

El rey viene prisionero
y esclavo de la princesa...
¡á rendir cetro y corona,
vencido á sus plantas llega!

A la isla encantadora
vuelve la nave extranjera...
El rey viene prisionero...
Manda la nave la reina...

Prisionero viene el rey
y esclavo de la princesa:
¡no lo rindieron las armas,
que lo rindió la belleza!

¿QUÉ DIRÁN?

Isla de Wight
Cowes, Agosto, 1906.

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Las muchachas de la isla,
las que te vieron marchar
tan humilde, tan llorosa,

¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

Las que contigo, tan buena,

jugaron de igual á igual,
 las que tanto te querían,
 ¿qué dirán?
 ¡Princesa te vieron ir
 y reina te ven llegar!

Los que contigo bailaron,
 los que soñaron, quizás,
 prendados de tu belleza,
 ¿qué dirán?
 ¡Princesa te vieron ir
 y reina te ven llegar!

Los pobres, los abatidos
 y los niños sin hogar...
 los tristes que consolabas,
 ¿qué dirán?

¡Princesa te vieron ir
 y reina te ven llegar!

LA NIÑA BUENA

(CANCIÓN DE NIÑOS)

—Niña, se vé que eres buena;
 niña, se vé que eres sana;
 niña, se vé que eres limpia
 como los chorros del agua.

¿A dónde vas tan ligera
 y sola, tan de mañana?

¡Como una rosa de Mayo
 llevas de hermosa la cara!

—Voy á la fábrica aquella
 que está al pié de la montaña;

aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.

Mantengo á tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,
aún más temprano que el alba,
y ya me dejo á estas horas
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía;
si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

EL SECRETO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Es la niña tan hermosa,
que el mirarla, maravilla:
blanca como la azucena
tiene la cara divina...

hebras de sol sus cabellos...
de nacar sus manos finas...
Siendo tan bella ¡tan bella!
siempre está triste la niña.

Es el galán más apuesto

el que por ella delira:
 por ella diera tesoros,
 por ella diera la vida;
 por una reina y un reino,
 su amor no lo trocaría...
 Siendo amada ¡tan amada!
 siempre está triste la niña.

Ella tiene bellos trajes,
 ella tiene joyas ricas;
 tiene en la ciudad su casa,
 tiene en el campo su quinta;
 tiene carruajes, lacayos
 y doncellas que la sirvan...
 pero, aunque tiene de todo,
 siempre está triste la niña.

Es, la niña, la más buena,
 la más amable y sencilla;
 bordando, pasa las horas
 en dulce melancolía...
 se sonríe, se sonríe,

pero sus labios suspiran...
 Niega que ella tenga penas,
 pero está triste la niña.

Dicen que el galán le dice:
 «¡Qué triste estás, alma mía!»
 Dicen que ella no contesta,
 que ni siquiera lo mira...
 ¡Dicen que él, tan amoroso,
 con ser ya su prometida,
 no ha conseguido un «te quiero»
 de sus labios, todavía!

La niña ya se ha casado,
 ¡qué bella y triste que iba!...
 su cara blanca ¡tan blanca!
 ya de mármol parecía...
 ¡Al dar el sí, según cuentan,
 se vieron en sus mejillas
 temblar dos lágrimas puras,
 como dos perlas divinas!



LAS TRES NARANJITAS

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Pues una vez un príncipe se disfrazó de pobre
para correr el mundo buscando una doncella
que, por sus propios méritos, sin interés ninguno,
su corazón le diera.

El príncipe la busca que tronos y coronas
y adoración merezca...
el príncipe la busca
mejor que rica, hermosa... mejor que hermosa, buena...

Anda que te anda por el mundo,

buscando su amor,
de fatiga y de sed muerto el príncipe,
a un castillo encantado llegó.

Con la sed que lo abrasa va y coge;
el príncipe ansioso,
de un naranjo verde,
tres naranjas de oro...

Parte la primera,
y cuajada de piedras preciosas
sale una princesa...

El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre,
se vá sin responderle.

Parte la segunda:
sale otra princesa
que, de tan hermosa, como un sol deslumbra.

El príncipe le dice

que de sed y fatiga se muere;
 pero ella, al verlo pobre,
 se vá sin responderle.

Parte la tercera:
 la princesa que ahora aparece
 se vé que es un ángel de humilde y de buena...

El príncipe le dice
 que de sed y fatiga se muere,
 y ella vá, corriendo, y en sus manos blancas
 agua cristalina le trae de una fuente...

Esa es la que el príncipe
 para esposa quiere...
 la que vá corriendo y en sus manos blancas
 agua cristalina le trae de la fuente.

AIRES MURCIANOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MURRIA

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasal
Ya sabe la pobre
que naica en el mundo me salva,
que me encuentro malico del pecho,
que día por día las fuerzas me faltan,
que lo mesmo que lus sin aceite,
póquico á póquico, mi vida se apaga...
Yo me pienso que el mal que me acora,
más bien que en el pecho lo llevo en el alma...
Por volver á mi tierra, tan sólo

son toás mis ansias,
¡y, de hallarme tan lejos, la murria
me corca y me mata!

.....
¡Llévate esa copa,

no me des más agual...
 Pa apagar la sequía que tengo,
 me tenías que dar una jarra
 de aquellas tan limpias
 que están corgáicas debajo e las parras...
 de aquellas tan frescas
 que, gotica á gotica, tresmanan!...

¡Llévate esas flores,
 que es muy fuerte su olor y me dañal...
 Pa olorcico suave, aquellos rosales,
 aquellos claveles, aquellas alábegas...

¡Quítame esta ropa,
 que el cuerpo me abrasal...
 ¡Pa ropica aquella tan asolaica...
 aquella tan blanca

que alzaica me tiene mi madre
 en lo hondo del arca!...

¡Me muerol! ¡No tengo
 ni gelepa siquiá de esperanza!
 No es, con tóico y con ello, la pena

que más me acobarda,
 que al fin y al remate,
 quien muere descansa...

Mi dolor es morirme tan lejos...
 Yo quisiá morirme bebiendo aquella agua...
 ¡pué que el olorcico de los azadares
 me resucitaral

Diles que me lleven... ¡diles que me lleven,
 aunque llegue ya muerto á mi casa!...
 que aquella ropica,
 que en lo hondo del arca
 alzaica me tiene mi madre,
 me la pongan siquiá de mortaja...
 ¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
 ¡mi tierra del alma!



¡SIEMPRE TE CONOCERÍA!

Nena que por cara tienes
 una rosa alejandrina;
 nena de los ojos negros
 y de la boca encendia;
 nena la del seno altico
 y pelo como la endrina;
 murcianica por el habla,
 por el querer murcianica...
 yo, ande te viera en el mundo,
 siempre te conocería.

Zagala del Verdolay,
 huertana de Albatalla,
 de tu natural graciosa
 y sin maldá ni malicia:
 te lleven ande te lleven,

te llamarás Carmencica,
 te llamarás Rosarico,
 te llamarás Doloricas...
 Yo, cuando oyera llamarte,
 siempre te conocería.

Te vayas ande te vayas,
 te llevarás tus ropicas
 de huertana; tu refajo,
 tu armaor, tu mantellina...
 y aunque te llegues á ver
 ande otras hablas se estilan,
 yo sé que dirás «nenico»;
 yo sé que dirás «bonica»...
 y yo, si te oyera hablar,
 siempre te conocería.

Te encuentres ande te encuentres,
 serás siempre la mesmica:
 suspirarás por la tierra,
 que es lo que menos se olvida...
 tus recuerdos, tus cariños

y tu ilusión de algún día,
con estilo y sentimiento
pondrás en una coplica...
Yo, si te oyera cantar,
siempre te conocería.

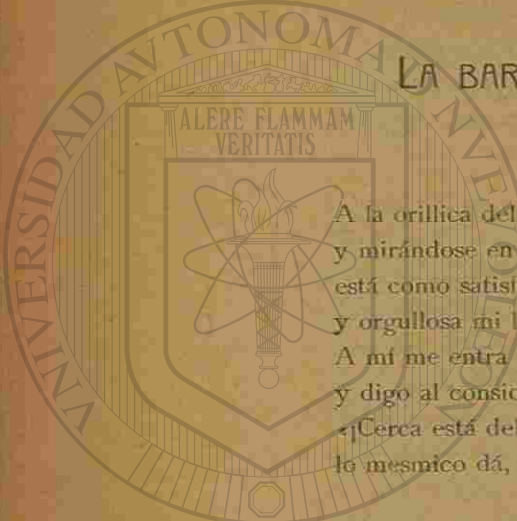
También pondrás en un hombre
tu querer, con alma y vida,
y por un querer, sé yo
capás de lo que serías:
¡ay si tus celos despiertan!
¡ay si tu querer te quitan!...
huertana mora celosa,
¡ay cómo te trocarías!...
Yo, por tu querer, zagala,
siempre te conocería.

Y te vayas ande vayas,
yo sé que a la Fuensantica
tendrás en un fanalico
con una lus encendia
y el fanalico adorna

con alábegas benditas...
y sé que le rezarás
hincada de rodillas...
Yo, si te viera rezando,
siempre te conocería.

Nena la del seno allico
y pelo como la endrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendia;
tú la que por cara tienes
una rosa alejandrina,
serás, cuantí más lejicos
te vayas, más murcianica...
y yo, en el mundo, ande fuera,
¡siempre te conocería!

LA BARRACA



A la orillita del río
y mirándose en el agua,
está como satisfecha
y orgullosa mi barraca...
A mí me entra pena, á veces,
y digo al considerarla:
«¡Cerca está del que la vida
le mesmico dá, que mata!»

Entre álamos y cañares
y limoneros y parras;
con las paeres de atobas,
abrigás con arcazabas,
y con el techo de sisca
y con las puertas de caña,
agachá bajo una higuera

grande que toa la tapa
y acurruca, ipropiamente
páece un nío mi barracal

La he revocão de yeso
y está que la vista encanta:
tó lo que tiene de humilde
tiene de limpia y de blanca,
y mi mujer ha hecho de ella
una tacica de plata.
El cantarero reluce,
la cantarica tresmana
fresca y como un sol de limpia,
que abre de beber las ganas...
la espetera y la platera,
de emperegilás se saltan...
las sillas y la mesica,
sin polvo y sin una mancha...
debajico del jarrero
sus macetas con alábegas...
¡y, como un altar de fiesta,
en un laico, la cama

con sus encajes de nieve
y su cobertor de grana!...

Yo no envidio los palacios
que en las ciudades levantan,
que en ellos, con ser tan grandes,
el corazón se me aplana
y, en cambio, en mi barraquica,
que es tan pequeña, se ensancha...

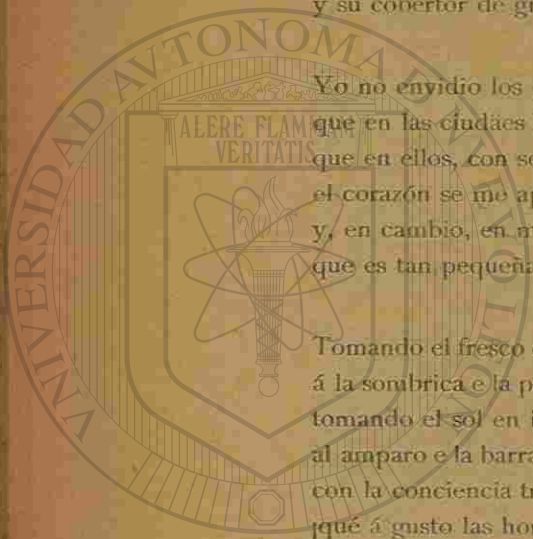
Tomando el fresco en verano
á la sonabrica e la parra;
tomando el sol en invierno
al amparo e la barraca,
con la conciencia tranquila
¡qué á gusto las horas pasan!...

Tan hermosa está la huerta
que parece una moza maja,
y tan hermoso está el cielo
que deja la huerta á zaga...

A descansar del trabajo,

con el que mi pan se gana,
que el pan que se come el pobre
siempre con sudor se amasa,
me siento junto á la puerta,
y, cogiendo mi guitarra,
pienso que, pa mi, en el mundo
tó se encierra en mi barraca,
y de mi pecho, esta copla
como un suspiro se arranca:

Cerca está del que la vida
lo mesmico dá, que mata...
¡Ay de mí, si crece el río
y se lleva mi barraca!

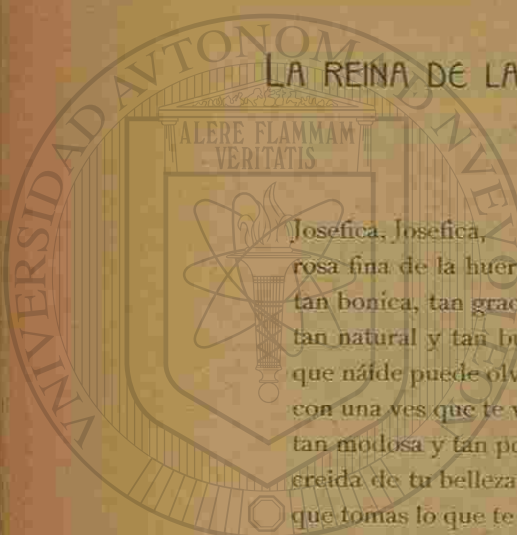


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA REINA DE LA HUERTA



Josefita, Josefita,
 rosa fina de la huerta,
 tan bonita, taa graciosa,
 tan natural y tan buena,
 que náide puede olvidarte,
 con una ves que te vea;
 tan modosa y tan poquico
 creída de tu belleza,
 que tomas lo que te dicen
 á chanza, si te requiebran;
 que si te cantan, que cantan
 por otras mozas te piensas
 y la cara, si te miran,
 te se enciende de vergüenza... *
 Josefita, Josefita,
 que privas sin que lo sepas

y eres, sin imaginario,
 soberana de la huerta;
 que pa besarte se doblan
 á tu paso las palmeras;
 que las aguas, pa mirarte,
 se detienen en la cieca;
 que un palacio, tu barraca,
 páece cuando estás en ella,
 y puede una miraica
 tuya encender una guerra...
 Josefita: caballeros
 prencipales de Valencia
 (que, al igual de aquellos otros
 andantes de las leyendas,
 en libros y damas tienen
 gala en poner sus empresas)
 al amor y á la hermosura
 le van á hacer una fiesta,
 y en ella gran homenaje
 readirán á cuantas reinas
 proclamaron y cantaron
 en sus versos los poetas.
 Y yo digo, Josefita,

que si á ti te conocieran
 estos nobles caballeros
 de la ciudad de Valencia,
 á ti, que te habrán cantao
 por las noches á tu puerta
 tantas coplas como pueden
 escribir tós lo poetas;
 á ti, que alreorcico tuyo
 de tóico te enseñoocas
 y por tu gracia te adoran
 y por tus hechizos reinas;
 digo que estos caballeros,
 de conocerte, vinieran
 y en triunfo, seguramente,
 te llevaran á la fiesta
 del amor y la hermosura,
 pa que brillaras en ella
 hermosa entre las hermosas!
 como reina de la huerta!!

EN LA CIECA

Con un zagalejo e grana
 y con una armilla negra
 y apargaticos en onde
 sus piececicos enseña
 más limpios que las ehínicas
 que el río en la orilla deja,
 Doloricas vá por agua
 al remanso de la cieca...
 Las manos en la cintura
 y el cántaro á la cabeza,
 más encarná que una rosa
 la he tropezao por la senda,
 y me páece vá por algo
 más que por agua á la cieca...

Un mozo recio de cuerpo

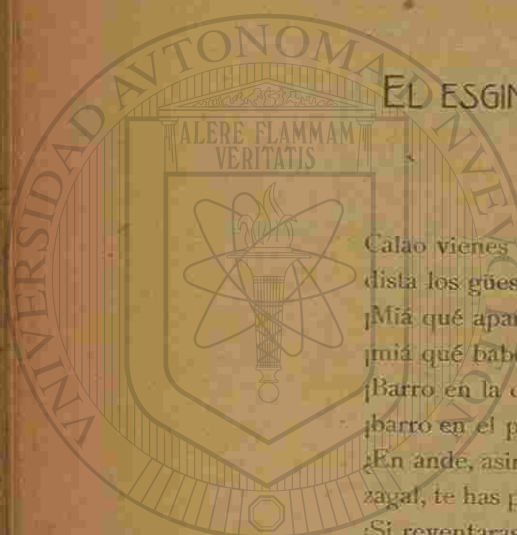
y con la cara morena,
 vestido con zaragüelles,
 chaleco e rosé y montera,
 de la cieca en el quijero
 sentao sobre la yerba,
 tira chinicas al agua
 disimulando que acecha
 cómo viene Doloricas
 y que ande él está se acerca:
 — ¡Lo que has tardao, Doloricas!
 — Es que es muy larga la senda.
 — No sabes lo que padesco.
 — Al que sufre, Dios lo premia.
 — Si mi premio has de ser tú,
 son pocas tóas las penas.
 — Ese es el cuento de tós,
 pero adentro otra se quea.
 — Adentro!... Adentro, bien sabes
 que náide más que tú reina...
 — ¡Qué palabricas que tienes!
 ¡Qué bien trabajas la tierra!...»

Llenó el cantarico de agua
 y de ensueños la cabeza,
 Doloricas va cantando
 esta cópla por la senda:

Flores de mi naranjico
 tus palabricas no salgan...
 ¡de un naranjico que tengo
 en el que la flor no cuaja!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ESGINCE



Calao vienes
 dista los güesos!
 ¡Mía qué apargates!
 ¡mía qué babero!
 ¡Barro en la caral
 ¡barro en el pelol...
 ¿En ande, asina,
 zagal, te has puesto?
 ¡Si reventaras!...
 ¡si diás un truenol!...

¡Tú dás conmigo
 fin, sin remedio!
 ¿Vine yo al mundo,
 Señor, pa' esto?

Si de esta hecha no pierdo el juicio,

nunca lo pierdo.

¿No es pa' matarte?

¿no es pa' que hiciera yo un desacierto?

¡A ver si callas,

demonio vivo de los infiernos!

¿Tavía lloras?... ¿Qué no rechistes!

¡que no te sienta, mía que te estrello!

¡Ven que te esuelle! ¿Que no te lave?...

¡si he de arrancarte dista el pellejo!

¿Pero, Dios mío, qué esgince es éste?

¡y echando sangre, Dios de los cielos!

¡Hijo de mialma! ¿Te duele mucho?...

¡no ha de dolertel... ¡no pue por menos!

¡Deja la ropa que se haga yescal

¡Ay, nene, nene... si no es más que esto!...

¡Jesús qué esgince!... ¡lástima de hijol!

¿Ves, hijo mto, lo que te has hecho?

¿Ves? ¡de tan malol! ¡Ven que te cure,

demonio vivo de los infiernos!



CÁ COSA EN SU TIEMPO

¡Quien te vé y te vido,
 hija de mi alma!...
 Eras pequeña
 como esa zagala
 que esmuñe la teta
 y á tu madre, chupando, se traga...
 La teta era entonces pa tí lo más dulce...
 ¡lo mesmo esmuñías! lo mesmo mamabas!

Cá cosa en su tiempo.

Ahora no piensas más que en ir por agua,
 porque en el camino,
 Pepe el de la Algáida
 te tira chinicas
 y abónico t'habla...

Cá cosa en su tiempo:
 las cosicas esas, pa tí son, zagala,
 la teta más dulce... Ahora no piensas
 más que en ir por agua
 ¡y esmuñes la fuente,
 nena de mi alma!

TREMPANICO

¡Vaya una helá! La escarcha cuajaica
 pácece harina en la tierra,
 y de cristal y plata
 los tallos tiernecicos de la yerba...
 ¡Qué mañanica! El eloreico que hace
 dista los güesos se entra...
 sin fuerza el solecico
 á dar en los picachos encomienza...
 el airecico corta...
 ¡las palabras se yelan!...

Vaya una helál Pa Roque y pa Antoñica,
 ni pácece que es trempano ni que yela;
 charla que charla están allá en el soto
 paraos en la senda:
 él que, de buena madrugá, ya vuelve
 con una carga e leña;

ella, que vá pal río
 con un lebrillo e ropa á la cabeza.
 ¡Pero qué embebecios y qué á gustol...
 él, de su carga ni siquiá se acuerda;
 á ella el lebrillo, menos entavía
 que una pluma le pesa...
 Ca ves están más juntos
 y ca ves más se ciegan:
 unas cosas le está diciendo Roquel...
 ¡qué miraicas Antoñica le echal

El lebrillico e roba
 y la carguica e leña,
 junticos y sin náide que los guarde
 están á la orillica de la senda...

Y el sol está ya altico...
 y el yelo en los brazales se blanda...
 y se errite la escarcha...
 y se esponja la tierral...

DE CASTA

—¿Ande estará esta zagala?
 Señor, me tiene deshecha!
 Ni que me esjarre gritando,
 ni que me asome á la puerta...
 ¿Nene, no has visto á tu hermana?
 —No, señora.

—¡Pues arreal
 Sin pararte, ahora mesmo,
 la buscas: ¡á ver si vuelas!
 ¡á ver si, con mil demonios,
 en algún sitio la encuentras!...

—¿Ande estará esa lebranca
 grandísima corretera?
 Anda corriendo, zagal;
 anda ya y no te entretengas...

—Échate por el barranco,
 dá una vos en las paleras,

veste, en una correntilla,
 por el quijero e la cieca;
 sube al molino, pasando
 por la almazara y las eras,
 y embócate ista el lugar,
 si no la ves por la güerta...

—Anda ligerico, nene;
 anda, á ver si dás con ella;
 si la ves, ya estás aquí...
 ¡ya estás, á escape, de vuelta!

—Si no la ves, no te canses
 de buscarla y no te vengas.

—¿Pero qué pasa, mujer?

—¡Qué ha e pasar! que está muy suelta
 la zagala y no me gusta
 que ande asina.

—¿Quién? la nena?

—La nena, sí, nuestra hija
 que verás, Dios no lo quiera,
 si nos dá un chasco, por ser
 tú un padrazo.

—No lo creas,
 ¡pero si es una mocosal!

¡si á catorce años no llega!

— Sin tenerlos me casé
yo contigo.

— ¡Buena fuera!...

II.

— ¿Catalina? no buscabas
á tu Isabel?... Pos pacencia:
con Nofrico va pal campo
camino de Verdolena,
tan arregusto los dos
montaicos en la yegua.

— ¡Madre mía del Consuelo!
¿Sientes, Paco?

— ¿Quién? la nena?

— ¡La nena!... sí! ¡la nena!...

— ¡Ves, por darle tanta cuerda?!

— Déjalos, mujer!... Es mundo

y ellos irán á la iglesia...

Al fin y al remate, fuimos

nosotros también á ella,

¡y bien sabes que pasó

tó de la misma manera!

LA ENRAMÁ

I.

¡No tié enjamás perdón Mariá Dolores
y alguna ves le pedirá Dios cuenta!

Al pobre de Juanico,
de aquí pa allá lo lleva,
abora con especios,
y aluego con risicas embusteras,
y está el zagal por su querer, que páece
falto de la cabeza...

¡Lástima que lo mismo que de hermosa
Mariá Dolores de variable seal

¡Lástima que Juanico, que es tan bueno,
tanto y tanto la quieral... [®]

Y no hay que esperanzarse

en que el zagal su desengaño vea:
 ca ves está más loco,
 ca esprecio que recibe, más le ciega...
 ¡cuánti menos está por él la moza,
 el mozo más y más está por ella!
 Mía lo que al pobre anoche le cantaron
 que amargarle debió más que la tuera,
 cuando la calle de ella, como siempre,
 rondaba esalentao dando vueltas,
 sin que María Dolores
 se asomara á mirarlo tan siquiera:

Bosca ande te hagan laico
 y ande te traten mejor,
 que esa es una lumbrecica
 que á ti no te dá calor.

Y no es esto, entavía
 lo peor de la fiesta:
 lo peor es que un mozo
 que viene tos los días de La Alberca,
 muy fantesioso y majo,
 montando pinturero en una yegua,
 se alaba de que está por él solico
 María Dolores muerta.

Y aunque claro se vé que alabancioso,
 por presumir y por lucirse aumenta,
 no se deja de ver, al mismo tiempo,
 que está María Dolores dando vueltas,
 y que está más vencia
 pal laico del mozo de La Alberca.
 Esto que pa tó el mundo
 ya es una cosa vieja,
 también lo vé Juanico y no quíe verlo,
 porque de verlo tiembla...

Y se han puesto las cosas en tal punto,
 que temo que algo malo sobrevenga,
 estando, como está, Sábado Santo
 con sus músicas, cerca...
 con toas sus porfias
 y toas sus peleas.
 Lleno de rumbo ha dieho
 el mozo de La Alberca,
 que música ha e tener María Dolores
 la santa noche entera
 y que se ha de lucir y ha de ponerle
 una enramá en la reja

con tóicos los claveles y las rosas
 y tós los azadares de la huerta...
 Lo que ha de hacer Juanico
 ninguno se lo piensa;
 él sabe las palabras
 del mozó de La Alberca
 y tié la cara fosca
 y calla y se encangrena...
 Se sabe solamente
 que ayer en La Arboleja
 y en un baile al que fué Mariá Dolores,
 soltó Juanico esta coplica llena
 de celos y coraje
 y de amenaza clara y manifiesta:

Si es que Dios no lo ha dispuesto,
 lo ha dispuesto mi querer:
 ó has de ser pa mi solico
 ó pa náide tiés que ser.

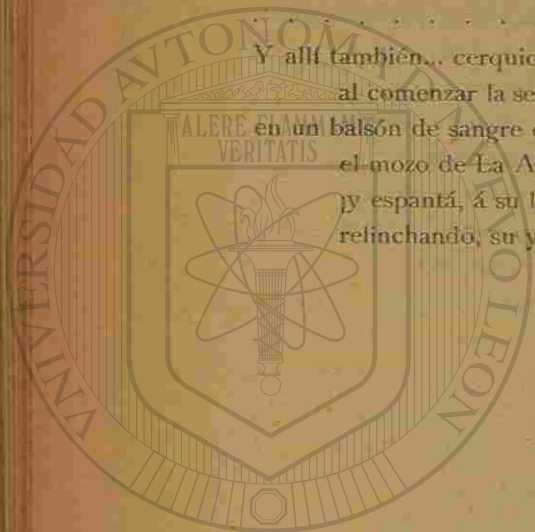
II

¡Qué esgracia, madre mía!
 ¡Dios de su mano al infelís lo tengal
 ¡Juanico, sí, Juanico,

tan loco de remate que dá penal
 Tronchó tos los naranjos de su huerto,
 y con ramas enteras
 de azadar cuajaicas,
 puso lo mismo que un altar la reja,
 llevando los jasmínes á brazáos,
 y por haces los nardos y azucenas...
 Y en ese mismo altar ande él tenía
 su virgencia puesta,
 en esa ventanica ande él alzaba
 la fé del alma entera,
 le ha hecho Mariá Dolores un desprecio,
 dejándolo lo mismo que una peña,
 y, ciego por la rabia
 y en la mismica reja,
 la ha degollao, dejándola
 entre las flores, muerta!...
 ¡Y allí la tiés!... Su cara,
 más blanca que la cera,
 rodeá de azadares
 y jasmínes y nardos y azucenas,
 páece una rosa blanca

que arrancó del rosal la ventoleral

Y allí también, cerquica, muy cerquica,
al comenzar la senda,
ALERE en un balsón de sangre está tendido
VERITATIS el mozo de La Alberca,
y espantá, á su laico,
refinchando, su yegual...



LA RISERA

I.

Al remate ha encontrao, pa novio,
un hombre á su gusto, Juana *la Morena*...

Buen mozo es Frasquito,
pero tiene muy mala cabeza...

Frasquito se pasa
las noches en vela
de róndeo, belenes y bailes
y de francachelas...

pero es pinturero, va siempre mudao,
se echa á tós los días la ropá de fiesta,
toca la guitarra,

canta coplas que él mismo se inventa,
rumba y gasta lo suyo y lo ajeno,
tié la mano rota y tira su hacienda...



Esto á las mujeres las saca de tino...

Luego, sus maneras
y las palabricas que tiene pa hablarles...
L'oyen y se erriten... ¡y se ponen ciegas!

Es tó lo contrario que Frasquito *el Cuco*,
Juana la Morena:
tié pocas palabras,
tié la cara seria...
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerzal...

Yo sé que el noviaje
viene de una apuesta,
que la gana Frásquito, si logra
que Juana consienta

que él salte á deshora las tapias del huerto
pa verse con ella.

La cosa no es fácil, porque á los mastines
en el huerto de noche los sueltan;
la cosa no es fácil, si fuá lo que páece

Juana la Morena...

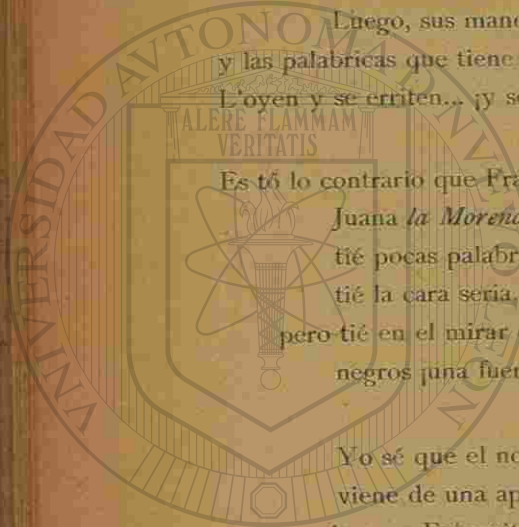
¡pero, á las caricias, callan los mastines
y la moza más brava se entregal...

II.

¡Que cómo fué aquello! pos siendo. En querer
pué ser tó, por grande y extraño que sea.
Fuera que la moza tuviá sus recelos,
ó fuera castigo que Dios dispusiera,
lo cierto es que asina pasaron las cosas,
según lo que cuentan:

De acudir á la cita del huerto
al *Cuco*, palabra le dió *la Morena*,
y, al pié de las tapias, y á la media noche,
ya estaba Frasquito con los de la apuesta,
aguantando el resuello... ¡callaos
tóicos como peñas!

Se sintieron gruñir los mastines
y una vos, muy cerca,
de mujer, que abonico decía:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



—«¡Cállate, *Canelo!*... Cállate, *Pantera!*...»

De un salto, Frasquito se mete en el huerto...

La vos, abonico,

—«¡Cállate, *Canelo!*... ¡Cállate, *Pantera!*...»

La luna, lo mesmo que si fuá de día...

la noche, serena...

De pronto, de un beso,
dista los que escuchan, el son claro llega,

y, al sentirlo, no puén contenerse,
y rompen tos ellos en una riseral...

Abonico otra ves, en el inten,
sintiéndose clara de coraje llena,
la vos, á los perros ahora los zumbé
volviendo á decirles: —«¡*Canelo!* ¡*Pantera!*»

Y, á la par que se sienten las risas,
se sienten los perros lo mesmo que fieras...
se sienten lo mesmo que cuando en el lobo
rabiosos se ceban...

Aquel alarío de los dos mastines,
aquel alarío que la sangre yela,
respondiendo á las risas de enantes,
¡páece otra riseral!

Luego, tó tranquilo...
el silencio, llenando la huerta...
la luna, lo mesmo que si fuá de día...
la noche, serena...
relamiéndose, llenos de sangre,
Canelo y Pantera!...
y fija en Frasquito,
que en el suelo hecho piazos se encuentra,
con la cara fosca, sin estremecerse,
—*Juana la Morena!*...
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerzal!

¡UNO SOBRA!

¡Mocico entavía!... ¡una criatura!...
era un zagal de esos que nunca resuellan
ni se meten con náide en el mundo,
Paco el de la Venta.

Al revés de Paco, Pascual *El Chubito*
era... ¡vamos! como Dios quiso que fuera:
un hombre ya hecho... buen mozo y valiente...
pero muy fantástico... ¡muy mala herramental!

Pues tuvieron un día palabras,
y dista hay quien cuenta
que Pascual á Paco le pegó, y le dijo:
«De hoy más, pues guardarte de que yo te vea,
porque ande te pille,

te pego en la geta.»

Y á Paco ya náide lo vido, pal caso:
de su casa, derecho á la huerta...
de la huerta, derecho á su casa...
sin icir palabra... baja la cabeza...
sin alzar los ojos...
¡como el que en la cara llevara una afrental!

«Pascual lo ha cardao; —decían algunos—
ese ya no alea.»

Y Pascual, si se hallaba presente,
riéndose, icía con mucha fachenda:
«Dejarlo; se esconde debajo e la cama
y, como los perros faldericos, tiembla.»

Y Paco callaba, por más de saberlo;
tenía su madre: una pobre vieja,
que se mantenía de lo que él ganaba,
y... ¿qué más razones pa ser una peña?

Una vececica na más, dijo Paco.

muerto de vergüenza:

«Pascual es la causa
de que yo me pierda;

¡o él sobra en el mundo ó yo!... sin remedio,
de los dos, hay uno que de más se encuentra.»

II.

Pero tóico pasa, y á su madre un día
la llamó la tierra...
lloró mucho el pobre... después tan sereno...
¡quién pensar pudiera!...
¡Como esos remansos del río, que asustan,
se quedó sereno Paco el de la Vental

Páece ser que entonces
hizo la encomienda

de la faca larga de cuatro canales,
y, empues de tenerla,
aunque siendo día de trabajo, el hombre
se puso igualico que en día de fiesta,
de majo y compuesto:

¡muy bien afeitao!... ¡su ropica nueva!...

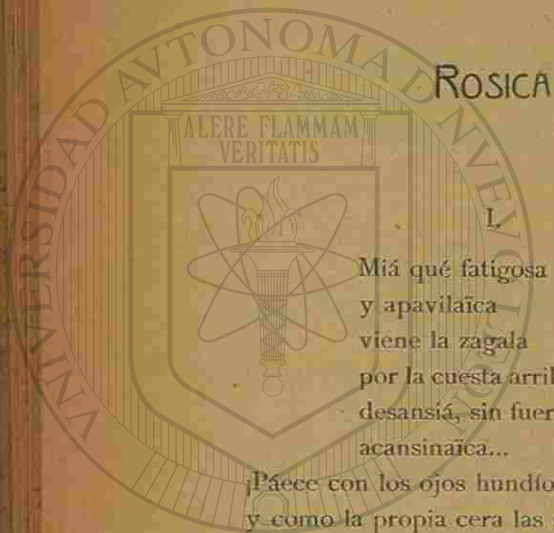
Y buscó al *Chubito* sin parar, y dando
con él encomedio de la carretera,

le dijo: «A matarte
vengó, pa que veas
que, si tóico pasa,
también tóico llega.»

Y, en menos que s'ice,

se encontró *El Chubito* muerto en la cuneta,
y Paco en la cárcel,
con tó el pensamiento puesto en una idea:
«Sobrábamos uno;
no tenía vuelta.»

Lo vide entre cuatro paères oscuras,
resaltando en ellas
su cara tranquila...
¡su ropica nueva!



Miá qué fatigosa
y apavilaica
viene la zagala
por la cuesta arriba...
desansiá, sin fuerzas,
acansinaica...

¡Paece con los ojos hundíos y tristes
y como la propia cera las megillas,
una rosa blanca
su cara bonical...

Al andar, la pobre
con ná se atosiga
y en cá aliento páece
que va á echar la vida...

La gente asegura
que está opilaica...
perenne en su cara se extiende un pañico
de melancolía...
¡quién ha de pensarse
del mal que se muere la pobre Rosical

II.

Bartolico el *Trovaor*,
que es de los mozos cabales,
porque á bueno y recogio
hay poquicos que le ganen
y porque cantando coplas
tampoco hay quien le aventaje,
anda que bebe los vientos
y está loco de remate
por la nena de *Los Rojos*,
amos de la *Casa grande*.
Pero como á la zagala
no le consienten sus padres.

por ser Bartolico pobre,
 con el zagal tal noviaje,
 haciendo así que la moza
 más por el mozo se afane,
 los muchachos á escondías
 llevan su querer alante
 y, á salto de mata siempre,
 andan pa verse y hablarse.

Rosica tié su barraca
 enfrente e la *Casa grande*
 y conoce á Bartolico
 desde que iban de zagales,
 á las moreras por hoja
 y por yerba á los cañares...
 ¡de tóa la vidal... ¡de ir
 junticos por tóicas partes!...
 Luego ya, al hacerse mozos,
 si no sueltos como enantes,
 han seguído tan amigos
 y en su trato tan iguales,

que no hay tan siquiera un día
 sin que Bartolico pase
 ca Rosica un buen ratico,
 cosa que no extraña á náide.
 Tienes así que el zagal,
 con la escusica de estarse
 sus raticos ca Rosica,
 rondea la *Casa grande*
 y echa sus buenos vistazos
 y habla cuando pué lograrse
 con la zagala de enfrente,
 que está al acecho á cá istante.
 Y como Rosica se halla
 sola, porque no tié madre,
 y su padre y su hermanico
 siempre están en los bancales,
 tiés que ná tan reservao
 Bartolico pué buscarse
 pa gozar de su querer
 sin que lo eche de ver náide,
 como aquella barraquica
 que, escondta entre rosales,
 á un río de ruiseniores

muy bien pudiá compararse.

III.

— ¡Válgame, ya no tengo
que agradecer que vengas á mi casal—
De esta manera comenzó Rosica,
temblándole la voz á cá palabra...
clavando en Bartolico aquellos ojos,
que más tavía que la boca hablaban...
aquella boca que, con ser tan dulce,
tenía una risica más amarga...

— ¡Va sé que estás por ella!...
No me lo niegues, que se vé en tu cara,
como se vé en la fuente el chinarrico,
á través del cristal limpio del agua...

¿Pa qué vas á negarlo?
¿Es que es alguna falta?

¿Es que se echa el querer por la sendica
que á uno le dá la gana?
¡Y estás loco por ella!...

¿Verdá que te ha robao entera el alma?
¿Verdá que estás sin juicio?
¿Verdá que ya no escansas
y la noche y el día,
pensando en ella pasas?—
Y tóas estas cosas,

de la boquica aquella se escapaban,
juntas y á borbotones,
como el chorro del agua
que, al destapar la hilerá,
suelta la azarbe, cuando viene rafa.

Y aquello que Rosica á Bartolico,
cual propia interésá le preguntaba,
aquello que afanosa
l'icia llena d'ansia,
no era ni más ni menos
que el sentir que la ahogaba...
un querer de esos grandes,
que son más grandes cuanti más se callan...
querer por el mocico,
querer en el que ardía la zagala,
querer que, hablando, hablando,

¡a piazos de su pecho se arrancabal...

Y Bartolico á tó le respondía
siempre que si con la cabeza baja,
y ella se estremecía de sentirlo
y, sin chispa de rabia,
clavando más y más en él sus ojos,
resisnaica y triste lo mirabal...

Estuvo Bartolico un par de días
sin ir por la barraca,
porque allá en sus adentros,
tó se lo recelaba
y sentía reparo

de poner á Rosica de pantalla.
Pero ella, en la apariencia muy alegre,
lo llamó una mañana
y, dista en son de broma,
le dijo estas palabras:

—¿Ande vas tan ligero?
¿Qué tiés que ya no pasas?
Los amigos leales,
nunca por nunca faltan.—

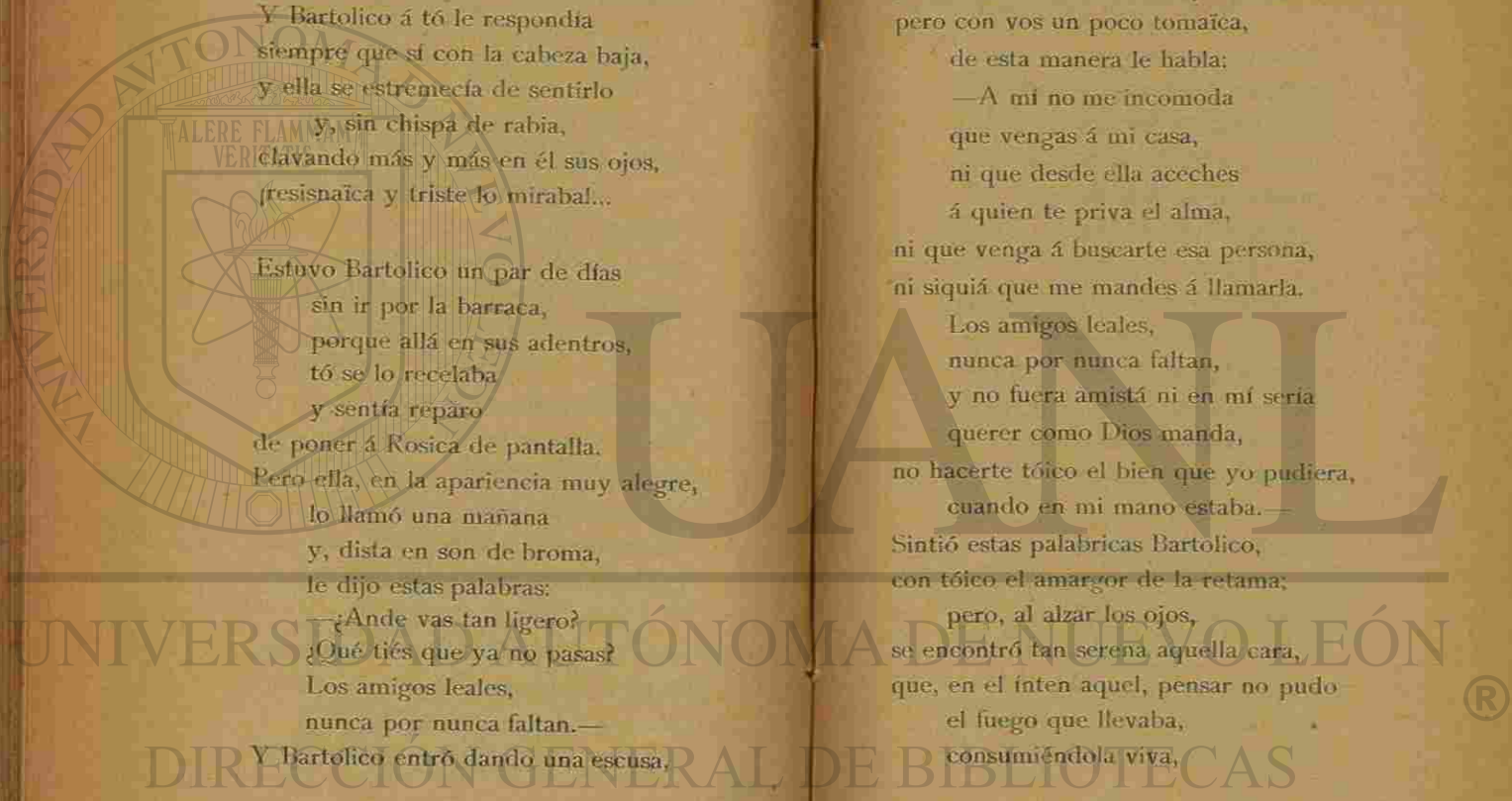
Y Bartolico entró dando una escusa,

y ella, manifestándose muy franca,
pero con vos un poco tomaica,
de esta manera le habla:
—A mi no me incomoda
que vengas á mi casa,
ni que desde ella acceches
á quien te priva el alma,
ni que venga á buscarte esa persona,
ni siquiá que me mandes á llamarla.

Los amigos leales,
nunca por nunca faltan,
y no fuera amistá ni en mí sería
querer como Dios manda,
no hacerte tóico el bien que yo pudiera,
cuando en mi mano estaba.—

Sintió estas palabricas Bartolico,
con tóico el amargor de la retama;

peró, al alzar los ojos,
se encontró tan serena aquella cara,
que, en el ínten aquel, pensar no pudo
el fuego que llevaba,
consumiéndola viva,



Rosica en las entrañas...

IV.

Y con tanta fé se toma
 Rosica su penitencia
 y, por bien de Bartolico,
 tanto y tanto se atormenta,
 que, siendo tó lo contrario,
 páece que la novia es ella,
 y al ver cómo se las busca,
 páece que goza en las penas.
 Ella vá á la *Casa grande*
 y ella los recaos lleva;
 ella avisa á Bartolico,
 si es ocasión de que venga,
 y en su barraca á los novios
 á sus anchas se los deja,
 saliéndose ella al portal
 y acchando, entanimientras,
 pa que platiquen á gusto,
 sin que náide los sorprenda.
 ¡Qué raticos, pa Rosica,
 estos que pasa en su puerta!...
 Pue' iirse, con tó y con ello,

que ni esazón manifiesta:
 con sus ojos entornaos
 y con su cara de cera,
 sin removerse pa ná,
 páece que es tóica de peña,
 y se vé, sin gran trabajo,
 que está más dentro, que fuera.
 Dentro, ande está Bartolico,
 viendo, por más que no vea;
 dentro con el pensamiento,
 dentro con el alma entera,
 y gozando, porque él goza,
 aunque es su gozo su pena.
 Y hay que sentir sus palabras
 y hay que ver tó lo que encierran,
 cuando solo á Bartolico
 ó á la novia sola encuentra.
 A ella, lo mesmico siempre,
 con poquica diferencia:
 No le pagas su querer,
 ni tó lo que vale aprecias.
 ¡Cuántas por él, sin pensarlo,
 la fama y la vida dieran!

¡No es tu querer verdaero,
cuando tanto lo esesperas
y no te atreves á hacer
una que suene en la güerta!—

Y á Bartolico, otras veces:—

—Ven aquí, que vás á verla!—

Y solos en la barraca
y cerraica la puerta,
juntos y á escuras, se asoman
por las rendijas aquellas...

Y él siente pegá á la suya
aquella cara que quema,
y apoyaica en su espalda
aquella mano que tiembla...

y el aliento calentico
y la boquica tan cerca...
y aquella vos tomaica,
diciéndole con tristeza:

—¿Verdá que por ná en el mundo,
dejarías de quererla?—

V.

Tó tié su remate,
y á tóico en el mundo le llega su hora:
Segura Rosica de que Bartolico
sus cinco sentíos tenia en la ótra;
segura de verlo morir se penando,
si no se casaba con aquella moza;
y segura de ver á los viejos
de la *Casa grande* cá ves más en contra,
se conoce que echó bien su cuenta
y, no como dice la gente, que loca,
sino como santa,
hizo aquello que hizo, que asusta y asombra.

Aguardó á que estuviá Bartolico
dentro e la barraca junto con su novia
y, echando la llave, los dejó encerrãos
y se fué por la senda más sola
y se echó de cabeza á la azarbe
¡y muerta la hallaron atrancá en la ñoral

¿Sientes las campanas?

¿sientes cómo doblan?

Pues, aunque es á muerto, por una promesa
se celebra á ese son una boda:
la de Bartolico
con aquella novia...

Pa siempre, las cruces acaban de echarles,
y oyendo la misa se hallan á estas horas
por el alma e la pobre Rosica,
que Dios tenga en glorial

LA CARTA DEL SOLDADO

No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aún no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á tí!

Me dicen algunos que pa qué te escribo...

¡Ay qué bien que se habla!...

¡Yo te escribiría, aunque me digieran
que á tus manos no llegan mis cartas!...

Te escribo y asina, nenica, me pienso
que te hablo lo mesmo que enantes te hablaba,
sentaicos los dos en el poyo... ¡cuánto tiempo que hace!...
Tu madre cosa... los nenes juában!...

Hay quien asegura
que con otro mozo del pueblo te casas...

Mi madre me escribe ¡pero no me mienta
de esto una palabral...

¡Por qué no me escribes tú también, nenica?...

Yo nunca me creo náica de esto que hablan:

pienso que muy fácil
se pierden las cartas;
pienso, sin sosiego,
que pué que estés mala...

Por eso te escribo: pa hacerme la cuenta
de que siempre te hablo... de que no me engañas...

¡Pa hacerme la cuenta de que no hay otro hombre
que en el poyo te hablal...

Yo quiero que veas
que nunca por nunca mi querer te falta...

yo quiero que veas que de tó me acuerdo...

¡que estoy con el alma
siempre en la sendica
que vá pa tu casa!...

Por eso te escribo...

¡por eso te escribo larguica la carta!...

Pa negar y negar que me olvidas,
pa negar y negar que me engañas,
pa que veas que soy siempre el mismo...
¡aquél que en el poyo te hablaba y te hablaba!...

¡Cuánto tiempo que hacel...

¡Tu madre costal... ¡los nenes juában!...

¡Qué triste me he puestol...

Mira qué coplica de cantar acaban:

Quando vuelva, si es que vuelvo,
¡Dios sabe lo que hallaré!..
Si una bala mata un hombre,
¡el tiempo mata un querer!

Carta de mi madre... De tí... ¡cuánto tiempo
que no tengo carta!...

Dicen que, de fijo, de mí no te acuerdas...

que con otro mozo del pueblo te casas...

¡Por qué no me escribes?!... ¡Por qué no me dice,
de tó esto, mi madre, siquía una palabral!..

¡Qué triste me he puestol...

¡qué triste me he puesto, nenica del alma!...

¡LOS NIOS SOLOS!

Están en el huerto los ruiseñorricos
 que no hay quien los sienta,
 alreor de sus nios en onde
 ni siguiá un pajarico les quëa...
 ¡Qué piar y piar más amargo!...
 ¡Dán una tristeza!...

De las cosas que esjarran el pecho,
 te digo que es una, pasar por la huerta:
 ¡ni siguiá un mocicol!...
 ¡tóicos pa la guerral!...

¡las casas solicas!... ¡los padres llorandol!...
 ¡se siente una pena!...

EL ABEJORRICO NEGRO

Dende que á la guerra, lo mesmico que una
 rés al mataero,
 se llevaron aquel hijo mio,
 pa mí no hay consuelo...
 Largos como siglos, pa mí son los días...
 las noches, eternas... ni como, ni duermo...
 de llorar, se me escurren los ojos...
 de pensar, se me erriten los sesos!

¡Más cerquica, abora ¡hijo de mi vidual
 páece que lo tengol!...
 más cerquica, abora
 que se halla tan lejos...
 Delantico de mí, á tóicas horas
 su imagen la veo...
 Sombrica perene

de mi pensamiento...
 ¡elavo que en el alma
 traspasão llevol...

¡Y es una agonía su carta no llega...
 Sin carta... ¡sin vial pal caso es lo mesmo...

Un abejorrico negro me seguía
 ayer en la casa y empués en el huerto,
 y esta mañana me salió al camino,
 como si estuviera pa verme al acecho...

Se me helaba la sangre al sentirlo,
 temblaba de verlo,

¡cuando á mí se acercaba zumbando,
 erizá me ponía de miedo!

¡Tengo una zozobra!...
 ¡vá ahogándome un peso!

¡Hijo de mi vial! ¡Hijo de mi vial!...
 ¡Virgen del Amparo, si mi hijo se ha muerto!

LA NOVIA DEL SOLDADO

I.

¡Lástima de zagalica,
 la de la casa del *Alto*,
 la zagalica cantora,
 que era el sentirla un encanto...
 la de los ojos alegres,
 que era una gloria el mirarlos!...
 De aquella alegría hermosa
 ni sombrica le ha quedao...
 ¡ahiláica por la pena,
 pasa el día suspirando!

La guerra tiene la culpa:
 la guerra que le ha robao
 aquel mozo que le echaba

®

músicas con su guitarra;
 aquél que tóas las noches
 en el poyo, y á su láo,
 p'cía cosicas dulces
 al oído, platicando...

Solo alguna ves que tiene
 carta del pobre soldao,
 se consuela la zagala
 y, por entre los naranjos,
 se oye esta coplica triste,
 en un tonico tan bajo,
 que más páece que la lora,
 que no que la está cantando:

Ojos que te vieroñ ir
 por aquellos olivares,
 ¡cuando te verán volver
 para alivio de mis males! ⁽¹⁾

¡Lástima de zagalical...

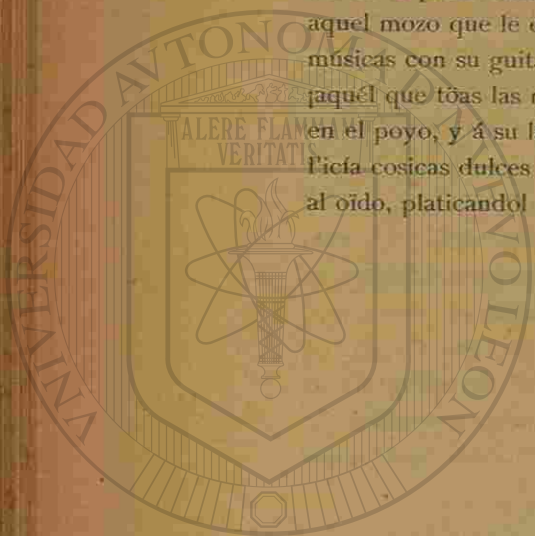
(1) Popular.

Ya no suspiran sus labios...
 ya no llora... ¡ya pa siempre
 sus ojos están cerräos!...
 ¡Qué rebonica hasta muerta!...
 ¡como un ángel se ha quedao!
 Cubierta está de azadares
 en un ataulico blanco,
 y la mortaja más blanca
 que la nieve en los picachos...
 blanca la cabecerica
 en ande la han acostao,
 ¡y blancas como azucenas,
 también la cara y las manos!...

Floreçica á medio abrir,
 que el aire tronchó del tallo...
 pajarico que á la huerta
 ya no alegrará su canto...
 ¡lástima de zagalica,
 la de la casa del Alto!

¡Sus ojos ya no verán

volver al pobre soldad...
 aquel mozo que le echaba
 músicas con su guitarro...
 ¡aquél que tōas las noches
 en el poyo, y á su lāo,
 Ficta-cosicas dulces
 al oido, platicandol



LA CABECERICA

I.

Tan bueno y tan sano
 volvió de la guerra...
 ¡¡pa qué! ¡más valía
 que nunca volviera!

Tóicos lo aguardaban ¡tóicos menos Carmen!
 y cuando temblando preguntó por ella,
 lo miraron callaos y tristes...

¡¡pa qué más respuesta!...

¡la madre de Carmen, vestía de luto

le salió á la puertal...

No había pal pobre Bernardo consuelo,
 y sus alaríos partían las peñas:

—¡Carmen de mi alma!...

Carmencical... Nenal...

¡¡quién me hubiera dicho, cuando yo volvía



gozoso y cantando, que ya estabas muertall—

De los días llenos de mayor angustia,
llorando lo mismo que una Madalena,
en el cuarto en ande murió Carmencica,
la madre á Bernardo, la historia le cuenta:

—Me pidió que, pa no entristecerte,
jamás en las cartas na te se digera
del mal sin remedio que le iba cavando
su hoyico en la tierra...

Tocaica estaba del pecho la pobre...
tosía con una tosecica seca,
sin parar... se puso

tan delgá, que tóicos sentían, al verla,
compasión: las manos se le clareaban...
el color, lo mismo que las azucenas...

sin ánimo alguno,
sin chispa de fuerza...

sin humor pa verse... ¡y en aquellos ojos,
¡hija de mi alma! siempre una tristeza...—

Y también llorando,
deshecho de pena,

Bernardo, en la cama de la pobre Carmen,

hunde la cabeza...

Y la madre sigue:

—¡Qué dolor! si vieras!

Como un pajarico se quedó... no hacía
ni viso, debajo de las ropas esas...
la cabecericica, esa en ande lloras,
¡de sudor, calañica está de ella!...

Bernardo que siente
las palabras éstas,
¡se aprieta á la cara la cabecericica
y con tóas sus ansias la besal

II.

Se llevó Bernardo la cabecericica,
y por náica del mundo la deja...
¡tóicos los afañes y las ilusiones
de su vida, encierral!

Jamás en su cama consiente que pongan
otra cabecericica,

respira con ansia su olorcico triste,
con pasión en sus brazos la aprieta,

se la come á besos,

con llanto la riega...

¡pobrecico! pácece,

cuando sin alientos se duerme sobre ella,
¡que pa no levantarla ya nunca,
su frente recuestal...

III.

Toçao del pecho se ha muerto Bernardo:
lo mesmo que Carmen, remató sus penas...
La cabecérica fué la que el hoyico
le cavó en la tierra,
y á la sepultura
también se la lleva...
dentro de la caja
descansa sobre ella
¡y en ella la frente,
como en un dulce sueño, recuestal

¡¿ LA NENA AL BRAZAL!

La boca me duele de estarle diciendo:
—No quiero que vayas, nénica, al brazal...
no quiero que vayas, porque á ver Paco
sé, nena, que vás...
¡no quiero que vayas!...
¡miá que ni chispica de gusto me dá!...
Y no es que se diga
que es malo el zagal,
no es que yo me piense
que no te querrá...

pero es ligerico de cascos y páece
que le gusta beber y juár...

¡Miá que ni chispica
de gusto me dá!...

¡no quiero que vayas,
nénica, al brazal!

Como el que una lumbre
quisiera apagar
y fuera, el reñirle, leña que se echara
pa encenderla más...

«Anda ves, nenica,» páece que entendía
y, á tóicas las horas, ¡la nena, al brazal!

Ni con palabricas ni con malos tratos
se alantaba ná:

—Miá, nena, que Paco no anda muy erecho
ni páece formal...
miá que es un enrea
que le gusta vivir y triunfar...
miá que sus pasicos
no son buenos ya...

Pues como decirle que Paco era un ángel...
palabras perdías... ¡la nena, al brazal!

—¡Por Dios, hija mial ten conocimientol
Procurando estás
que no te consienta
salir al portal,
qué te encierre en el cuarto y te amarre

y que, aunque me duela, te llegue á pegar...
¡Ni por esas!... ni chispa de casol
ni que del demonio se hallara tentá!
de día y de noche
¡la nena, al brazal!

Abora resulta que Paco quería
divertirse con ella, na más...
que ya, con la nena, ni á buenas ni á malas
se quiere casar...
Con tóico y con ello y á tóicas las horas,
¡la nena, al brazal!

LA COPLICA MUERTA

I.

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre canta José Antonio,
al pasar frente a la *Casa*
de los olmos.

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre en el mesmico tono,
canta su coplica eterna
melancólico:

¡Cuando querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
tengan un arca! (1)

Coplica que, de sentirse,
vive en aquellos contornos,
como el son de los ramajes

(1) Popular.

en el soto...

II.

Canta el zagal por Anica,
péro Anica está por otro,
y á perderse va en el aire
la coplica que echa el mozo...

Canta el zagal por Anica,
pero ni un eco remoto
tiene su copla en la *Casa*
de los olmos...

III.

Ya no hay pájaros ni hojicas
en los árboles del soto...
ya pasa sin que lo sientan,
por la cuesta, José Antonio...

Desde que el zagal ha visto
que Anica se habla con otro,
¡no se siente la coplica
de la *Casa de los olmos!*...

RESCOLDO

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay lumbrecica,
lo que dura el rescoldo
de tus cenizas!

Así canta el mozo
cuando se halla á solas...

La misma coplica
canta á tóicas horas,

de un modo que páece que el alma con ella
se le escapa también por la boca!...

Así canta el mozo
que tiene la novia
en la misma calle

en que há poco tiempo se hablaba con otra!...

El mozo, el domingo, plática á la puerta

con esta zagala con quien se habla abora,
y la que antes lo quiso, platica
ya también con otro y á las mismas horas,
en la propia calle, cerquica y de modo
que las dos parejas siempre se confrontan...

Y aunque alantaicas en los dos noviajes
están ya las cosas,
se vé, cuando lão por lão platican
unos y otros novios así de esta forma,
que sus miraicas, entavía, el mozo
se echa con aquella que era antes su novia...

¡Estas miraicas,
bien claro pregonan
aquel rescoldico que dejó la lumbre
en el pecho del mozo y la moza!

EL CAMINICO

Pa ir sin arrodos derecho ande estaba
 la moza aguardando, siempre echaba Isidro,
 á campo atraviesa,
 por el mismo sitio,
 y á fuerza de pasos,
 la vereá s' hizo...

Desde el arrecife, derecho á la casa,
 partiendo la viña, se vé el caminico...

Después que una noche, como de costumbre,
 con la moza á sus solas se vido,

del lugar, pa siempre,

se marchó por sus pasos Isidro,

dicen que harto de ella...

por otro capricho...

Tocá por la pena, la pobre Rosario

desde entonces no se halla en su juicio!...
 La hierba se extiende naciendo en la viña
 y se empeña en borrar el camino;

pero no la deja
 crecer Rosario...

Dice la zagala;

—Si te dá la idea de volver á Isidro,
 que no tenga queja,
 ¡que esté el caminico!...

EL SACRIFICIO

Vengo de misa y traigo un desconsuelo...

La ha dicho el zagalico del tío Juan:
aquél que de pequeño era tan diablo
y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura,
y, quieras que no quieras, no hubo más:
sin vocación, el pobre José Antonio
dobló la frente y se dejó llevar
como una res mansica
que al mataero vál.

Al cabo de los años
vuelve ahora al lugar,
y dá pena de verlo
tan serio y tan formal.

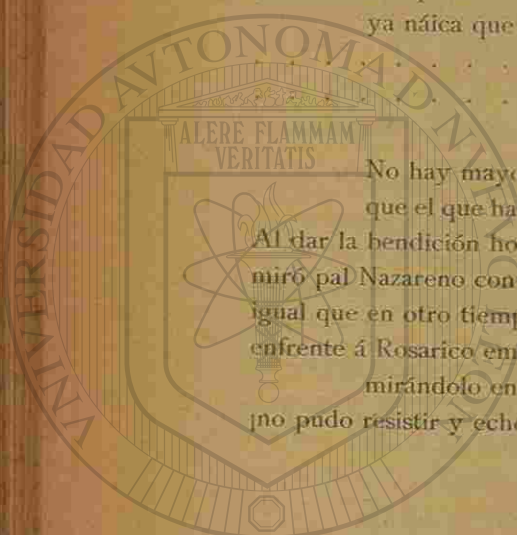
Fué novio de Rosario,
la nena del tío Blas...
aquella tan bonica
que era un angel de Dios... No se verá
noviaje como aquél... ¡era un cariño
ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día
no podían pasar
sin mirarse á raticos dende lejos,
¡sin hartarse jamás!
en la güerta, en la calle y en la plaza,
¡pa ellos tóico era igual!
¡y en la iglesial? ¡los ojos no ponían
ni siquiera una ves en el altar!
A ella, cuando iba, la veías siempre
al pié del Nazareno, embelesá

mirando á José Antonio... ¡José Antonio,
mirándola enfrentico, sin parar!

Poco dempués de que él cantara misa,
la pobre sin saberse de qué mal,

¡murió como quien no tiene en el mundo
ya náica que esperar!



No hay mayor sacrificio
que el que ha hecho ese zagal,
Al dar la bendición hoy en la misa,
miró pal Nazareno con afán,
igual que en otro tiempo... y cual si viera
enfrente á Rosarico embelesá
mirándolo entavía,
¡no pudo resistir y echó á llorar!

TÓ POMPORICAS

Pa poder verse á solas,
al soto s'iban,
y en el mesmo remanso,
junto á la orilla,
sintiendo hablar al mozo
la zagalica,
se pasaba las horas
embebecía...

En tó lo que duraba
lo que s'icían,
con la petera el mozo
de echar chínicas
al remanso del río,
nunca ponía
sus ojos en la cara
de la mocica.

¡y ella con sus ojazos
se lo comía!...

Al golpe seguidico
de las chinicas,
la corriente serena
se estremecía,
llenándose el remanso
de pomporicas,
tan vanas, que en el inten
se deshacían...

Y alguna vez, al mozo
la zagalica,
sintiendo sus palabras,
le respondía:

—Que tus promesas llegue
yo á ver cumplías

y tó salga igualico
que me lo pintas...

Que esas palabras tuyas
con que me privas,
no sean lo mesmico

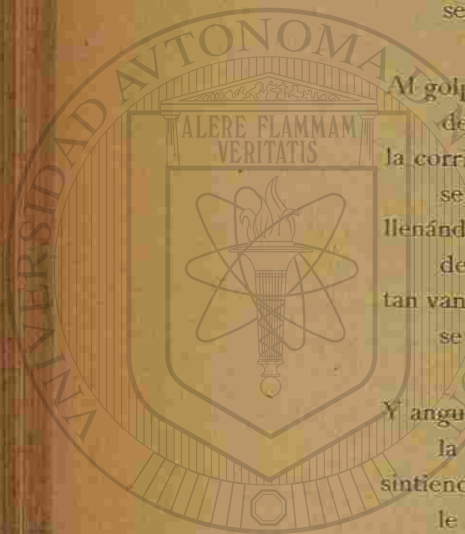
que pomporicas!...

Le salió á la zagala
lo que temía:
la engañó el mozo al cabo
con palabricas...
se devirtió con ella...
¡la ejó perdía!...

Y la pobre, en el soto,
y ánde se vían,
se echó de golpe al agua
dende la orilla,
cayendo lo mesmico
que una chinica...
llenándose el remanso
de pomporicas...

Tó el que lo sabe, dice:
«¡Páece mentíral!»

¿Por qué, si en este mundo
tó es pomporicas?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOCO DE REMATE

El zagal estaba
 en tós sus cabales;
 pero andaba siempre cabiloso y triste
 por lo del noviaje
 de la moza aquella que por él cegaba
 y con otro le hicieron casarse...
 Era el pobre zagal, vergonzoso:
 un mocico de esos buenos y formales,
 y causaba pena verlo á tóicas horas
 murrio, callaico, sin hablar con náide...
 ¡como si por dentro de sí, que lo fuera
 minando de muerte, llevara un mal grande!

Pal trabajo era un negro: salta,
 hecho un esclavico, con la casa alante...

«¡Mis piés y mis manos!»
 cuando lo mentaba, decía su padre...
 Pues, solo el mocico, y aunque vió mal tiempo,
 se marchó con el carro de viaje
 y en mitá del camino, la nube
 le pilló de golpe, sin poder librarse...
 Se caló ista los güesos, la ropa
 se secó pegaica á la carne...
 le entró calentura, se vido á la muerte...
 y loco, de aquella, queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario
 de lo que era enantes:
 cantaba y bailaba
 sin empacho en mitá de las calles,
 tan suelto y alegre, que el pobre paecía
 más felís que náide...

¡Detrasico del loco iba siempre
 escurrido de pena, su padre!

Luego, algunos días,
 al zagal le entraron arrebatos grandes...
 había que atarlo

porque no era cosa de verlo estrozarse,
 y al viejo le hicieron llevarlo á las javias,
 ¡que era igual que, vivo, sepultura darle!...
 ¡Y al hijo, á la jaula, llevó engañaico!...
 ¡El zagal cantaba, mientras que en la calle,
 escurrió de pena y de angustia,
 mirando á las javias, lloraba su padre!

Al mocico, ahora,
 otra vez lo tienes en tós sus cabales;
 pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,
 caviloso y triste por lo del noviaje
 de la moza aquella que por él cegaba
 y con otro le hicieron casarse...

Dá lástima verlo:

murrio, callaico, sin hablar con náide,
 ¡como si por dentro de sí, que lo fuera
 minando de muerte, llevara un mal grandel!...
 Cuando estaba loco, parecía más cuerdo...
 ¡páccé ahora más loco que enantes!

ALECCIONAICA

No me daba calor la zagala...
 A mí me parecía
 que estaba por otro,
 que en mí no pensaba ni siguiá una chispa...
 Se me figuraba que hacer imposibles
 pa que me quisiera, poquico sería...
 ¡Mi hacienda le hubiera yo dao por una
 de sus miraicas!...

— «Diselo, porque á media palabra
 te responde que sí» — me decían.

«Diselo, que con palmas te esperan
 en su casa, si vas á pedirla,

¿Ande, nunca enjamás, semejante
 proporción pa casarla tendrían?
 No serán, de seguro, fan ciegos

sus padres que dejen, así tan aínas,
 escapar la ocasión de que sea
 la zagala rica.»

Y como el cariño no atiende razones
 y vés, sin remedio, siempre pa ande tira,
 me senté en el poyo y, en cuatro palabras,
 le dije abonico que si me quería...
 Y ella, sin empacho y á poquicos ruegos,
 aterminaica,
 me respuso que sí, de tal modo,
 ¡que me dió tristeza, más bien que alegríal...

Pa mí que, al decirme que sí, la zagala
 su sentir no icía...

Pa mí, que ya estaba revuelta del tóico...
 ¡revuelta del tóico y aleccionaical

CARMENCICA

Trepanera me has salío
 como la flor del almendro...
 ¡cuánta flor trepanerica
 se yela ó se lleva el viento!...

I.

¡Reñeñ! ¿No la has visto?
 ¡Carmencica con novio!

Y no está encelaica, que díganos,
 platica que platica con su mozo,
 los dos bien rejunticos
 sentaos en el poyo...

¡Demontre de zagalal... ¡me dá pena
 que despunte tan pronto!

¡Señor, si es una críal

Si ayer mesmíco, como dice el otro,

llevando elante su maná de pavos,
 corría esaliñá por los rastrojos,
 siempre pegando blincos y corriendo
 dende un lugar á otro,
 y siempre ennegrecía y tan secuza
 que tó en su cara se volvían ojos...
 Y mirándola espacio... no es la mesma
 ¡si dá, de vérla, gozol
 ¡Si su cara tié lumbre
 y tién sombrica de parral sus ojos!...

II.

Me lo daba el corazón:
 salió lo que me temía.
 ¡Mía lo que ha tardao en irse
 con el novio, Carmencical

¡Qué lástima de zagalal...
 ¡Más guardara lo que importa,
 que agua que pasa y no vuelve
 es en la mujer la hónral...

Ya está alegre y satisfecha,

sin rastro de sentimiento,
 como está el que la perdió
 con otra novia, tan fresco.

¡Lástima de Carmencical
 ¡qué malos pasicos llevá...
 ¡unos mocicos anoche
 cantaron esto á su puertal

Aunque te laves y laves
 manchaica te has de ver,
 ¡como está la cantarica
 ande tós van á beber!

III.

¡Qué lástima de zagalal...
 ¡Frutica á medio maurarse,
 que cayó de su ramica
 y anda por los barrizales!...
 De otra manera se peina,
 de otra manera es su traje,
 no es el olorcico que echa
 olorcico de azadares,

ni su cantar es el mismo
ni tién sus coplas el aire
de aquellas que por la huerta
se echan entre los cañares...

El arrebol de su cara
no es arrebol de su sangre;
el descaro de sus ojos
no es la lumbrecica de antes;
no es la misma su risica,
ni los mismos sus modales...
¡Quien la vió y la vél... ¡Señor,
qué diferencia tan grandel...
Como está lo que se vende
á tó el que vá por la calle;
como lo que pué comprar
tó el que se acerque y lo pague;
como cosa que está á mano;
como en las tablas la carne...
¡asina está Carmencica,
ya pensarás en qué partel...

IV.

Yo he puesto en crus sus manos

y he compuesto los rizos de su frente,
apañando el pelico que tenía
pegaico á las sienes,
y he llenao su cuerpo de azadares
y rosas y claveles...

Yo he besao su cara,
abora que nenguno la apetece,
y he cerrao, llorando,
sus ojicos, pa siempre...
Otra ves sus pestañas
con su sombrica de parral se extienden...
otra ves en su cuerpo
los azadares güelen...
¡ya está otra ves más pura
que el agua cristalina de la fueritel

.....
Floreçica de almendro,
más blanca que la nieve,
¡trempanerica caes
al airecico helao de la muertel



¡CALLÁ, CALLAICA!

¡Ni enclavándola en cruz, se dejara
 su querer María!
 Su padre la ceda de muerte y le dice:
 «Nena, que te mafo, si con él platicas.»
 «Nena, que te egüello,
 si sé que lo miras.»
 Y ella, lo mesmico que si fuá de peña,
 ni siquiá rechista;
 pero siempre firme...
 ¡siempre encelaical!
 Su padre reniega y, á tóicas las horas,
 que se deje á Leonardo, le grita,
 y ella hace promesa de quererlo siempre,
 ¡callá, callaica!

¡Con cuántos trabajos

y cuántas fatigas,
 puén tener un rato de verse y hablarse
 Leonardo y María!
 Pasá media noche
 son tóas sus citas,
 y, al amparo e las sombras, el mozo
 pegaico á las tapias, se esliza
 y estroza cañizos y salta los leros,
 con el ansia grande de lo que le privan.
 De la casa, á buscarlo, la moza
 sale de puntillas,
 y escalza y temblando, se esculle hasta el güerto,
 ¡callá, callaica!
 Menos se les siente,
 menos entavía
 que el son de las hojas de la parra grande
 que los acobija...
 que el son de las hojas que calmoso el aire
 mueve una majica.
 Más páece, lo que hablan,
 cosas que suspiran,
 y hablan cá ves menos.

como cosa que no necesitan...
 ¡Tanto como merman sus palabras, tanto
 crecen sus caricias!
 Él, entre sus brazos la aprieta que parece
 que va á hacerla quina,
 y ella le dá besos muy arrebonico,
 ¡callá, callaical...

II.

Con los mozos remata la guerra,
 la guerra maldita...
 Ya se fué Leonardo...
 ¡qué dolor pa la pobre María!
 Pa que no la tome con ella su padre,
 pa que ná le diga,
 la infelís, aguantando su pena,
 se pasa las horas mortales del día
 y, aluego, llorando
 las noches enteras á lágrima viva,
 ¡recomiéndose sola su angustia,
 ¡callá, callaical...

III.

¡Válgame qué esgracial Que en buenas del trance
 saque Dios á la pobre María.

Lo sabe tó el mundo; no pudo ocultarlo,
 por lo alantaica...
 Su padre la mata,
 si no se la quitan,
 y jura y rejura
 que al crío que pára, tié que hacerlo trizas.
 De temor se estremece la pobre,
 pero no rechista,
 ¡y oye la sentencia,
 callá, callaical

¡Qué miedos que pasa
 la pobre María!
 Ná le dá por ella;
 teme por la vida
 de aquel angelico
 que el Señor le envía;

lo aguarda con ansias, y teme que venga...
 ¡siente unas tristezas y unas alegrías!
 Su padre, más fosco cá ves, le recalca
 la sentencia aquella que la atemoriza.
 La pobre; al sentirlo, toa se estremece,
 pero no rechista,

y jura y rejura salvar á su hijico,
¡callá, callaical!

IV.

Sintió los dolores á la media noche,
cuando lós dormían...
se mordió las manos y aguantó su angustia,
¡callá, callaical!

Pa ir sabe Dios ande,
sin amparo de naide ni guía,
no pensando en su vida la pobre
por salvarle á su hijico la vida,
lo cojió en los brazos, lo abrigó en el seno,
le puso la cara pegá á la carica,
y muerta de miedo y escalza y temblando,
salió de puntillas,
dándole besicos, llorando la pobre,
¡callá, callaical!

LOS PAJARICOS SUELTOS

I.

No mandes á los nenes á la escuela
porque no la han abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraica pa tiempo...
Ha caído en la cama
muy malico el magstro,
y es cosa de temer, por las señales,
que ya no se levante el pobre viejo...

Una jaula vacía
páece la escuela con aquel silencio,
y por fuera corriendo los zagales,
una bandá de pajaricos sueltos.

II.

Ya doblan las campanas...

ya arremató el maestro...
 mucha pena me dá, porque era un hombre
 de los pocos que hay buenos...
 mucha pena me dá por los zagales...
 ¡No paro de pensar qué va á ser de ellos!

III.

¡Traigo en el corazón una tristeza!...
 De allá abajo vengo:
 la escuela, como enantes, cerrajca
 y con aquel silencio...
 chillando alcórcico los zagales
 y á sus anchas corriendo...
 ¡La jaulica vacía
 y la bandá de pajaricos sueltos!

LA NUBECICA

Hace noche oscura... oscura lo mesmo
 que boca de lobo... ¡sin una estrellical!
 De ratico en ratico, llampea...
 ¡la nube está encimal

Con ser ya las tantas de la noche, á Paco
 fuera de su casa lo tiés entavía...
 ceñúa lo espera,
 de plantón en su puerta, Antoñica...

Es un matrimonio parejico el que hacen
 y dá gusto verlos en buena armonía:
 son jóvenes, gozan de salú, de pocos
 deseos se privan...

pero él tié su pronto y ella tié su genio,
 y hay veces que riñen por cualquier cosica.
 Que Antonia está ciega de querer por Paco,

es tan claro que salta á la vista,
 por más que ella nunca tal cosa demuestre
 ni, menos, la diga.
 Es de las que háblan
 poquico en su vida;
 no es espamentera,
 no anda con embustes y zalamerías,
 no tié desahôgo pa tóico, como otras...
 ¿es reservaica!
 No espega sus labios...
 tan es ella asina,
 que puá ser que Paco no la haiga sentio,
 como fuera su gusto sentirla,
 decirle «te quiero»
 ni una ves solica.

Paco ha vuelto á su casa, y Antonia
 ni siquiá rechista;
 pero es, el callarse,
 en Antonia la seña más fija
 de la pesaombre clara y manifiesta

que en su cara se vé pintaica...
 Esto le hace á Paco perder los estribos,
 haciéndole que hable lo que no hablaría:
 —¿Por qué calla Antonia?
 ¿por qué no se explica?
 ¿es que quié tenerlo lo mesmo que á un nene?
 pos ¿qué se imagina?
 ¿no sabe que es mucho peor cuando tanto
 se aprieta y se obliga?
 ¿es que quié que rabie? ¿por qué lo encangrena?
 ¿le luce que riñan?—
 Y ya, de coraje
 cegando, le grita:
 —¿Por qué has de ponerte tan cerril conmigo,
 que no quisiá verte?... que te mataría?!...

En tóico lo suyo se esjarra la nube;
 retumban los truenos, zumba la ventisca,
 se amaga el ramaje
 y el barranco se hincha...

Callaica, Antonia se esnúa y se acuesta,
 sin decir ni siquiera palabrita...
 Paco hace lo propio,
 apagando la luz en seguida...

Vueltas y más vueltas...
 el sueño está lejos y Antonia suspira...
 Paco que la siente, ya en tono más suave
 y un poquito triste le habla ahora así:

—¿Por qué ha de ser esto,
 si ves tú misma
 que motivos pa tales disgustos
 no te doy ni chispa?

¿Por qué ha de ser esto?...

Cualquiera diría
 que te causa pena
 ver que gozo siquiera una mijica...

Es decir: que, si estoy trabajando,
 tú vives tranquila,
 más que pase en vela
 tres noches seguidas,

pero ná de amigos, ná de que descanse
 ni que eche á un laico penas y fatigas.

¿Y es eso quererme?

¡quererme! ¡mentira!...

Reventando Antonia de pesar, tragando
 le hiel más amarga de toa su vida,

responde al remate:

—¿Pero yo qué te hecho pa que tú me digas
 tales expresiones? Si yo de otro modo
 pensara, me páece que peor sería.

Negar que padesco porque no me llevas
 contigo, si sales, fuera una mentira...

¡me páece que á menos ya tiés el sacarme
 de paseo, como antes hacías!...

—¿Pero no comprendes—

Paco le replica—

que no pué ser eso de tener yo á menos
 el salir contigo, como te imaginas?

¿Por qué has de volverte loca, cavilando,
 y á mí me arrepietas y casi me obligas,
 con estos disgustos, á que un caminico,
 pa no volver nunca, tome el mejor día?—

«¡Pa no volver nunca!...» Sin consuelo Antonia,
 llora solamente de que se lo diga,
 y calando, de lágrimas que echa,
 la cabecerica,
 y ampará en lo escuro, como al confesarse
 buscara el amparo de la mantellina,
 lo que en el sagrario
 de su pecho guardao tenía,
 deja por su boca salir, como el hilo
 puro y trasparente de una fuentecica:
 —¿Por qué he de enojarme?
 Si no te quisiera, no me enojarta...
 Sabes que por eso son mis desazones...
 ¡por eso bien sabes que el vivir me quitas!...
 Quiero tu compañia...
 Páece que me olvidas,
 cuando aquí en la casa
 me dejas solica...
 Quiero tu compañia... ¡na más que eso quiero!
 ¡mi orgullo sería,
 como cuando novios, ir á tóicas partes
 contigo juntica!...

Y Paco la siente
 como nunca soñara sentirla...
 y, en lo escuro también, en lo escuro
 que como una gloria pa ellos se ilumina,
 la aprieta en sus brazos,
 sin decirle siquiá palabrica,
 llorando como ella,
 suspirando como ella suspira...
 ¡los cuerpos junticos!...
 ¡¡las bocas junticas!!...

Ya pasó la nube y abonico llueve.
 Pa dar sus cosechas y sus alegrías,
 se entreabre la tierra y con ansia
 se embebe el agüica.

LA SEQUÍA

Ni que á Dios se lo pidas,
ni por más que suspires ni que ruegues;
tómalo con pacencia y no te canses
que, ya lo ves, no llueve
ni una gotica de agua, tan síquiera,
que tanto mal consuele.
¡Páece que ya en el cielo,
al igual que en los hombres que no sienten
las penas de los pobres,
ni el brillo de una lágrima se arviertel

Y, si no quíes venirte de vacío,
no vayas á la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
lo mesmo que las tién algunas gentes...

De tóico, lo mejor es que no salgas,
por más que te esesperes,
que de tós los dolores
es el peor, mil veces,
el ver tó el mal que la sequía ha hēcho,
¡el ver tanta miseria y tanta muertel...

Los campos, asolãos...
las tierras, traspillás, sin que les entre
la punta del arão, ni que en ellas
agarre ni un granico de simiente...
las matas, retorcias
y los árboles, muertos... ¡náica verdel...
sin pastos y sin charcas ande beban,
los ganãos... ¡muriéndose las reses!...

Los caminos, con una vara e polvo
ande se hunden los carros dista el eje
y se arrastran las mulas carleãdo
y, abrasãos y ahogãndose, se meten
los pobres carreteros que respiran
la terruza caliente...

¡Tó perdfol... ¡Perdío de remate,
sin que Dios lo remediel...

Te pués esengañar, que náica alantás;
no suspíres, ni ruegues;
y, si no quíes venirte de vacío,
ya lo sabes, no vayas á la fuente,
que tíe la sierra las entrañas secas
¡lo mesmo que las tíen angunas gentes!

SANTA RITA, RITA...

I.

«Dame un hijico, Señor;»
—la probe de Juana icía—
dame un hijico, Señor,
pa contento de mi vida.
Y tanto y tanto rogaba
y con tanta fé pedía,
que, escuchándola el Señor,
le dió, al remate, una hijica.

II.

Y creció la nena,
que era de lo hermoso que en el mundo habla...
igual c' un dibujo,
de tan rebonical...
A la probe Juana

privá la tenía...
 La zagala corre,
 la zagala blinca,
 la zagala canta,
 la zagala chilla...
 ¡qué acciones de viejal
 ¡qué zalamerías!
 ¿Pos y las palabras?
 ¡Ay, lo que sabíal

III.

Y gozando cuanto hay qué,
 felis del tó con su hijica,
 se estaba tirá en el suelo
 la probe Juana tó el día,
 haciendo con la zagala
 locuras por divertirla...
 pasando las horas muertas
 embobá y embebecía...
 La zagala la caló,
 y, ençanándose de risa,
 tó lo que se le antojaba

á su madre le pedía,
 y su madre, pos ya ves,
 le hubiera daío la vida.
 Y era e ver á la zagala,
 con ropa e mujer vestía,
 arrastrando por el suelo
 dista el pañuelo e Manila,
 y era e ver cómo á su madre
 la baba se le caía...

Pos aluego, «trae la ropa
 que la arcemos, hija mía»,
 ¡Que si quieres! ¡Míá que daríal
 A rõar la mantellina
 y los vesttos de sea,
 y tó lo que se ponía.
 «Pero trae la ropa, nena.»
 ¡Que si quieres! Risa y risa,
 y, chalando el tó á su madre,
 cantaba esta retahila:

Santa Rita, Rita,
 lo que se dá, no se quita.

Pos... y Juana la dejaba

y, en sus adrentos, icla:
 «Dios mio, ya que m'has dáo
 pa mi contento esta hijica,
 no me la quites, Señor...
 Señor, Santa Rita, Rita...»

IV.

Pero como tó tie fin,
 y antes que tó la alegría,
 pa esesperación de Juana
 se puso mala su hijica.
 ¡Ay, qué cuadrol ¡si hubías vistol
 ¡el corazón se partial
 Muriéndose de su mal
 aquella criaturica,
 y al mesmo tiempo su madre
 que de pena se moría...
 esvariando las dos,
 que era un dolor el sentirlas...
 la probe Juana de angustia,
 de calentura su hijica:
 la zagala con los juegos
 que con su madre tenía,

y saliendo en su trastorno
 con aquella retahila:

Santa Rita, Rita,
 lo que se dá, no se quita.

Y la madre que á su ves,
 al ver loca que su hijica
 se le muere, y que el Señor
 que se la dió se la quita,
 sin que haiga pa ella consuelo,
 y al son de la zagalica,
 como iciéndose lo á Dios,
 también repite al sentirla:

«Santa Rita, Rita,
 lo que se dá, no se quita!»

MUSTIA

Ya sé yo que no tiene motivo
 ninguno de pena:
 se casó con aquél que iba toás
 las noches á verla;
 se querían los dos y se quieren
 como hay en el mundo pocos que se quieran,
 y es cosa de encanto la pas tan hermosa
 que en su casa reina.
 Si él madruga y trabaja y afínca,
 no hace menos ella;
 tienen hijos y el pan, á Dios gracias,
 no les escasea;
 como pobres, ni pueden quejarse,
 ni nunca se quejan...
 pero yo te digo que, con tó y con ello,
 ver á Rosarico me causa tristeza.
 ¡Lástima e zagalal...

¡no'es ya ni la sombra de lo que antes era!
 ¡Lástima de moza!
 ¡qué apañál... te acuerdas?...
 ¡Más blanca, entavía, que la propia nieve!
 ¡maja como en día perene de fiesta!
 ¡alegre y riéndose á tóicas las horas!
 ¡airosa y lo mesmo que un junco de erechal...
 ¿Ande está aquel aire? ande están sus risas?
 ande sus majezas?...
 No tendrá la zagala motivo
 ninguno de pena,
 pué que viva á gusto...
 pero dá tristeza
 ver á Rosarico tóico el santo día
 igual que una negra,
 abora pal río,
 dempués pa la era,
 un zagal en brazos y otro de la mano,
 siempre encorvaica con la crus á cuestas,
 siempre en el camino como una hormiguica,
 siempre en la faena:
 la ropa extrañica que, límpica y tóico,
 ni es vistosa, ni maja, ni nueva;

los ojos hundidos, la cara pañosa,
 y tan formalica, que páece que es séria,
 que páece que es triste,
 manque no lo sea...
 ¡Lástima de moza!... ¡lástima e zagala!...
 ni por pienso es la sombra de aquella
 más blanca, entavía, que la propia nieve,
 maja como en día perene de fiesta,
 alegre y riéndose á tóicas las horas,
 ¡airosa y lo mesmo que un junco de erechal

EL AULLÍO DE LOS PERROS

Sin dejar á su nenico de los brazos,
 sin pegar siquiá los ojos, ni tomar casi alimento,
 siete días con sus noches se ha pasao Carmencica
 padeciendo...
 ¡consumía de llorar y de angustiarse
 y escurría y en los güesos!
 Siete días y sus noches con el nene malo en brazos,
 que se pone más malico por momentos...
 siete días con sus noches,
 sin alzarse de la silla ni dejar el traqueteo,
 porque nunca hubo una madre
 que tuviera por su nene tanto celo...
 siete días con sus noches...
 ¡siete siglos de tormento!
 Há tres días dió la muerte

señalicas de que estaba ya al acecho:
 como voces de agonía y encomedio de la noche,
 se sintió en las oliveras el aullío de los perros...
 Se sintió remoto y triste y, al sentirlo, Carmencica
 se espantó de pena y miedo...
 —¡Sal y mátalos!—le dijo con rencor á su marío.
 —¡Sal y mátalos! que es cierto
 que, en matándolos, la muerte
 de ande está se marcha huyendol—

Y Clemente, su marío,
 loco vá por el barranco, de dolor y rabia ciego...
 loco vá con la escopeta disparando en los peñascos,
 ande vé unos bultos negros
 que, al igual que almas en pena,
 se le pierden en lo escuro y á lo lejos...

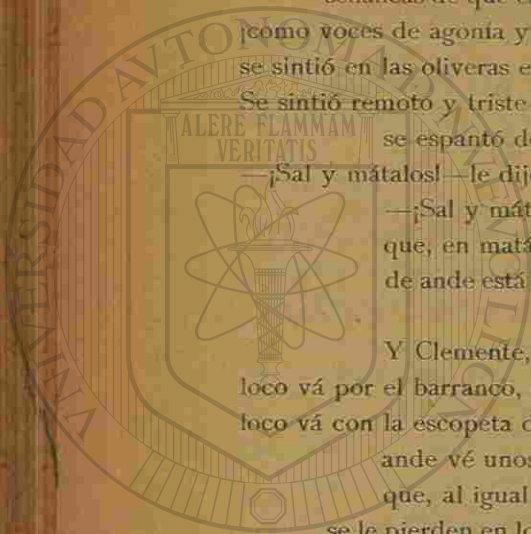
—¡Sal y mátalos, Clemente! ¡Sal y mátalos!—le dice
 Carmencica con angustia y desconsuelo,
 cuando vé que entra en la casa
 sin matarlos y sin ansia y sin aliento...

—¡Sal y mátalos, Clemente!... ¡si por tres noches aullan,
 pa'l nenico no hay remedio!—
 Y otras dos noches segufas ha pasao lo mesmico:

más cercano y lastimero
 se ha sentío muchas veces
 el aullío de los perros,
 y Clemente, sin matarlos,
 á su casa loco ha vueltol

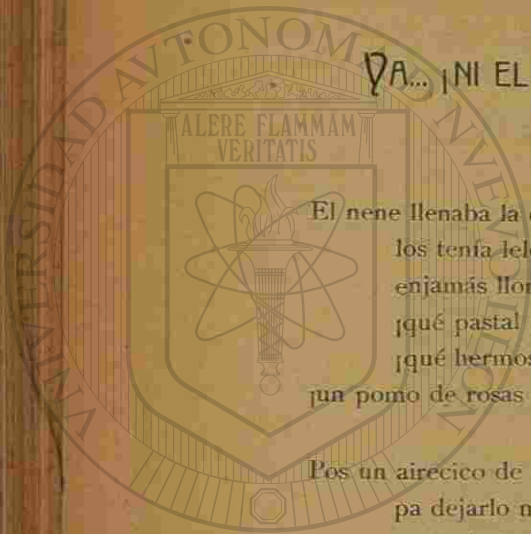
Ya sin fuerzas pa llorar ni removerse...
 sin alientos...

traspasá de angustia y pena
 y en la silla enclavaica como Cristo en el madero,
 ¡en los brazos Carmencica
 su nenico tiene muertol



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





¡YA...! NI EL OLORCICO!

El nene llenaba la casa y á tóicos
 los tenía lelos;
 enjamás lloraba:
 ¡qué pastel! ¡qué genio!
 ¡qué hermosol! ¡qué carnes!
 ¡un pomo de rosas paecía su cuerpo!

Pos un aircico de ná, fué bastante
 pa dejarlo muerto,
 y en el ataúlico
 el pomico de rosas metieron.

Dicen que la muerte
 lo dejó lo mesmo
 de color, de hermoso,
 con la cara de ángel... ¡como sonriéndol...

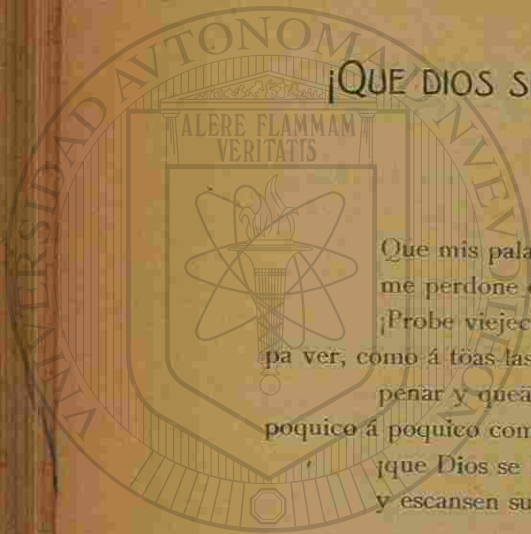
¡A mí me faltaron
 las fuerzas pa verlo!...

Pasé por la puerta... á los alaríos
 de la pobre madre, se erizaba el pelo...
 Pasé por la puerta...
 me dió el olorcico de la cera ardiendo...
 ¡me dió ese olorcico
 raro de los muertos!

Y, aunque lo enterraron,
 entavía, dempués mucho tiempo,
 al pasar por la puerta me daba
 aquel olorcico de la cera ardiendo...
 ¡aquel olorcico del pomo de rosas
 que en el ataúlico pa siempre metieron!...
 ¡aquel olorcico que yo lo llevaba
 metío en los sesos!

Pero tóico pásal: ya no güele á cera
 y á la madre reirse la veo...

¡ya, ni el olorcico
 del nene, tenemos!



¡QUE DIOS SE LO LLEVE!

Que mis palabricas
me perdone el cielo.
¡Probe viejecicol...
pa ver, como á tóas las horas lo veo,
penar y quearse
poquico á poquico como un esqueleto,
¡que Dios se lo lleve
y escansen sus güesos!

Páece que la cama
se lo vá comiendo;
ni ya se alza de ella,
ni siquiá se remúeve su cuerpo...
ni una palabrica sale de su boca,
ni sus ojos se ven nunca abiertos...

¡como un pajarico
va á quearse muerto!

Pa una cosa na más tié entavía
voluntá y aliento;
es una petera
que dá pena y miedo:
quíe taparse la cara á ca istante,
como se la tapan al que ya está muerto
¡y, á ná que lo dejan, ya está tapaico
con la sábana blanca de lienzo!

Que mis palabricas
me perdone el cielo.
Pa ver cómo pena, que Dios se lo lleve...
que Dios se lo lleve y escansen sus güesos!

GUÁRDAME UN ROALICO (1)

(A MI PADRE MUERTO)

¡Ya escansas!... ¡ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...

Ya, pa tí, ni trebajos, ni penas...

Ya, pa tí, ni calinas, ni frios...

Ya estás al amparo...

¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!

Ya estás ande llega lo mesmo el que corre
que el que vá espacico...

¡Ya escansas!... ¡Ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...

Pa cuando mi cuerpo,

pa no levantarse, se caya rendío...

pa cuando, en mi horica, me llame la tierra,

¡guárdame un roalico!

(1) Es costumbre, en esta región, el despedirse de los muertos con esta frase, echando, á la vez, un puñado de tierra en el hoyo.

LAS BORREGUICAS BLANCAS

I.

¡Qué vueltas tan grandes
en tan poco tiempo, dan angunas casas!...

¡Quién, á no saberlo, diría que el tío

Tomás el *Patriarca*,
no hace ná, pal caso, más de mil cabezas
de ganao lanar manejaba!?

Pos ahí tiés el mundo:
¡tó se fué lo mesmo que sal en el agual

Los hijos, perdíos,
daos á la vagancia;
el gastar sin reparo y, aluego,
réditos y trampas;

la sequía, la falta de pastos
y, pa más esgracia,

como no viene un mal nunca solo,
dista, rematando con tóico, la plaga
que arrambló del hato
con lo que queaba.

¡Náide lo creyerá!...
¡Quién se lo pensará!...

En aquel corralón en que, enantes,
apiñá, por la noche, humeaba
aquella hermosura
de borregas blancas,
no hay rastro de sirre... ¡allí ya no duerme
la majá de ovejas, ni los perros ladran!

Ya ves, Noche-buena:

pos... ni son de zambomba y guitarra...
ya no quca gusto, ni humor... ¡ni posibles!

en aquella casa.

Sentaico á la lumbre está el tío
Tomás, hecho un tronco, liáo en su manta,
hundía en el pecho
la cabeza blanca,
y páece que duerme...
¡no duerme el *Patriarca!*
Tié entornaos los ojos y sigue,
con tóa su alma,
la alegre tarea de sus nietecicos
que están que no paran,
haciendo afanosos un belén de aquellos
que se estilan hacer por la Pascua.
Ya tién de un pinacho
la mitá e las ramas
y están recortando, pa llenarlo tóico,
borreguicas blancas... Borreguicas blancas,
de papel que sacaron los erfos
de lo hondo del arca...
¡de papel en que, en tiempos mejores,
se envolvieron vestíos y alhajas!...
Borreguicas que vé el pobre abuelo,

en aquel duerme y vela en que se halla,
aumentar y crecer y apiñarse...

Le parece que vuelven aquellas que entraban
en tropel por la puerta, otras veces,
de baños llenando la casa...

Le parece que vuelven, soñando que tienta
con sus deos temblones la lana...
soñando que se echan alreorcico suyo...
soñando que humean... soñando que balan...

Y siguen los nenes, recorta y recorta
borreguicas blancas...

Y, soñando, soñando con ellas,
se duerme el *Patriarcal*...

NOCHE BUENA

I.

Malhaya el tiempo malo,
malhaya la pobreza,
malhaya el que este mundo se gobierne
de tan mala manera!

Blancos de nieve están, como palomas,
los altos de la sierra;
de plata enguarnecias
páece que están las ceñas,
ande los chorros de agua
hechos encajes, al helarse, quëan;
de vidro son las fuentes...
de vidro son las ciecas...

paraliza el helor los correntales...
 ¡las aguas páece que se paran muertas!...

¡Dá temor tanto frío!
 ¡Pobre de aquel que sin calor se vea
 y halle nieve en el cielo
 y yelo en tóicas partes en la tierral

II.

Con la mar de trebajos
 hizo Juan su casón en la laëra:
 un abujero en onde
 meterse tan siquiera;
 un resguardo pal frío,
 porque á más no alcanzaba su pobreza;
 un rincón pa vivir... ó pa morirse,
 ¡que el hundirse un casón no es cosa nueva!...

Pos allí tiés á Juan acobardão;
 que no hay nã que los pobres tanto teman,
 como estos días tristes

en que tóico, se asuela;
 ¡como estos días en que grana el hambre
 y arrecoge la muerte su cosechal...

Alli está el pobre Juan, que es de lo poco
 bueno que ya se encuentra,
 y con él su mujer, que es una santa,
 y con ellos sus nenaz;
 dos angelicos de esos
 que Dios al mundo pa penar los echa.

Alli los tiés á tós en la cocina;
 allí los tiés... ¡pero sin chispa e leñal
 Del humo, de otras veces,
 allí se vé la señalica negra
 y se vé el hogaril y el puñaico
 de ceniza que quea...

¡tó aquello que, sin rastro de rescordo,
 más páece que cocina, una neveral

¡Alli los tiés!... los cuatro
 que acurrucaos y arrecíos tiemblan...

¡helándoles el frío ista los güesos
y helándoles el alma la tristeza!...

Y pué que más que el arcabol de un horno
aquel casón de calentico sea;
pero yo te aseguro
que, dentro de él, el corazón se yela,
¡y que se siente allí mucho más frío
que en los mesmicos altos de la sierral...

III.

Suelen decir que el hambre
hace salir al lobo de su cueva;
yo pienso que hace más... ¡pienso que iguala
los pobres cordericos con las fierasl...

Por el casón de Juan, junto por junto
á la mesmica puerta,

han hecho una sendica
que vá al pueblo derecha,
y tós los del partío
la toman por verëa,
igual si van pal horno
que si vãn pã la iglesia.
Asina tiés que en siendo
como hoy, que es Noche buena,
mil almas pué que pasen
por la sendica aquella,

por el casón de Juan... ¡junto por junto
á la mesmica puerta!
Y pasan las mujeres
con sus tablas de pan á la caëza...
con aquel pan de trigo
que granicos de anís por dentro lleva...
con las tortas de Pascua
que trascienden de buenas...

Y pasan los que vuelven del mercáo,
charla que charla... ca uno con su tela...
tós pensando en comer y en divertirse,
¡tós con cara contental

Y dentro del casón se vá colando
tó aquel rum rum de gente satisfecha
y aquel olor de pan... ¡ese olorrico
con que el hambre se espierda!...

—«¿No hace tortas la madre?»—

¡fice al pobre de Juan una e sus nenás...

Y Juan... ni responderle...

ni mirarla siquiera...

¡Pa qué mirarla el pobre,

si no podría verla,

si siente que sus ojos,

llenándose de lágrimas, se ciegan?

¿Cómo ha de responderle,

si se ahoga de pena?

Y la otra criatura,

que está arrimá á la puerta,

poniendo esos ojazos tan espierdos

que pone la miseria,

dice en tonico dulce,

que amargo al alma llega,

ca ves que el olorrico de las tortas
en el casón se cuele:

—«¡Qué olor más bueno, padre!

¡Qué olor más bueno que echan!»

Y hace ca ves más frío...

no para de nevar allá en la sierra...

De vidro son las fuentes...

de vidro son las ciecas...

paraliza el helor los correntales...

las aguas páece que se paran muertas...

¡en el cielo tó nivel!

¡yelo por tóicas partes en la tierra!...

IV.

—«No pué ser;— dice Juan— ya soy tan bueno,
que á gritos me reprende la conciencia...

Nuestros eran enantes

los montes con sus leñas,

y libres pa los pobres,

aquellos altos de pinás espesas...

libres con sus lentiscos y chaparras,

lo mismo los collaos que las chentas...
y librés los barrancos con sus nebras...
¡librés con sus romeros las laéras!...

Y en estos días malos
en que al pobre le niegan
trebajo pa vivír quien tié caudales,
y el cielo su calor y el pan la tierra,
les queaba á los pobres
el consuelo e la sierra
con sus manás de lobos,
con sus mantos de nieve, con sus peñas!...

No púe ser, soy tan bueno
que á gritos me reprende la conciencia;
esos montes son míos
con sus pinás espesas...
y mis hijos tién hambre
y, estroceaos por el frío, tiemblan!

V.

Pobre Juan, que olvidaba en su esvarío
que, aunque páece mentira, aquí en la tierra,
las leyes que hace Dios son leyes malas,
y las que hacen los hombres, leyes buenas...

Pa la misa de gallo vá la gente,
la media noche llega,
hace ca ves más frío,
no para de nevar allá en la sierra...

En la plaza del pueblo está la cárcel;
Juan está dentro de ella...
y su mujer y sus hijicas lloran
arrimás á la reja...

Alegres van los mozos en pandillas,
camino de la iglesia,
y al son de los guitarrros y zambombas
y de las panderetas,
al pasar por en medio de la plaza,
esta coplica sueltan:

Los pastores y pastoras
 todos ván juntos por leña
 para calentar al niño
 que nació la Noche buena. (1)

Y el pobre Juan desesperao llora,
 y lloran en la reja
 su mujer y sus pobres angelicos
 que tién las manos en los hierros puestas...
 ¡manos helás que són también de hierro,
 de agarrotás y tiasas!

A OTRAS TIERRAS

Eres pobre y eres pena
 que por los suelos te vés,
 y que vás ande te rulan
 los que te dán con el pié.

¿T'acuerdas de Paco *El Bueno*,
 como l'icen por el mote?
 Por el camínico abajo
 vá con su familia el pobre,
 tós con el hatico á cuestas,
 á buscar tierras mejores
 ande no morirse de hambre
 aunque el trabajo los doble.

¿And'irán á dar sus griesos?
 ¡Ni ellos mismos saben onde!

Dicen que ván á la mar
y á pasarla aunque se ahöguen,
porque en la güerta se ahögan
por tós estilos los pobres...

Quién ir ande el pan no falte
y ande la gente no sobre,
por esos mundos de Dios
á buscar tierras mejores...
¡Mejores tierras! ¡Ya ves!
Me pienso que no lo logren.
¿Ande hay ná como la güerta
siempre entapizá de flores?
¿Ande hay ná como este suelo,
cuajáo de bendiciones,
en el que, por cá granico,
míl granicos arrecoges?

Las tierras no son las malas...
¡La maldá la tién los hombres!...
Los d'arriba, porque llevan
acoráo a los pobres...
¡los d'abajo, por e'aguantan
que los otros los acoren!

BENDICIÓN

I.

Caen hachos encendíos, parte las peñas
el sol, que abrasa...
ni en los altos un soplo de viento corre
¡y un pavor de la tierra sale, que mata!...

Con la boca más seca que los trapoles,
en las eras el mozo, del trillo salta;
de roja y encendía, que tira á negro
tiene la cara,
y carleádo,
viene y se abruza, muerto de sé, á la cántara,

que fresmanando cuefga
bajo la parra...

La moza, que á la sombra de los nogales
animosa y alegre la ropa lava,
con los brazos esnuos y el seno abierto
luciendo una hermosura de carne blanca,
de puntillas al mozo llega abonico
y dándole en el brazo, le aboca el agua
que, cayéndole encima,
tóico lo cala...
Corre tras ella el mozo, la moza vuela...
gayilán y paloma... vá á darle caza...
en el cañar cercano,
por fin, la atrapa
y, por más que ella chilla,
¡le mordisquee y besa la carne blanca!

Otra vez animosa,
y deshecha de risa, la moza lava...
Desde su trillo,

á poquico en las eras el mozo canta:

¡Qué bien lava mi nena,
qué ropa tiende!...
la vá eando blanquica
como la nieve...
¡páece que el agua,
al pasar por sus manos,
sale más clara!

II.

Llega debajo del parral, sin fuerzas,
el pobre viejecico de la cabeza cana,
y se deja caer penosamente
en el poyo á la puerta de la casa.
Con tóico el solanero
viene desde los *Llanos de la Páira*...
La moza, condoliéndose, se acerca
y él le dice: «¡Hija mía, dame una sé de águil!»
Le dá la moza,
compasiva, la cántara,
y bebe el viejecico ansiosamente...
luego, asina, como un apóstol á la moza le habla:
¡El agua es tó, hija mía!... Vengo de los secanos,
ande las tierras traspillás se abrasan...

Cuando es que llueve, ó dicho á nuestro modo
con mejores palabras:

cuando á esas tierras el Señor les echa
su bendición, encantan...

¡el propio paraíso

son entonces los *Elanos de la Páira!*...

¡hogaño, que hay sequía,
de pasar por allí, se parte el almal

Las cebás se cogieron... á los trigos
entavía les falta...

de llover estos días, pué que á tiempo
la bendición llegara...

Pudiera ser que esta meísmica tarde,
tuyéramos el agua,

porque es buena señal cuando las nubes
á los picachos del *Caja!* se agarran...

Dios te lo pagará, dame, hija mía,

¡dame otra ves la cántara!

Qué penosa es la sé y qué consuelo
tan hermoso es el agual...

¡El agua es la alegría!...

¡el agua es tó: la vida y la esperanzal...

Desde el alto en que estamos,

mira la huerta que la vista encanta:

¡la cruzan como venas los brazales

en ande corre como sangre el agual...

Ayer unos zagales en la cieca,
como hacen las diabluras sin pensarlas,
iban quijero arriba
y tóas las hileras las soltaban...

Se vían los caminos
anegándose en agua...

aquella bendición que se perdía...

¡los hubí confundió, porque me dió una lástimal...

¡me paeció que la huerta
tóa se desangrabal!...

¡Ay, huerta de mi vida,

si la sangre preciosa le faltarak..

III.

Ya apaga la tierra su sequía... ¡llueve,

gracias al Señor!...

En la casa, la moza y el mozo,

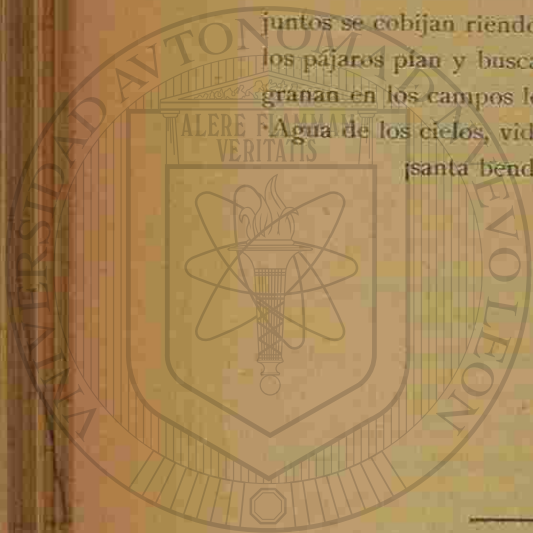
juntos se cobijan riendo los dos...

los pájaros pían y buscan sus niños...

granán en los campos los trigos en flor...

Agua de los cielos, vida de los pobres!...

¡santa bendición!



GRACIA DE DIOS

Miá aquella zagala que ya pide novio
y allá en el molino

tuícas las mañanas, en tanto que almuerza,
trisca con los mozos, que están derretíos...

Hoy, cuando juába, el pan de las manos,
en la gresca, caérsele he visto:

se ha apagao su risa; se ha quedao suspensa,
como si su padre, que es un viejecico,

fuera el que en el ínten
se hubiera caído...

Luego, formalica,
su pan ha cogío,

besándolo á un tiempo... los mozos, en esto,
la han dejao tranquila, y á la ves, han dicho:

«¡Ay, quién, por su suerte
pan hubiera sío!»

Ya véis, al remate,
lo que yo te dígo.

el pan no se tira,
 porque mata el Señor, hijo mío;
 lo tienes de sobra y otros pasan hambre...
 déjalo en la leja pa algún pobretico.

¡El pan no se tira,
 porque está bendito!
 Se coge y se besa...
 al besarlo, dices «¡Amén!», hijo mío;
 pal caso, haste cuenta que, en Dios puesta el alma,
 rezas abonico:

«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy
 y perdónanos, Señor!»

El pan está santo;
 oye esto, hijo mío:
 El padre, en el campo trabajando, riega
 con sudor el trigo...

hiñe el pan la madre
 y hace en él una crus al heñirlo...
 Por *San Marcos*, espiga la siembra
 y bendicen los campos floríos...

El pan en sus manos
 el Señor bendijo...

el pan es la vida...
 ¡es la gracia de Dios, hijo mío!

¿Que no quíes pan solo?...
 ¡Pan que no nos falte, yo al Señor le pidol
 Páece que suspiran al decir los padres
 «¡el pan de mis hijos!»
 Pa dárselo á un pobre, se besa... lo besa
 el pobre al tomarlo, tan agradecío...

Cuando al suelo se cae, lo cogen
 y lo besan tufcos,
 como cosa santa que tiene misterio
 en que algo se encierra de humano y divino...
 ¡Se coge y se besa
 como un plazo vivo
 del alma y la carne,
 que el golpe, al caerse, lo hubiera sentío!

El pan no se tira... si no tienes gana,
 se pone en la leja pa algún pobretico;
 no lo tires nunca,
 ¡que el pan es la gracia de Dios, hijo mío!

LA CANCIÓN TRISTE

De aquel hombre extraño
que esta mañana se arremanció,
la gente en un corro
se apiña alreor.

Páece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos...
los ojos azules y hundíos, que miran
que dá compasión!

De tóico lo que habla,
ni una palabrica siquiá se entendió;
pero entorna los ojos y, triste,
canta una canción...

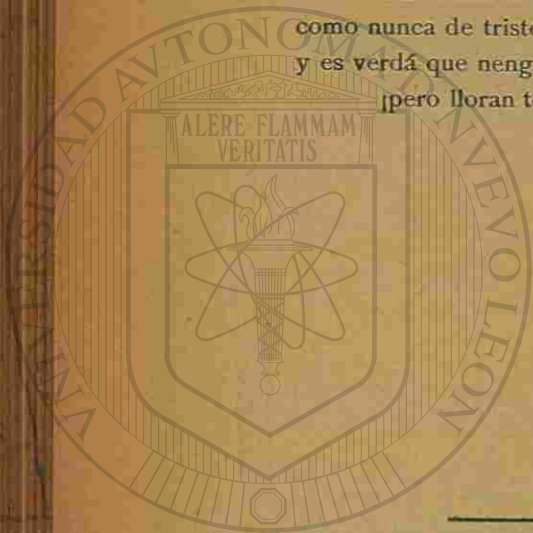
¡más tristel... ¡más tristel...
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando, que náide
por aquello que ice sabe lo que son:
unas palabricas llenas d'amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
pero por el deajo tan triste, ¡tan tristel
llega al corazón,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra
y quereres que allí se dejó...
páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se vuelve pa ande sale el sol,
y se vé que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su vos!

Mocicos y viejos

sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó,
y es verdá que nenguno la entiende,
¡pero lloran tós!



DESHECHICA

—Podía usted, máere,
llevarme á la fiesta...
—Mujer, ya veremos...

¡Jesús, qué peteral

Te duermes de noche con el estribillo,
y por la mañana con él te despiertas...
no sé qué te pasa, pero á buen seguro
que en tós sus cabales no está tu caëza...
Enantes cantabas lo mesmo que un pájaro
que no tiene penas,
y á tó te refas igualmente
que quien en naica de este mundo piensa...

Abora, zagala,
ya no eres la mesma!

ya no te se siente y estás pensativa... [®]

tú no eres, zagala, sombra de lo que eras...

¡Ya no te se siente, si no es pa decirme:
«Podía usté, máere, llevarme á la fiesta!...»

Sin que lo esperaras
ni me lo pidieras,
el año pasao
te llevé á la fiesta:
te daba lo mesmo ir como quedarte
yibas tan contenta...
Reparé que estabas
triste y pesarosa despues á la vuelta...
¡no quisiá llevarte, por temor, zagala,
de que luego más triste volvieras!...
—Lléveme usté, máere,
¡que iré yo solica, si usté no me llevá!...
El año pasao, sin parar dicirme
cosas y mirarme, por tóica la fiesta
nos seguía un mozo... Lléveme usté, máere...
¡más triste que estoy, no pué ser que vuelva!

NAICA

I.

La zagala estaba
tóa encortaica,
sin alzar los ojos,
la cara encendía,
trenzando los flecos de su pañuelico
con las manecicas.
Con los ojos puestos
en la zagalica,
abonico el mozo
su querer l'icía
con unas palabras... ¡qué buenas! ¡qué dulces!...
¡ay, qué palabricas!...
Daba gusto verlos,
¡qué pareja hacían!
Él, arriscaico,
sin parar d'icirla...

Ella, con sus labios siempre cerraicos
sin icir naica...

II.

Al pié de la Virgen
hincáos de ruillas,
dempués vide al mozo
y á la zagalica...

los vide junticos y echarles las cruces
pa tóa la vida.

Si él, por lo arrogante,
privaba la vista,
no sé por lo que ella
mejor me paeía:

si por lo compuesta, si por lo modosa,
si por lo bonica...

Daba gusto verlos,
¡qué pareja hacían!

Él, arriscaico,
sin parar d'icirla...

Ella, con sus labios siempre cerraicos
sin icir naica...

III.

¡Vide el ataulico
con la zagalica!...

Al laico el mozo
lloraba y gemía,

diciéndole lleno de angustia unas cosas
que el alma partían.

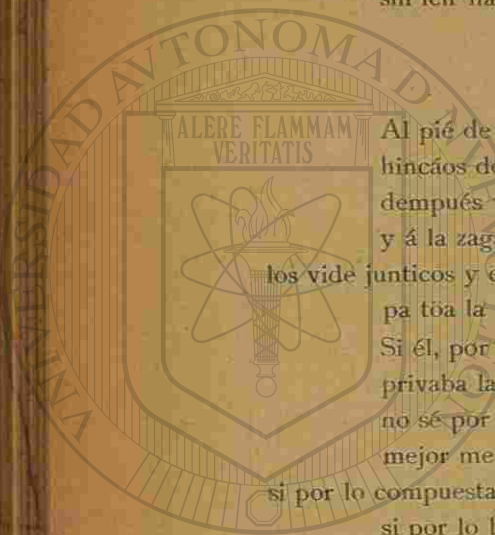
Loco por la pena, le toca, temblando,
las manos, la cara, ¡tan blancas! ¡tan frías!...
y desesperao, llamándola á voces,

le dice: «¡Nenical... ¡Nenical... ¡Nenical!»

Dolor daba verlos,
¡qué pareja hacían!...

Él, siempre llorando,
sin parar d'icirla...

Ella, con sus labios siempre cerraicos,
¡sin icir naical!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡POBRETICO!

No espegas los labios... ni siquiera te quejas...
 nunca como ahora de apocao te he visto...
 ¡por lo que con ella te entierras y vives,
 la melancolla páece tu cariño!

Sé lo que te pasa,
 igual que si fuera tu sentir el mío:
 que ninguna moza del pueblo te quiere,
 que no hay quien te mire ni te haga un roalico,
 que eres un extraño pa tós, que no sabes
 lo que es un amigo...

Te esprescian porque eres un pobre inclusero...
 ¡y tan pobretico!

¿a más que no tienes sobre qué caerte,
 mi padre, ni madre, tan siquiera has tenfol...

Sin sombra de náide te vés, y ya piensas

que tós en el mundo semos lo mesmico...
 No te esansies tanto... Repara que hay alguien
 que pena contigo...
 Yo seré, si quieres, tu madre, tu hermana...
 andas falto de amor y de cuidio...

No tós, en el mundo,
 semos lo mesmico...

Si hay quien no te quiere, por ser pobre y solo,
 ¡yo, de verte triste, te he tomao cariño!

LOS TRES NENES

Me asomaba á verlos
 pasar por mi puerta:
 tres nenes hermosos
 quiban á la escuela...
 los tres pequeñicos, los tres casi iguales...
 ¡tres caras bonicas como tres estrellas!

¡Iban tan limpicos!... A la madre, siempre,
 la veía en ellos, sin saber quién era:
 me la imaginaba
 como el pan de buena...
 me la imaginaba, por lo curiosica,
 ¡como el agua pura que nace en las peñas!...

¡Iban tan limpicos,
 que yo me decía:—De seguro que ella
 los viste y se mira, como en tres espejos,
 en sus tres hijicos... ¡como si lo vieral—

En algunos días
 no ví por mi puerta
 pasar á los nenes
 y, sintiendo pena,
 pregunté por ellos y me contestaron:
 —¡Lástima de hijicos!... no ván á la escuela
 porque está su madre malica en la cama,
 que Dios se la lleval

Al poquico tiempo pasaron los nenes,
 otra vez junticos, los tres por mi puerta...
 ¡llevaban al cuello
 la cintica negra!
 sin que la llevaran,
 su esgracia se viera:
 iban dejáicos... sin aquel apaño
 propio de la madre... sin la gracia aquellal...
 ¡Lástima de hijicos!...
 ¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!

¡NÁIDE!

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
 si fuera esa sola, podía yo alegrarme.
 Mi pena no es de esas que esjarran el pecho
 y que suelen, á veces, curarse;
 no es de esas herías abiertas de pronto
 y que manan sangre...
 Mi pena no es honda,
 mi pena no es grande...
 pero es una pena
 que con su tristeza no me cja que escanse...
 ¡Es una amargura desconsolaica
 que llevo en la sombra, que llevo en el airel...

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
 mi pena es sequía que no hay quien apague;
 yo he puesto mis ojos en toas ¡en toas!
 ¡y nenguna ha querido mirarmel...
 No es ella solica la que no me quiere:
 ni ella, ni nenguna... ¡no me quiere náidel

EN LA ÑORA

Poquicas comparanzas
 hallara pa mi vida, como aquella:
 Una ñorica hicieron los zagales
 en el mesmo quijero de la cieca,
 y á un pajarico de esos,
 alegría y encanto de la huerta,
 á estilo de una mula
 lo engacharon en ella
 y, arreándole, hacían,
 al pobre animalico, darle vueltas.

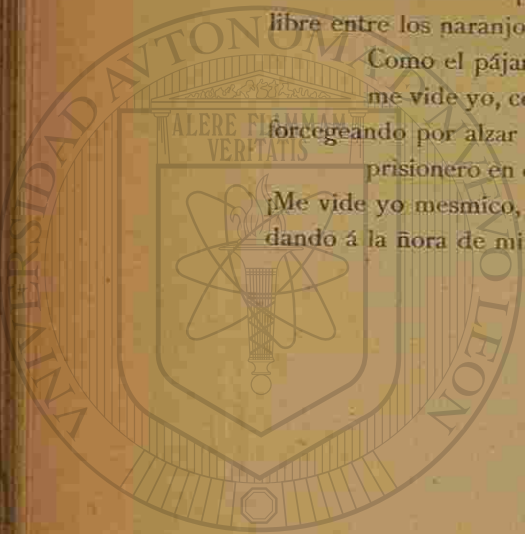
Me daba compasión el pajarico
 y me paeció la suya mi tristeza,
 cautivo de los hombres y por ellos
 condolio y sin fuerzas...

Me daba compasión... Mirando al pobre,

me imaginaba yo de qué manera
tan dulce cantaría el pajarico
libre entre los naranjos de la huerta...

Como el pájaro triste
me vide yo, con pena,
forcegeando por alzar el vuelo...
prisionero en cadenas...

¡Me vide yo mesmico, pobre esclavo,
dando á la ñora de mi vida vueltas!



¡TÓICO!

Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...
me espreció por pobre,
me tenía en poco...

Pa saber lo que yo la quería
yo solico, solol
Pa ella, yo, naïca...
¡y ella, pa mí, tóicol

Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...

Ahora es un pobre puñao de güesos
que está enterraïco dentro de aquel hoyo...
naïca pal caso... naïca pal mundo...

¡manque es, pa mí, tóicol

CANSERA

—Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
 arrollás y pegás á la tierra;
 pa ver los sarmientos ruines y mustios
 y esnúas las cepas,
 sin un grano de uva,
 ni tampoco, siquiá, sombra de ella...
 pa ver el barranco,
 pa ver la laëra,
 sin una matuja... ¡pa ver que se embisten,
 de pelás, las peñas!...
 Anda tú, si quieres,
 que á mí no me quea
 ni un soplo de aliento,
 ni una onza de fuerza,
 ni ganas de verme,

ni de que me mienten, siquiá, la cosecha...
 Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
 pise más la senda,
 ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
 ya muerto me llevan...
 Anda tú, si quieres...

No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
 por esa sendica por ande se fueron,
 pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
 esperanzas, querer, suöres...

¡tó se fué por ella!...

Por esa sendica se marchó aquel hijo
 que murió en la guerra...

Por esa sendica se fué la alegría...

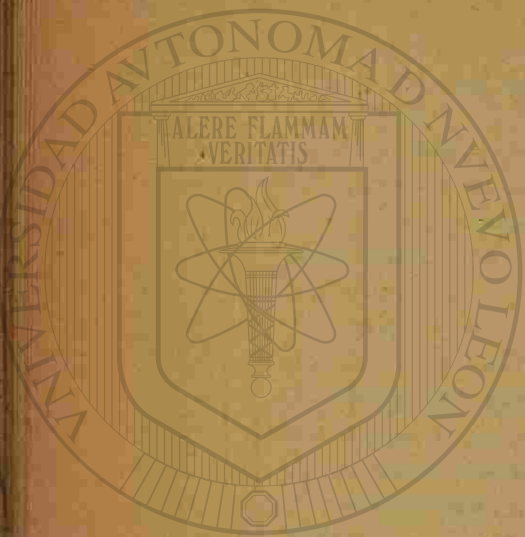
¡por esa sendica vinieron las penas!...

No te canses, que no me remuevo;

anda tú, si quieres, y éjame que duerma,

¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertará!...

¡Tengo una cansera!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Las nuevas composiciones que se aumentan en esta edición van señaladas con asterisco.

	<i>Página</i>
JUICIOS CRÍTICOS	
De Leopoldo Alas (<i>Clarín</i>)	9
De Luis Bonafoux	16
De D. Juan Valera	20
De D. Miguel de Unamuno	24
De D. José M. ^a de Pereda	28
De J. Martínez Ruiz (<i>Azorín</i>)	30
De Urbano González Serrano	36
De Juan Maragall	39
De Teodoro Llorente	41
De D. Pedro Díaz Cassou	59
De D. José Ventura Traveset	63
De Pedro Corominas	68
Canción de esperanza	
* Cristo	79
* Credo	82

II.	<i>Página</i>
* El día de la siembra	85
* Canción de paz	87
La canción de la añoranza	91
* Otoño?...	95
¡Bendito sol!	98
La canción de la vida	103
La canción de los trigos	109
La canción de las frutas.	113
¡Benditas ondas!	116
He corrido por los campos	118
 En el hogar	
* Para mi nido	123
* Eres cristiana	125
* Consagración	128
* Alma mía!	130
Sin consuelo	132
La malvaseda	135
* Oasis.	137
La canción de las madres	141
* Camaradas	145
Cómo hablan las madres	150
* Madrecita	153
* ¡Duerme!...	157

III.	<i>Página</i>
De largo	160
* Florencia	162
* Comuni6n	165
 Del Dolor	
La canción de la muerte	171
Canto...	172
La canción del dolor	175
La canción de las tristezas	179
La canción del yunque	183
La caja linda	188
* La promesa	192
* La inclusera	195
* Revelación	198
* La corona del dolor	200
El cuento de nunca acabar	202
Las acacias.	204
* Idilio.	206
* La rosa	208
¡Como la nieve!	210
* Abismo	213
Cabecita loca	215
* La cadena	217
* Ven á sufrir	219

	IV.	<u>Página</u>
* La danza		221
El grupo triste		223
* En el tormento		225
* Despedida		226
* Venus dolorosa		229
* El perro del saltimbanquis		231
Rebeldes		
A mi musa		235
* ¡Son los sinceros!		237
El delirio del hambre		239
* La canción del vicio		241
* Teoría del placer		244
* Verde		246
Tántalos		248
* Ingenna		250
* ¡Pobre madre!		253
* Los terroncitos		256
* Los soldados		258
* Las almitas blancas		260
* La canción del dinero		262
* El verdugo de los pobres		265
* Vieja historia		268
* ¡Dulce paz!		270

	V.	<u>Página</u>
* ¡Todos delincuentes!		272
* Mercado		274
* El pago		275
* Perdón, caras tristes		276
La pena del talión		277
Mis amores		
Mi reina de la fiesta		281
En la senda		283
La cita		287

Alma popular

	CANTARES	<u>Página</u>
Mi barraca está en la huerta		293
* Las barracas de la huerta		294
¡Qué bien lava mi trena!		294
Cuando mi horica me llegue		294
¡Vidica, vidica mía,		295
Trepanera m'has salío		295
Me tienes despreciaico		295
Yo me quisiera morir		295
Flores de mi naranjico		296
¡Tan lejos <i>aquí</i> de mí!		296
* Mi barraca es un palacio		296
La estrella de mis ojos		296

VI.	<u>Página</u>
Aunque te laves y laves, . . .	297
* Yo no probé una fruta . . .	297
Busca ande te hagan laico . . .	297
Dicen que las palabras . . .	298
Si es que Dios no lo ha dispuesto, . . .	298
Carínico que empezó . . .	298
Yo me pensaba que era. . .	299
Eres probe y eres peña. . .	299
Muertecica pa mi solo. . .	299
Sin piedad mandas tus hijos . . .	300
Aunque es raro, tén por cierto . . .	300
Cuando vuelva, si es que vuelvo. . .	300
No he tenido carta tuya. . .	300

	<u>Página</u>
* Canción de amor (Alborada) . . .	301
* La cantinela del pastorcito . . .	305
* La cantinela del segador (Crepúsculo) . . .	307
* La cantinela del marinero . . .	309
* Arrullo. . .	311

CANCIONES DE NIÑOS

* Los cabellos de oro . . .	314
* Rey rendido . . .	319
* ¿Qué dirán? . . .	321
* La niña buena . . .	323

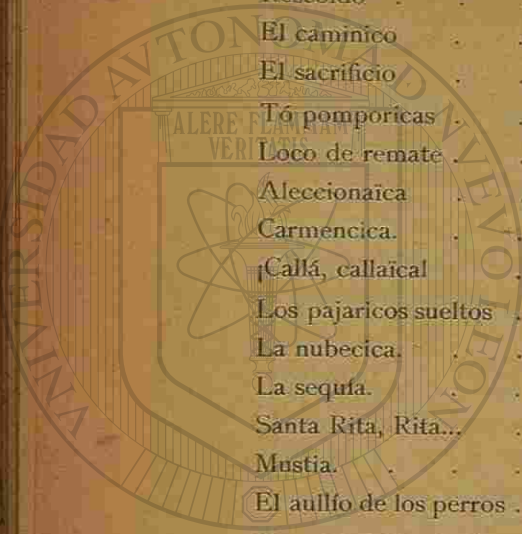
VII.	<u>Página</u>
* El secreto . . .	325
* Las tres naranjitas . . .	328

Aires murcianos

Murria. . .	333
* ¡Siempre te conocería! . . .	336
La barraca . . .	340
* La reina de la huerta . . .	344
En la cieca. . .	347
El esgince . . .	350
Cá cosa en su tiempo . . .	352
Trempanico . . .	354
De casta . . .	356
La enramá . . .	359
La risera . . .	365
¡Uno sobra! . . .	370
Rosica . . .	374
La carta del soldao . . .	387
¡Los níos solos! . . .	390
El abejorrico negro . . .	391
La novia del soldao . . .	393
La cabecerica . . .	397

viii.	<i>Página</i>
¡V la nena, al brazal!	401
La coplica muerta	404
Rescoldo	406
El camínico	408
El sacrificio	410
Tó pompóricas	413
Loco de remate	416
Alecciónaica	419
Carmencica.	421
¡Callá, callaical	426
Los pajaricos sueltos	431
La nubecica.	433
La sequía.	440
Santa Rita, Rita...	443
Mustia.	448
El aullfo de los perros	451
Ya... ¡ni el olorcicol	454
¡Que Dios se lo lleve!	456
Guárdame un roalico	458
Las borreguicas blancas	459
Noche buena	463
A otras tierras	473

ix.	<i>Página</i>
Bendición.	475
Gracia de Dios	481
La canción triste.	484
Deshechica.	487
Naica	489
¡Pobreticol	492
Los tres nenes	494
¡Náidel	496
En la ñora	497
¡Tóicol	499
Cansera	500



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



